

BERNARDO ESQUINCA TODA LA SANGRE




Almadía

1. [- Contenido -](#)
2. [Derechos de autor](#)
3. [Título](#)
4. [ÍNDICE](#)
5. [PRÓLOGO. LA TRES VECES ENTERRADA](#)
6. [PRIMERA PARTE. PRESAGIOS FUNESTOS](#)
7. [Capítulo 1](#)
8. [Capítulo 2](#)
9. [Capítulo 3](#)
10. [Capítulo 4](#)
11. [Capítulo 5](#)
12. [Capítulo 6](#)
13. [Capítulo 7](#)
14. [SEGUNDA PARTE, ROJAS ESTÁN LAS AGUAS](#)
15. [Capítulo 8](#)
16. [Capítulo 9](#)
17. [Capítulo 10](#)
18. [Capítulo 11](#)
19. [Capítulo 12](#)
20. [Capítulo 13](#)
21. [Capítulo 14](#)
22. [Capítulo 15](#)
23. [TERCERA PARTE. NUESTRO SEÑOR EL DESOLLADO](#)
24. [Capítulo 16](#)
25. [Capítulo 17](#)
26. [Capítulo 18](#)
27. [Capítulo 19](#)
28. [Capítulo 20](#)
29. [Capítulo 21](#)
30. [Capítulo 22](#)
31. [Capítulo 23](#)
32. [Capítulo 24](#)
33. [Capítulo 25](#)
34. [Capítulo 26](#)
35. [Capítulo 27](#)
36. [Capítulo 28](#)

37. [CUARTA PARTE. TAMBIÉN TODA SANGRE LLEGA](#)
38. [Capítulo 29](#)
39. [Capítulo 30](#)
40. [Capítulo 31](#)
41. [Capítulo 32](#)
42. [Capítulo 33](#)
43. [Capítulo 34](#)
44. [Capítulo 35](#)
45. [Capítulo 36](#)
46. [Capítulo 37](#)
47. [Capítulo 38](#)
48. [Capítulo 39](#)
49. [Capítulo 40](#)
50. [EPÍLOGO. CIERTO TIEMPO DESPUÉS](#)
51. [NOTA](#)
52. [Sobre el autor](#)

NARRATIVA

DERECHOS RESERVADOS

© 2017 Bernardo Esquinca

© 2017 Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.

Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Delegación Miguel Hidalgo,
Ciudad de México,
C.P. 11800
RFC: AED140909BPA

www.almadia.com.mx

www.facebook.com/editorialalmadia

@Almadía_Edit

Primera edición en Editorial Almadía S.C.: mayo de 2013

Primera edición en Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.: agosto de 2017

Primera reimpresión: agosto de 2018

ISBN: 978-607-97159-5-3

eISBN: 978-607-86673-3-8

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y hecho en México.

OceanofPDF.com



**BERNARDO
ESQUINCA
TODA LA SANGRE**



OceanofPDF.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. LA TRES VECES ENTERRADA

PRIMERA PARTE. PRESAGIOS FUNESTOS

1

2

3

4

5

6

7

SEGUNDA PARTE, ROJAS ESTÁN LAS AGUAS

8

9

10

11

12

13

14

15

TERCERA PARTE. NUESTRO SEÑOR EL DESOLLADO

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

CUARTA PARTE. TAMBIÉN TODA SANGRE LLEGA

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

EPÍLOGO. CIERTO TIEMPO DESPUÉS

NOTA

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

LA TRES VECES ENTERRADA

Ciudad de México, capital de la Nueva España, 1803

La escultura estaba decapitada. De su cuello salían dos enormes cabezas de serpiente que simulaban chorros de sangre. Los reptiles se encontraban de perfil, y sus ojos, sus colmillos y sus lenguas se unían en el centro formando un rostro de pesadilla. Trabajadores de la Real y Pontificia Universidad habían cavado en el patio, dejando al descubierto la colosal estatua que descansaba acostada en su tumba, mirando el cielo cargado de nubes de la Nueva España con una expresión indescifrable, que a Alejandro de Humboldt le pareció ominosa. A su lado, monseñor Feliciano Marín, obispo de Linares –quien no sin cierto recelo había intervenido ante los frailes de la Universidad para que la estatua fuera exhumada–, hacía una serie de ademanes en dirección al pórtico de la Real y Pontificia. Alejandro de Humboldt desvió la mirada del atroz monolito y comprendió lo que sucedía: a la entrada de la Universidad, un grupo de indios observaba la escena con creciente expectación. Los gestos de monseñor consiguieron dispersarlos, pero hubo uno de ellos que permaneció en su sitio y que, tras dirigirles una mirada desafiante, se agachó para dejar la vela que traía en las manos. Alejandro de Humboldt pensó que esos ojos eran tan inescrutables como los del ídolo que tenía a sus pies, y tan apremiantes como la amenaza de tormenta que se cernía aquella tarde sobre la capital de la Nueva España.

–Barón, tengo diligencias pendientes en mi capilla –dijo con un nerviosismo inocultable el obispo–. Si a usted no le molesta, debo regresar al convento ahora mismo.

Alejandro de Humboldt volvió a clavar la mirada en el monolito. Lo imaginó manchado de sangre y vísceras, imaginó los corazones arrancados en su honor y el frenesí extático de la ceremonia, pero también pensó en el

13 de agosto de 1521, en las llamas que devoraron todo a su paso, en la jornada de destrucción que sepultó Tenochtitlan, y en las ruinas sobre las que se construyó la colonia... Por alguna razón, ese pasado comenzaba a salir a la superficie. Sintió un estremecimiento: en su largo viaje por las Indias no había encontrado un lugar que se pareciera a ése, tan imponente y frágil a la vez. ¿Cuál sería el futuro de una ciudad que había levantado sus palacios sobre terreno fangoso? Un carraspeo del obispo lo hizo abandonar sus pensamientos.

–Entiendo, monseñor –dijo, intentando sonreír–. Yo mismo lo acompañaré al convento.

Abandonaron la Universidad y pasaron frente a la Plaza Mayor en dirección a San Agustín. Alejandro de Humboldt contempló la estatua ecuestre de Carlos IV, el monarca que generosamente le había otorgado el pasaporte a las Indias para emprender su exploración científica, y pensó en la ironía del incidente que tuvo lugar cuando inauguraron la efigie, días atrás: las correas que la sostenían se rompieron y estuvo cerca de aplastarlos a él y a su amigo Manuel Tolsá. ¡Cuán poético hubiera sido aquel final para ambos! Dejaron atrás el Parián, ese mercado que robaba la mitad del espacio a la plaza y que, en su opinión, impedía que fuera una de las más grandes y bellas del mundo, y enfilaron hacia el convento, pasando de largo por la casona de dos pisos que Alejandro había escogido para vivir en la Nueva España.

–No es bueno remover en los escombros, Barón –le dijo el obispo rompiendo el silencio–. Cuando la estatua fue encontrada hace trece años, durante los trabajos de remodelación de la Plaza Mayor ordenados por el virrey Revillagigedo, se tomó la decisión de colocarla en el patio de la Universidad, pero los indios acudieron a venerarla. No bastó con prohibirles la entrada al recinto: los gentiles comenzaron a depositar siniestras ofrendas afuera de la Universidad. No hubo más remedio que enterrarla de nuevo.

–Los indios buscan algo que los conecte con su pasado –dijo Alejandro de Humboldt, pensativo.

–Es una cuestión más complicada, Barón. Por estos rumbos comienzan a soplar malsanos aires de independencia, y sin duda esa diabólica escultura

tiene que ver con ello. Si accedí a intervenir en su exhumación, fue por la amistad que nos une.

Llegaron frente al convento de San Agustín. Era uno de los más grandes que Alejandro de Humboldt había visto en ambos lados del océano.

–Entiendo la preocupación, monseñor. En Popayán vi destrozar un ídolo en la plaza porque “aullaba en las tormentas”. Si algo me queda claro de mis expediciones recientes es que las viejas supersticiones son difíciles de erradicar. Pero mire su convento, y los edificios que nos rodean. Han construido una ciudad donde abundan los palacios. Tiene la elegancia y la uniformidad de Milán, París o Berlín. Sus calles están más limpias que en la mayoría de las ciudades europeas y la iluminación nocturna es hermosa.

–Sin duda. Pero por más que queramos, no podemos olvidar que debajo de nuestros templos, palacios e instituciones, hay una serie de piedras que dan testimonio del pasado bárbaro y sanguinario de esta ciudad. En mi opinión, no les arrojamos suficiente tierra encima.

Los hombres se despidieron y Alejandro de Humboldt decidió regresar a la Universidad para mirar otra vez la escultura. Las nubes estaban cargadas de electricidad, y le recordaron sus experimentos con anguilas a orillas del Orinoco. La manera en que los nativos habían utilizado caballos para cazarlas, obligándolos a meterse en el agua para que las anguilas soltaran sus descargas y posteriormente pudieran atraparlas ya debilitadas, aún a costa de que se ahogara más de algún equino, era una de las cosas más extrañas que había atestiguado en las Indias. Sin embargo, su encuentro con aquella piedra –que según el erudito don Antonio de León y Gama, a quien había leído con atención, representaba a la diosa Teoyaomiqui–, superaba esa experiencia. Había leído también las crónicas de Cortés y de Bernal Díaz del Castillo, pero nunca imaginó la sacudida que le causaría mirar con sus propios ojos el pasado mexicano. Y eso no lo había querido admitir ante monseñor Marín. Las anguilas eléctricas del Orinoco causaban ampollas en la piel, pero la escultura enterrada en el patio de la Universidad provocaba un efecto más difícil de asimilar: su grandeza encogía el alma.

Por el camino se encontró con una gran cantidad de indios desnudos o cubiertos con harapos, algo que no ocurría en Lima o Santa Fe. No, al

menos, en la proporción que se veía en las calles de la capital de la Nueva España. Tenía entendido que desde los tiempos de Moctezuma existía ya una multitud de desgraciados sin propiedad. “¿Acaso hay que asombrarse de que después no hayan podido adquirirla?”, meditó.

Al llegar a la Plaza Mayor, Alejandro de Humboldt dirigió sus pasos por un costado del Parián hacia la Catedral: ahí, empotrado en uno de sus costados, estaba otro de los monolitos encontrados durante la remodelación de 1790: el almanaque que daba fe de los conocimientos astronómicos de los antiguos mexicanos. Aquél era motivo de interés para la corona española, porque demostraba a sus enemigos que había conquistado a un pueblo desarrollado. La otra piedra monstruosa, en cambio, ya había sido enterrada dos veces: la primera por los españoles, la segunda por los trabajadores de la Universidad. Alejandro de Humboldt pensó en los temores de monseñor Marín, y en la peligrosa labor de mantener una colonia como aquélla, principalmente porque no era fácil comprender sobre qué fuerzas reposaban sus cimientos... Pasó de nuevo frente a la escultura de Carlos IV. Recordó que una de las patas del caballo pisaba un carcaj, en burda referencia a la dominación española. Evocó entonces la penetrante mirada del indio que dejó la vela en la Universidad, y se preguntó si la colonia y la estatua perdurarían.

Cuando cruzó la puerta de la Universidad, se llevó una sorpresa: el monolito había sido enterrado de nuevo. Nadie se veía alrededor, como si en el fondo de sus corazones los frailes y los trabajadores de la Real y Pontificia reconocieran la vergüenza de su acto. En ese momento, una serie de relámpagos rasgaron el cielo y un aguacero comenzó a caer en el patio de la Universidad, convirtiendo en lodo el promontorio bajo el que se encontraba la estatua. Alejandro de Humboldt sintió la energía poderosa que emanaba de aquel lugar y se apresuró a abandonarlo, invadido por el desasosiego. Creyó escuchar un aullido que se elevaba desde las profundidades hasta el cielo y supo que los antiguos dioses no podrían permanecer mucho tiempo más ocultos.

DIOSA SANGRIENTA EMERGE DEL SUBSUELO

Semanario Sensacional, lunes 27 de octubre de 2006

Extracto de nota

Arqueólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia dieron a conocer el hallazgo de un monolito prehispánico gigante –correspondiente a la diosa Tlaltecuhтли– en las inmediaciones del predio conocido como la Casa de las Ajaracas, en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

El descubrimiento ocurrió el 2 de octubre pasado, en la esquina de las calles de Argentina y Guatemala, y fue realizado por miembros del Programa de Arqueología Urbana (PAU), quienes desde principios de los años noventa vienen haciendo una labor de rescate en los alrededores del Templo Mayor.

Esta escultura monumental mexicana es la más grande extraída hasta ahora del subsuelo; su volumen es mayor al de la Coyolxauhqui y al del emblemático Calendario Azteca o Piedra de Sol, y es un claro ejemplo de los tesoros arqueológicos que permanecen enterrados en lo que fue el recinto ceremonial de los aztecas.

La diosa Tlaltecuhтли representaba a la Tierra y a la muerte, era progenitora y a la vez devoradora de todas las criaturas. En su honor se realizaban numerosos sacrificios humanos, ya que los mexicanos le atribuían un “apetito insaciable de sangre y cadáveres”, según explicaron los arqueólogos del PAU.

Resulta significativo que este coloso prehispánico haya sido encontrado precisamente un 2 de octubre, fecha en que se conmemora la matanza de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, sitio donde también hay importantes vestigios arqueológicos de lo que fue la antigua Tenochtitlan.

PRIMERA PARTE
PRESAGIOS FUNESTOS

OceanofPDF.com

Los vagabundos tienen sus privilegios. Nadie se mete con ellos, rondan las aceras con autoridad y no les hace falta comida. Representan un tipo distinto de invisibilidad: ahí están, son notorios, pero todo el mundo hace como si no existieran. El peatón común tiene una manera muy práctica de deshacerse de ellos: bastan unas monedas o invitarles un taco para que desaparezcan de su vista. Y el gobierno tiene atadas las manos respecto a ellos, ya que si intenta desalojarlos a la fuerza de las calles, la Comisión de Derechos Humanos se le echa encima. Por lo tanto, a las autoridades no les queda otro remedio que invitarlos amablemente a mudarse a los albergues, cosa que ellos menosprecian de manera tajante. Así que ahí están, inamovibles, dueños a su manera de la ciudad, concedores de sus secretos más oscuros y a la vez librados de las presiones y responsabilidades que causan infartos en las personas comunes antes de los cincuenta años. Los indigentes son sorprendentemente longevos...

Esto Casasola lo había aprendido durante el mes que llevaba viviendo en la calle, mezclado con los desposeídos, con el objetivo de realizar un reportaje sobre los menesterosos que infestaban el Centro de la ciudad. Santoyo, el viejo que parecía un cigarro consumido, y que era director y dueño del *Semanario Sensacional*, tenía una teoría. Aquello no era casualidad: se permitía que los vagabundos proliferaran con la intención de depreciar la zona, correr a sus pocos habitantes y después transformar el barrio en algo lujoso y cotizabile, como ya ocurría del otro lado del Eje Central, donde los inmuebles de las calles de 5 de mayo y Madero se cotizaban en dólares.

—Acuérdate cómo estaba el Centro antes de que una sola persona se adueñara de él —le había dicho Santoyo, mientras exhalaba un humo acuoso por la boca. Ya no fumaba, pero utilizaba uno de esos cigarros electrónicos a los que se les enciende un foquito verde en la punta y permiten a sus adeptos arrojar un vapor extraño por la boca—. Le salió baratísimo. Ahora va a ocurrir lo mismo con el resto del Centro.

Para Santoyo siempre había una conspiración en marcha, pactos tras bambalinas y sobornos que caían de las alturas a las alcantarillas. Sobre todo, tenía la certeza de que una trama secreta recorría la ciudad, un hilo conductor que escapaba incluso a aquellos que se creían sus dueños. Fuerzas ocultas y ancestrales que acechaban en todo momento y que constituían el auténtico corazón rector de la urbe.

–Esta ciudad se gobierna con sus propias leyes. Somos el producto de un gran experimento –le dijo un día, mientras desayunaban en el café La Habana de la calle de Bucareli. Las oficinas del *Semanario Sensacional* quedaban sobre Reforma, muy cerca del periódico *La Prensa*, al que Santoyo consideraba su real competencia.

–¿Un experimento de quién? –Casasola apartó el plato de chilaquiles a medio terminar. No le gustaba la comida de ese lugar. Miró las fotografías antiguas de la isla caribeña colgadas en los muros desvaídos: todo remitía a un pasado mejor. Y eso ocurría también con los clientes: tras sus grandes ventanales se habían reunido en otras épocas el Che Guevara y Fidel Castro, Roberto Bolaño y los Infrarrealistas.

–Si lo supiera, ya lo habría publicado. Pero creo que nunca lo sabremos.

Santoyo había dicho aquello casi con resignación. Él también era parte de un tiempo ido, del esplendor que la nota roja había tenido en los años cuarenta y cincuenta; se había codeado con Enrique Metinides, Alfonso Quiroz Cuarón y otros protagonistas de la prensa amarilla. De chico había seguido en la radio los crímenes de Goyo Cárdenas, alias *el Estrangulador de Tacuba*, y el día de furia del *Pelón Sobera*. Un pasado mítico donde los criminales iban a parar al Palacio Negro de Lecumberri o al manicomio de La Castañeda. Ahora, Santoyo se veía obligado a poner en la portada de su revista mujeres semidesnudas para mantenerse en la competencia. Su sueño era convertir al *Semanario Sensacional* en un periódico que saliera todos los días, como *La Prensa*. Tenía setenta y siete años. Le quedaba poco tiempo para lograrlo.

–Pero si lo conviertes en periódico, ya no se va a poder llamar *Semanario Sensacional* –se atrevió a comentarle Casasola en otra ocasión.

—Por supuesto que no. Pero imagina el nuevo nombre: *Diario Sensacional*. Suena chingón, ¿no?

Definitivamente, Santoyo era un clásico.

A Casasola le llamaba particularmente la atención el grupo de indigentes que había convertido un segmento de la calle Artículo 123 en su hogar. Era un contingente nutrido —treinta o cuarenta menesterosos—, jóvenes la mayoría, hombres y mujeres, y también niños. Su perímetro iba de la calle de Humboldt a Balderas, y se instalaban en una acera que no tenía techo, al lado de un estacionamiento público. Parecía un lugar poco práctico para establecerse, pero ellos se veían muy cómodos: habían colocado colchones, sillones, mantas, y hasta tenían una televisión; ahí comían, defecaban y fornicaban a la vista de los sorprendidos transeúntes que se aventuraban por esos rumbos. Casasola se refería a ellos como la comunidad “George Romero”, porque parecían muertos vivientes. Uno de ellos, un joven de unos diecisiete años, pasaba literalmente todo el día tendido en el suelo, oliendo *thinner*, perdido en la dimensión paralela de esa droga permisible, la famosa “mona”, que era la favorita de los habitantes de la calle. Estaba en los huesos, permanentemente con la mano en la nariz, y los ojos en blanco. Nunca se le veía comer y Casasola se preguntaba si en realidad no estaría muerto ya.

Sin embargo, no los compadecía. Tenían un extraño privilegio que explotaban muy bien: eran personas libres a quienes las circunstancias habían puesto más allá de las reglas, pues se les permitía realizar transgresiones que a cualquier otro ciudadano lo llevarían a la cárcel. Eran a su modo anarquistas que ponían en jaque a las autoridades y a los vecinos con el simple hecho de vivir su vida a la vista de todos. Cagaban y cogían a plena luz del día y la gente se ofendía, como si nadie más llevara excrementos y deseo sexual en sus entrañas. A Casasola le gustaba que alteraran el orden público y moral de aquella manera, porque le devolvían su naturaleza a dos actos que el mundo civilizado había relegado a tabúes. La comunidad George Romero era una auténtica tribu que se comportaba de manera silvestre en medio del concreto, y que hacía el tipo de cosas que las personas estaban acostumbradas a ver en los documentales de National

Geographic y Discovery Channel, pero no en pleno Centro de la ciudad. También le parecía significativo el sitio que ocupaban: a unos metros de ellos, en la esquina de Balderas, había un puesto de tacos que siempre estaba lleno de gente, y hacia el otro lado, sobre la calle de Humboldt, un elegante restaurante español que frecuentaban políticos y funcionarios gubernamentales trajeados, a los que se les veía en la acera fumando tras haber rellenado sus barrigas con carnes frías y vinos caros. Difícilmente otro lugar del mundo presentaría tales contrastes en tan pocos metros. La maravilla de la Ciudad de México era que todo tenía cabida a pesar de las diferencias: los indigentes cagando en la vía pública y los burócratas con la tripa satisfecha. “El placer y los excrementos”; quizá así titularía su reportaje cuando lo terminara.

Llevaba un mes sin bañarse. Casasola se había tomado muy en serio su papel. Su barba creció más que nunca, y el poco cabello que le quedaba, también. Vestía unos pantalones de mezclilla que antes eran azules y ahora estaban negros de mugre, una playera que podría ser la de un mecánico tras una larga jornada metido bajo el chasis de un carro, las botas más viejas que tenía y un abrigo usado que compró en La Lagunilla. Pero el toque especial de su atuendo lo conformaban un par de guantes de tela sin dedos que no se quitaba bajo ninguna circunstancia. Casasola pedía dinero a los transeúntes, a pesar de que Santoyo insistió en darle viáticos. Descubrió que, contrario a lo que imaginaba, podía comer decentemente, y cuando el hambre apremiaba y necesitaba procurarse porciones más abundantes, sólo tenía que deslizarse a alguno de los puestos de tacos de Bucareli o Balderas para comprobar la generosidad de los comensales. Él solía rechazar a los indigentes que mendigaban comida, pero ahora se alegraba de beneficiarse con aquello que Santoyo llamaba “el complejo de culpa de los mexicanos”. En cierta ocasión, sólo para comprobar hasta dónde llegaba esa generosidad culposa, se comió cinco tacos inmensos rellenos de carne, rajas, frijoles y nopales, cortesía de la gente que se sentía redimida tras haber concretado su buena acción del día. Nunca iba a su departamento, a pesar de que estaba situado en un lugar estratégico, en las calles de Donceles y República de Argentina, en pleno corazón del Centro Histórico; no quería arriesgarse a exponer su falsa indigencia. Orinaba y defecaba en baños públicos y si lo

sorprendía una tormenta aguantaba estoicamente a la intemperie. Su celular estaba guardado en un cajón de su escritorio, así que se comunicaba con Santoyo por medio de los teléfonos públicos cuando era estrictamente necesario. Todos los lunes compraba su ejemplar del *Semanario Sensacional*, y sentía raro no ver su nombre publicado. El orgullo no lo abandonaba ni siquiera en esos momentos de frugalidad autoimpuesta. Tal paradoja lo hacía pensar en escritores vagabundos, particularmente en Joe Gould, el mítico indigente neoyorquino que durante la década de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX cautivó al círculo bohemio de Manhattan con su proyecto *Historia oral de nuestro tiempo*, obra monumental que supuestamente se encontraba escribiendo y que en su momento llegó a interesar a literatos como Ezra Pound y e. e. cummings. Joseph Mitchell, periodista del *New Yorker*, había escrito un libro sobre este fascinante personaje, titulado *El secreto de Joe Gould*, donde revelaba que en realidad este menesteroso con ínfulas de autor, al que solía vérselo borracho imitando el vuelo de una gaviota, no hizo más que tomarle el pelo a todo el mundo: nunca escribió una sola línea de su famoso proyecto, pero en cambio se encargó de publicitarlo muy bien. Mitchell consideraba aquel gesto una genialidad y, contrario a lo que pudiera pensarse, lo veía como un acto de honestidad literaria: “Si de algo la raza humana estaba bastante provista, incluso demasiado provista, era de libros. Y pensando en la catarata de libros, los Niágaras de libros, los ríos torrenciales de libros, las toneladas y carros de libros que las prensas del mundo surcaban a la vez en aquel momento, poquísimos de los cuales merecía la pena mirar, no digamos ya leer, empezó a parecerme admirable que Gould no hubiera escrito el suyo. Un libro menos para atestar el mundo”. Por eso, se decía a sí mismo Casasola, era mejor publicar en periódicos y revistas. Al menos después se podían limpiar los vidrios de las casas con ellos.

¡MACABRO!

Arrojan corazones en el Templo Mayor.

Se presume son humanos

La Prensa, sábado 14 de agosto de 2011

Extracto de nota

Como si el pasado volviera a escenificarse sobre lo que fuera el gran centro ceremonial de la antigua Tenochtitlan, tres corazones fueron encontrados la mañana de ayer en las inmediaciones de la zona arqueológica del Templo Mayor, en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

Trabajadores del lugar reportaron que los macabros hallazgos se realizaron en lugares muy específicos de las ruinas prehispánicas. El primer órgano fue hallado en el adoratorio a Tláloc, dentro de la vasija de piedra que sostiene entre sus manos la escultura del Chac Mool; el segundo, en la zona conocida como “la casa de las águilas”, al pie de la escalinata resguardada por dos cabezas de ave; y el tercero en el altar tzompantli, entre las calaveras de piedra.

Peritos de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal acordonaron la zona, y se encuentran realizando las investigaciones pertinentes. Los corazones fueron enviados al laboratorio de patología, ya que deben ser analizados para comprobar si son humanos o de animales. No se descarta el hallazgo de más órganos.

Elisa Matos, arqueóloga del Instituto Nacional de Antropología e Historia e investigadora del proyecto del Templo Mayor, declaró a este diario que “es evidente que quien haya hecho esto está imitando los sacrificios rituales de los aztecas, pues los tres espacios que eligió para depositar los corazones estaban estrechamente ligados con esas prácticas”. Además, agregó, la fecha elegida coincide con la caída de Tenochtitlan, que ocurrió un 13 de agosto de 1521.

Por su parte, Jorge Mondragón, policía judicial de la PGJDF, consideró que “sin duda esto es obra de un desequilibrado mental, y no hay que buscarle significados esotéricos”. Agregó que se hará todo lo posible por esclarecer

el asunto cuanto antes, “para que este importante recinto arqueológico pueda volver a funcionar normalmente”.

El Museo del Templo Mayor permanecerá cerrado mientras dure la investigación policial.

OceanofPDF.com

Casasola se encontraba leyendo el periódico en una de las jardineras de la calle de Gante. Le gustaba rondar por ahí porque era el territorio de diversos personajes excéntricos, que aprovechaban los numerosos restaurantes y bares de la zona para buscarse unas monedas. Había tres que le interesaba incluir en su reportaje. Por un lado, estaba un hombre canoso, de bigote y lentes al que llamaba el Orador, que siempre lanzaba consignas contra los políticos y el gobierno, y que también solía tocar la armónica. Lo más curioso era que arrojaba sus arengas en voz baja, como si en realidad hablara para sí mismo. Había que situarse muy cerca suyo y ponerle mucha atención para comprender lo que decía. Lo más llamativo del Orador era que, entre frase y frase, respiraba extraña, profunda y rápidamente, como si fuera un toro bufando y preparándose para embestir. También tenía en la mira a el Cantante: un viejo de pelo largo y sombrero de copa que vestía un mugriento saco imitación de piel de leopardo, rascaba la guitarra sin producir una sola nota coherente y cantaba borucas incomprensibles. Mientras hacía su acto, se meneaba de un lado a otro con pasitos cortos, haciendo la perfecta imitación de un pingüino. Pero su favorito era Rigo Santana, un hombre orquesta con el que ya había conversado en más una ocasión. Tenía setenta y cinco años, era oriundo de Oaxaca y vivía por la Plaza Garibaldi. Tocaba un bongó con sus manos potentes, y el güiro con un peine, mientras cantaba con una voz rasposa pero bien entonada canciones de mambo, salsa y otros ritmos guapachosos. Él mismo se había puesto su nombre artístico, en evidente homenaje a Rigo Tovar y Carlos Santana, y era bastante popular entre los jóvenes que circulaban por el Centro, quienes se tomaban fotografías con él o lo filmaban con sus celulares.

Aquella mañana no estaba ninguno de los tres, así que Casasola leía *La Prensa*, pendiente de las notas que sacaba la competencia. Lo mejor eran sus titulares, compuestos de una o dos palabras en gruesa tipografía y mayúsculas, siempre acompañados de signos de admiración: ¡HECATOMBE!, ¡TÓMALA BARBÓN!, ¡PERRO MUNDO!, ¡CRUDA FATAL!

Una nota en particular había llamado su atención: el hallazgo de tres corazones humanos en las ruinas del Templo Mayor. Leía tan absorto que no se dio cuenta de que la motocicleta se detuvo a su lado.

–Entrega especial.

Casasola volteó y vio la pizza que le extendía Gerardo. La cogió y el repartidor se fue de inmediato. Todo fue tan rápido que, de no ser porque sostenía la caja con la pizza caliente en su interior, hubiera creído que soñaba. Abrió la tapa y, sobre la masa tapizada de queso, había un recado: “COMUNÍCATE”. Casasola se levantó y se dirigió al teléfono público más cercano. Santoyo tenía ese sistema para localizarlo: mandarle mensajes dentro de pizzas con Gerardo, el repartidor que conocían desde hacía tiempo, pues en los cierres de edición del *Semanario Sensacional* solían encargarse de la comida al Domino’s del Centro. Gerardo era de confianza y podía localizarlo rápidamente en su motocicleta, pero Casasola no estaba de acuerdo con aquel método. De hecho, tenía conciencia de lo vulnerable de su posición, y la certeza de que si alguien se fijara en él por más de un minuto descubriría su farsa: un vagabundo que recibía pizzas “a domicilio” y que hacía llamadas de los teléfonos públicos era sospechoso. O quizá no, quizá nada era demasiado extraño en la Ciudad de México, el lugar donde no sólo todo era posible, sino parte natural del paisaje. Al menos, Santoyo se acordaba de sus gustos y le había mandado una pizza con atún, cebolla y aceitunas.

–Jefe...

–¿Por qué tardaste tanto? ¿Ya te enteraste de la nota del día?

–Llamé de inmediato. ¿Cuál? ¿Los corazones del Templo Mayor?

–Sí. Quiero que te involucres, aprovechando tu condición de... –Santoyo hizo una pausa, como si temiera que la línea estuviera intervenida–, ya sabes...

A Casasola le divertía aquello, ese cuidado que ambos tenían de mantener su misión en secreto, como si estuvieran rastreando las actividades ilegales

de un político importante, pero tan sólo se trataba de un reportaje sobre indigentes. A veces, también le hacía sentirse ridículo.

–No creo que sea buena idea, jefe. Estoy con lo del reportaje, no conviene que me distraiga con otro tema.

–Quintana volvió a desaparecer, hace tres días que no se reporta... Te necesito. No está a discusión.

Casasola resopló, malhumorado. Quintana era el otro reportero del *Semanario Sensacional*, un periodista con oficio cuyo amor por la profesión sólo rivalizaba con su fidelidad a las cantinas del Centro. Era un borracho profesional que podía pasarse varios días bebiendo sin que nada lo interrumpiera. Santoyo lo había formado y lo veía como un hijo, y por eso se las perdonaba todas.

–De acuerdo. ¿Qué quiere que haga?

–Ahora eres invisible y nadie repara en ti. Quiero que estés muy cerca de la zona; estamos ante un asesino serial y sin duda volverá a actuar pronto.

–La policía no dice nada de un asesino serial, y aún no se sabe si esos corazones son humanos. Bien podría ser una broma de estudiantes de medicina...

–No digas pendejadas. La policía no lo va admitir de momento para no causar mayor alarma. Pero es evidente: tres corazones, tres crímenes. Y tú sabes muy bien que después de tres crímenes ya se le puede llamar asesino serial.

–Entonces me instalo afuera del Templo Mayor...

–¿Leíste lo que dijo la arqueóloga? Se trata de un asesino ritual. Necesito que peines todo el perímetro del Zócalo. Esa parte está llena de ruinas prehispánicas. Y de paso busca a Quintana en las cantinas. Los quiero a los dos.

Santoyo se despidió abruptamente. Desde el primer día que entró a trabajar en el *Semanario Sensacional*, Casasola proponía reportajes especiales, y procuraba que los casos sangrientos se los asignaran a Quintana. Pero ahora no tenía alternativa. Colgó el auricular violentamente, la caja de la pizza resbaló de su otra mano y cayó al suelo, desparramando su contenido. Casasola miró incrédulo el queso y el tomate batidos en la acera; su desayuno de lujo ahora parecía una mezcla de sesos con sangre. Se alejó, resignado, mientras otros indigentes se aproximaban a inspeccionar el botín.

Los corazones venían en bolsas de plástico Ziploc. Las mismas que Camarena utilizaba para meter los sándwiches de sus hijos cuando los mandaba a la escuela. Sacó los órganos, los llevó a la tarja para limpiarlos bajo el chorro de agua y después los metió en frascos con formol. Se veían en buen estado: podría apostar que fueron encontrados tan sólo unas horas después de haber sido extraídos. En los quince años que llevaba trabajando en el Laboratorio de Patología Forense, Camarena había analizado una gran cantidad de órganos y tejidos, y estaba acostumbrado a verlos como algo separado, a no pensar que antes habían pertenecido a un cuerpo, a una persona viva que tenía una historia. Sólo se conmovía cuando recibía el órgano de un niño. Pensaba que podría ser de alguno de sus hijos, y eso lo hacía tomar conciencia de las atrocidades que se encontraban detrás de su trabajo, de los crímenes cotidianos que, de alguna manera, le daban de comer. A él y a sus hijos. Cada víscera que analizaba justificaba su sueldo. Si no hubiera asesinatos y muertes por aclarar, su familia no tendría sustento. Era extraño y desconcertante verlo de ese modo, así que Camarena procuraba no reflexionar sobre ello. Tomó uno de los corazones y le hizo diversos cortes. Revisó los pedazos e hizo cortes más delgados. Eligió uno y procedió a colocarlo en el cubo de cera que había preparado la noche anterior. Una vez que estuvo fijo, pudo lograr una rebanada aún más delgada, que luego depositó en un porta objetos. Después, utilizando unas pinzas, sumergió el tejido en una tinte que le ayudaría a resaltar las fibras musculares y a clasificar las células cuando lo pusiera bajo el microscopio. Mientras el tejido se secaba, Camarena pensó en sus hijos, que en aquellos momentos se encontraban en una excursión escolar en Teotihuacan. Aún no sabía si aquellos corazones eran o no humanos, pero alguien los había

arrojado sobre ruinas prehispánicas. ¿Se podría ser padre de familia conociendo tan de cerca los horrores que aguardaban a la vuelta de la esquina? ¿Cómo hacían sus colegas forenses y los policías judiciales? Había demasiados ojos cansados e inyectados en sangre en la profesión. Curiosamente, Camarena no solía tener pesadillas. Ya era suficiente con lo que contemplaba todos los días mientras estaba despierto.

Casasola bajó hasta la calle 5 de Mayo y se topó con La Ópera, un lugar que Quintana despreciaba. “Bar para turistas”, solía llamarlo. Vivía de la gloria de un dudoso balazo de Pancho Villa en el techo, y de ofrecer platillos cuyas porciones eran dignas de un orfanato. A Casasola, sin embargo, le gustaba beberse una cerveza de vez en cuando en su centenaria barra de cedro y escuchar a los músicos interpretar canciones tan viejas y nostálgicas como ellos. Dobló a la derecha y caminó en dirección al Zócalo. Pasó por los tacos de canasta Chucho, que eran sus favoritos; sintió cómo el hambre apretaba, y deseó servirse un plato rebosante de zanahorias y chiles en vinagre, pero sabía que no lo atenderían. Sólo en la calle de Balderas, ese territorio plagado de puestos callejeros que vendían toda clase de chácharas y tacos de suadero ahogados en manteca, eran bienvenidos los vagabundos. Unos metros más adelante, en la esquina con Palma, llegó a su primer objetivo: la cantina La Puerta del Sol, uno de los sitios predilectos de Quintana. Era un lugar pequeño; al asomarse, se dio cuenta de que su colega no estaba, pero en cambio se encontró con una extraña imagen: una mulata disfrazada de enfermera, con una falda muy corta y unas piernas muy largas enfundadas en medias de red, le daba de comer en la boca a un grupo de viejos sentados en sillas de ruedas. El cantinero le lanzó una mirada fulminante, y Casasola se alejó de inmediato, apenado, pues sintió que había invadido una intimidad que no le pertenecía. Dirigió después sus pasos sobre Motolinía y entró en la Buenos Aires. Esa cantina era larga y en lo más profundo tenía una sección especial para fumadores, dividida por un vidrio de cristal: esas “peceras” que en algunos lugares estaban tan en boga tras la prohibición de fumar en locales cerrados. A Casasola le gustaba el cigarro, pero no le agradaban esos corrales, auténticos guetos para viciosos; prefería salir a la calle y mirar a las personas mientras se llenaba los pulmones con humo. Alcanzó a llegar hasta el fondo y comprobar que

Quintana no se encontraba ahí, antes de que uno de los meseros lo sujetara de un brazo y le pidiera que se marchara. Después se internó sobre el corredor peatonal de Madero y retrocedió hasta Bolívar. Pensó que tal vez su colega se encontraría en el Salón Corona; al menos eso solía hacer cuando quería regresar al trabajo: cambiaba el trago fuerte por cerveza y comía algo. El estómago se le removi6 y lanzó sonidos de tubería vieja cuando pensó en el menú de aquel lugar. En ese momento, Casasola era capaz de matar por un taco de pulpo, una tostada de jaiba o una torta de bacalao.

En el corredor de la entrada estaba Domingo, un mesero veterano, quien lo reconoció al instante y, con rostro preocupado, se le acercó.

—Y ora, ¿qué te pasó?

Casasola palideció. Sintió el absurdo de su farsa a flor de piel. Quiso inventar una excusa, pero no se le ocurrió ninguna.

—Luego te explico. ¿Está Quintana? —el olor del trompo de pastor que estaba a su derecha entró por su nariz como un latigazo. Las piernas se le aflojaron y comenzaron a temblar. Pensó en mandar todo al carajo y abalanzarse sobre esa mole de carne anaranjada y suave como quien abraza a un amigo al que no ha visto en mucho tiempo.

—Ahí anda. Se puso una *de relojero*, pero ya se está componiendo. Hasta un taco de pierna se echó.

—¿Le puedes decir que estoy aquí afuera?

Domingo lo miró de arriba abajo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. Sólo avísale que lo estoy buscando, por favor.

El mesero subió los hombros, se dio la vuelta y desapareció tras la mampara que marcaba el inicio de la cantina. A un lado de Casasola, los carbones que cocían la carne crujieron mientras el taquero le daba vueltas al trompo.

Recordó la frase de un buen amigo español, una que decía siempre que estaba lleno de comida y bebida: “Joder, qué duro es vivir”. Sólo hasta entonces la entendió.

Quintana salió del Salón Corona, pero de ninguna manera aceptó hablar con él sin un trago de por medio. Caminaron sobre Venustiano Carranza y se metieron en La Faena, una antigua cantina taurina que ahora parecía un museo de los horrores, y en la que nadie era discriminado. Si una rata entrara y pidiera una bebida, se la servirían sin dudar. Casasola ordenó dos cervezas y aceptó el caldo fangoso que le ofrecieron de botana. Por un instante pensó que los camarones se movían en su interior, pero decidió ignorarlo: en verdad necesitaba meterse algo al estómago. Le dio una cucharada y, mientras tragaba aquella sustancia pantanosa, echó una mirada a los maniquíes de toreros que reposaban en enormes vitrinas sobre las paredes: empolvados y desvaídos; más que maniquíes, parecían trofeos de cetrería. Aquel lugar era tétrico, y sin embargo tenía su clientela fiel; en ese momento había un grupo de chicas, borrachas y coquetas que no paraban de arrojar monedas a la rocola y lanzar gritos de emoción cada vez que una canción comenzaba.

Quintana vació media cerveza de un trago. Lo observó detenidamente y, mientras hacía un gesto negativo con la cabeza, dijo:

—Qué disfraz más ridículo. Sólo te falta un letrero sobre la cabeza que diga “soy indigente”.

Casasola también contempló a su interlocutor antes de contestarle. Todo en él era redondo, comenzando por los chinos de su cabello; el resto de su cuerpo, sin embargo, parecía ensanchado por el alcohol: su nariz abultada, los gruesos dedos de sus manos y, sobre todo, su enorme barriga. Pero no mencionó nada de eso.

—Búrlate, cabrón. Tú tienes la parte fácil: estás en las cantinas emborrachándote, mientras yo ando en la calle, mendigando.

–No mames. Tampoco te mandaron a Irak sin fusil. Pero bueno, Santoyo sabrá lo que hace contigo. ¿Para qué me buscaste?

Casasola sacó un recorte de periódico de la bolsa de su pantalón y se lo extendió.

–Arrojaron tres corazones humanos en el Templo Mayor. Santoyo cree que se trata de un asesino serial.

Quintana leyó la nota mientras terminaba el resto de su cerveza.

–Mierda, de lo que me pierdo por andar de pedo.

–Yo te apoyaré desde las sombras. Pero tú debes llevar el caso, son tus temas.

Quintana dejó la botella vacía sobre la mesa. Sus ojos no se despegaban del pedazo de periódico y brillaban, excitados.

–Ya sé cómo lo llamaremos: “El caso del Asesino ritual”.

Casasola le dio una cucharada más al caldo de camarón, y descubrió con asombro que se lo había terminado. Un mes en la indigencia transformaba cualquier guiso sospechoso en cocina *gourmet*.

–Buen título. Si no fueras tan borracho, serías el mejor.

–Eso no importa. ¿Sabes qué es lo único que importa? No tener miedo a morir y ser parte de las estadísticas. La gran mayoría de los habitantes de esta ciudad viven atemorizados y, además, se la pasan quejándose de todo. *Padecen* la urbe. ¿Por qué no se largan entonces? La única manera de disfrutar esta ciudad es no teniendo miedo. Nuestros lectores lo saben, y por eso nos siguen con atención. Saben que el siguiente corazón sacrificado puede ser el de ellos, pero no por eso van a atrincherarse en Coyoacán o la Condesa. Los lectores de nota roja son los únicos que conocen el verdadero rostro de la ciudad. Por eso se les menosprecia...

–Yo soy de los que tienen miedo, lo confieso.

Quintana hizo una seña al mesero y pidió otra ronda.

–Al menos no tienes miedo al ridículo. Y eso ya es ganancia.

PERIODISTAS MUERTOS (I)

Reconoció el cuarto en penumbra y las sombras que se reunían en torno a la mesa circular. No era la primera vez que soñaba con ellos, aunque tenía tiempo que no lo visitaban. Vestidos de traje, solemnes y crípticos, así eran los miembros del Consejo de Periodistas Muertos de Nota Roja. Incluso así se comportaba Verduzco, su añorado amigo, quien en vida había sido mucho más directo y burlón. “¿En verdad la muerte nos cambia tanto?”, pensó Casasola. No podía saberlo con certeza –a estas alturas le quedaba claro que los muertos evitaban hablar de la muerte–, y por otra parte, no tenía prisa por averiguarlo. Como siempre, había algo en el centro de la mesa. En esta ocasión se trataba de un cuchillo de obsidiana manchado de sangre.

–Bienvenido –dijo Verduzco, rompiendo el silencio–. Tenemos un mensaje para ti.

–¿Cómo estás? –pregunto Casasola, y en seguida se arrepintió. Rompía el protocolo, y su pregunta era estúpida.

–Tienes que dirigirte al antiguo mercado –dijo Verduzco, ignorando sus palabras–. El más viejo de todos.

–¿Cuál? –interrogó Casasola, y se molestó consigo mismo, porque estaba malgastando el tiempo: los periodistas muertos nunca respondían a una pregunta directa, y sus comunicaciones solían ser muy breves.

Las sombras crecieron a su alrededor, envolviendo a los hombres trajeados. Antes de desaparecer, dijeron al unísono:

–Ella es la chica. No la dejes escapar.

OceanofPDF.com

Sintió que los ojos se le cocían y despertó sobresaltado. Casasola estaba en una banca de la Alameda y un rayo de sol le daba directamente sobre la cara. La espalda le dolía, como todas las mañanas desde que dormía en la calle, pero había algo más. Su cráneo parecía crecer y estirar el cuero cabelludo más allá de sus límites, y tenía la boca seca y pastosa. Poco a poco fue recordando las últimas horas: estuvo emborrachándose con Quintana en La Faena hasta que se hizo de noche y el lugar cerró, y después compraron una pachita de tequila barato y continuaron bebiendo en las calles. En algún momento pasó una patrulla cerca de ellos, pero como los tomaron por dos vagabundos, los dejaron en paz. Al menos en actitud, Quintana no estaba lejos de la indigencia, y tras varios días de borrachera consecutiva, su aspecto podía competir con el disfraz de Casasola. En qué momento llegaron a la Alameda y cuándo se marchó Quintana, no lo tenía claro. De pronto, las imágenes del sueño vinieron a su mente, las palabras de Verduzco y los periodistas muertos. Casasola se levantó de la banca y comenzó a dar pasos lastimosos en dirección al Palacio de Bellas Artes. Un grupo de turistas pasó a su lado, cubriéndolo de miradas compasivas. Por un instante se sintió orgulloso de sí mismo y comprendió: para pasar por un auténtico menesteroso tendría que emborracharse a diario. “En la cruda todos somos indigentes”, pensó, “porque la cruda destruye el cuerpo y el alma.” Continuó avanzando y vio el reloj de la Torre Latino: eran las 7:45 de la mañana. Sabía que tenía que ir a algún lado pero, ¿a dónde? *El mercado más viejo*. ¿Sería La Merced? ¿Tepito? ¿El tianguis de La Lagunilla? Recordó las palabras de Quintana: “El Asesino ritual”. Y una idea vino a su mente: podría tratarse de Tlatelolco, el lugar en el que estuvo el mercado de la antigua Tenochtitlan. Ahora había ahí unos multifamiliares, pero también ruinas prehispánicas. Estaba cerca. Apretó el paso hacia el Eje Central y se subió a un trolebús. Los pasajeros lo miraron con desagrado y se apartaron de él. Casasola se sintió como Moisés separando las aguas; comenzó a disfrutar de su condición de pordiosero y del poder que le concedía. Ahora era un intocable.

Minutos después se bajó en el Centro Cultural Universitario. De inmediato vio el cerco policiaco, justo a la entrada del recinto arqueológico. Se acercó hasta donde pudo. Vio cómo los peritos sacaban un cadáver de las ruinas circulares del templo de Quetzalcóatl, y lo metían en una bolsa negra. El cuerpo no tenía cabeza. Y estaba despellejado. La escena era irreal. No por su violencia, sino por su contexto. A su derecha, Casasola podía contemplar la extraña perspectiva de la Plaza de las Tres Culturas: el resto de la zona arqueológica, después la iglesia de Santiago, construida tras la Conquista con las mismas piedras rojizas de las pirámides, y más atrás, la mole gris del multifamiliar Chihuahua. Mientras el cuerpo era introducido en una camioneta del Semefo, Casasola pensó que la Ciudad de México era eso: capas sobre capas, un palimpsesto interminable del que se podía extraer cualquier cosa, incluso cadáveres frescos.

Una mujer rubia y de tez blanca se paró a su lado, sacándolo de sus reflexiones. Le enseñó una credencial al policía que estaba al otro lado de la cinta amarilla y le dijo que era la arqueóloga que habían mandado llamar. El uniformado se comunicó por su radio:

–Tenemos un 24 en el 47.

El aparato crujió con la respuesta:

–AFIRMATIVO.

El lenguaje cifrado de la autoridad. No era difícil aprenderlo; además, resultaba absurdo y hasta infantil, pero acentuaba la atmósfera enrarecida de los hechos. El policía dejó pasar a la mujer. Casasola observó el contoneo de sus caderas y las piernas generosas que asomaban por la abertura de su falda. Pero lo que más llamó su atención era la seguridad con que la arqueóloga caminaba hacia la escena del crimen.

Supo entonces que debía averiguar su nombre. También que eso no bastaría. Pero había que ir por partes. Antes de intentar aproximarse a ella y hacerle preguntas estúpidas cuyas respuestas no escucharía con la debida atención por estar distraído con su cabello y con la manera en que sus labios se movían al hablar, y de quedar como un absoluto imbécil; antes de todo eso, Casasola tendría primero que ir a su casa y bañarse.

Quintana llegó a la escena del crimen veinte minutos después. Se veía entero, extrañamente despejado y alerta ante la proximidad de la noticia, aunque Casasola sabía muy bien la cantidad de alcohol que había ingerido el día anterior. Lo único que lo delataba era su aliento, como si sus entrañas fueran un alcantarillado por el que circulaba un río de líquidos fermentados.

–Échale fresquito –le dijo Casasola, tras aspirar involuntariamente una bocanada de su aliento.

Quintana sonrió. Mascaba un chicle que en nada ayudaba a combatir su halitosis de momia egipcia.

–Se me hizo un poco tarde –dijo, al constatar que ya se habían llevado el cuerpo–. ¿Anotaste algo? ¿Pudiste hablar con la policía? –Casasola lo fulminó con la mirada y entonces Quintana se dio cuenta de lo absurdo de su pregunta–. Olvídalo... Mientras no actúes normalmente, no podrás ayudarme mucho.

–Eso pienso hacer ahora mismo. Me voy a bañar y después conseguiré una entrevista con esa arqueóloga –Casasola señaló a la mujer rubia que se encontraba en las ruinas; los peritos habían terminado de revisar la zona y ahora le correspondía a ella averiguar si los vestigios estaban dañados–. Puede servir para un recuadro de tu nota.

Quintana la observó detenidamente, y dijo:

–No hay por qué esperar.

Sacó su credencial de reportero, la mostró al policía que estaba tras la cinta amarilla, y segundos después ya se encaminaba hacia el recinto prehispánico. Casasola sintió rabia e impotencia, pero se tranquilizó. Sabía que no era buena idea cambiar su disfraz de andrajoso por una mujer.

Una vez que Quintana hizo sus indagaciones –habló largo rato con la arqueóloga, pero también con un criminalista de la PGJDF–, regresaron al

Centro Histórico. Cruzaron el Eje Central y caminaron por Independencia hasta la calle de Dolores, donde se encontraba el Barrio Chino. En esa esquina estaba el Tío Pepe, otra de las guaridas predilectas de Quintana. Era una cantina antigua, de la época porfiriana, y eso lo hacía sentirse parte de la historia. Siempre que se echaba un trago ahí, le gustaba recordar que ese sitio era frecuentado por la Banda del Automóvil Gris, los míticos ladrones que asolaron la Ciudad de México a principios del siglo XX.

–Esta cantina es como un museo –solía decirle a Casasola–. Aquí no sólo se viene a chupar, sino también a ilustrarse.

A Casasola también le gustaba, pero por otros motivos. La proximidad del Barrio Chino le hacía pensar en *El complot mongol*, la novela de Rafael Bernal que inauguró el género negro en México; un libro muy imitado, pero nunca igualado. Su genialidad radicaba en que, entre otras cosas, su autor había logrado el prodigio de urdir una trama internacional en un barrio de una sola calle, y “un pobre callejón ansioso de misterios”.

La cantina aún no abría, así que se sentaron en una de las jardineras de la calle de Dolores, bajo la hilera de farolas rojas que adornaba los comercios de los chinos.

–La policía aún no quiere admitir que se trata de un asesino serial –dijo Quintana, mientras miraba la puerta lateral del Tío Pepe con ansiedad: le urgía un trago para curársela–. Como el cadáver estaba decapitado, dicen que parece obra del crimen organizado. Además, fue desollado, lo que para ellos significa que fue torturado, y confirma sus sospechas. Supuestamente, no hay relación con los corazones del Templo Mayor. Pero la arqueóloga tiene otra teoría...

–Te dije que podía sernos útil. ¿Cómo se llama?

Quintana lo miró con suspicacia, pero después regresó la vista a la puerta de la cantina. Parecía un perro esperando que su amo le pusiera la correa y lo sacara a pasear.

–Elisa Matos. Dice que la decapitación y el desollamiento eran parte de los sacrificios aztecas. No tiene duda de que alguien está imitándolos. Y le

preocupa que ahora las ruinas comiencen a llenarse de sangre y vísceras. De hecho, es muy probable que el INAH haga un pronunciamiento ante las autoridades y les pida que pongan vigilancia especial en los sitios arqueológicos.

—¿En qué te puedo ayudar?

—De momento, en nada. Primero me beberé una michelada y después iré al Semefo a esperar los resultados de la autopsia. La arqueóloga me dio un dato importante: los aztecas desollaban a las personas después de sacrificarlas. Si los análisis arrojan que eso fue precisamente lo que ocurrió con el cadáver de Tlatelolco, entonces no se trata de una tortura como cree la policía, sino claramente de un asesinato ritual.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Casasola, casi con tristeza. Inicialmente no había querido involucrarse en el tema, pero ahora lo deseaba fervientemente.

—Sigue con tu reportaje. Y no te pierdas la edición del lunes: daremos a conocer al mundo el caso del Asesino ritual.

En ese momento, la puerta del Tío Pepe se abrió, y Quintana se levantó de la jardinera como si tuviera un resorte en el culo.

—Te invitaría una chela, pero en esta cantina son medio mamones.

Casasola lo miró alejarse. Por un momento envidió la adrenalina de la nota inmediata e impactante, y tuvo dudas respecto a su propio trabajo. ¿En verdad a alguien le importaría lo que él estaba preparando? Y entonces se acordó de Jack London.

El escritor estadounidense constituía un ejemplo singular de escritor indigente. A principios del siglo XX viajó a Inglaterra, se disfrazó de marinero sin trabajo y se infiltró en el East End, el barrio londinense más miserable, para realizar un descarnado reportaje sobre lo que llamó *El pueblo del abismo*; un texto que posteriormente se convirtió en un clásico

del periodismo de investigación. Jack London, autor también de las célebres novelas *Colmillo blanco* y *La llamada de la selva*, se metió en albergues abyectos, durmió en las frías y duras calles, realizó los trabajos más denigrantes y peor pagados, y se alimentó con comida que ni siquiera los perros querrían, para revelar la indignante trastienda del capitalismo inglés, y cómo la monarquía y las clases dominantes levantaban su vida acomodada sobre los hombros de los pobres... Casasola recordó una frase del libro: “La de las calles es una nueva raza de hombres”. Sentado ahí, en la esquina de Dolores e Independencia, una zona que gustaba a los menesterosos del Centro de la ciudad, comprendió cuánto sentido tenía. Los vio tirados en la banquetta, drogados o borrachos, bajo el sol inclemente del mediodía, sin inmutarse siquiera. La gente también pasaba a su lado sin preocuparse. Casasola pensó que, a diferencia de lo que se narraba en el libro de London, donde los desposeídos vivían en un auténtico gueto, apartados del resto de la sociedad, en la Ciudad de México los indigentes habían terminado por mimetizarse con el paisaje. Eso ocurría sobre todo en el Centro, lugar densamente poblado por oficinistas, comerciantes y turistas. Sólo había que brincarlos, rodearlos o espantarlos con unas monedas. Él mismo lo había hecho infinidad de veces. Y entonces las dudas le entraron de nuevo: ¿estaba capacitado para un trabajo de aquella naturaleza? ¿Podría realizar algo que por lo menos estuviera a la mitad de la altura de la denuncia plasmada en *El pueblo del abismo*? Sabía que no, pero lo consoló una certeza: era mejor ser una mala copia de Jack London que la mejor versión de sí mismo.

Empezaba a anochecer cuando Quintana salió del Tío Pepe. Se sintió un poco mareado, y se detuvo unos segundos para recuperar el equilibrio. Hacía calor, un sudor pegajoso le escurría por la frente; no sabía si era el clima de agosto o el efecto del alcohol en su organismo. Sacó su pañuelo y se limpió la cara. Vio a lo lejos los árboles de la Alameda, tuvo el impulso de caminar entre ellos en busca de aire fresco, pero consultó su reloj y se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde: Téllez lo esperaba y solía ser muy celoso con su tiempo. Caminó sobre Independencia. En las bancas había varios indigentes acostados, e incluso en la acera reposaba un colchón con todo y sábanas, aunque su dueño no se encontraba en ese momento. Tuvo ganas de comprar una botella de tequila y acercárseles; era un acto reflejo, vestigios de una época que había quedado atrás. Continuó avanzando y comprendió por qué se la había pasado tan bien con Casasola el día anterior que bebieron hasta la madrugada: su disfraz de menesteroso le hizo sentir de vuelta a esos tiempos, cuando *Ésa* aún estaba a su lado... Quintana detuvo un taxi y le pidió al conductor que lo llevara a la colonia Doctores, donde se encontraba el Semefo.

En el camino se puso a recordar. Se suponía que los borrachos bebían para olvidar, pero a él le ocurría lo contrario. Cuando estaba sobrio y concentrado en el trabajo, no tenía tiempo para pensar en el pasado. Pero una vez que se sentaba en una cantina, sin más compañía que una botella, y con todo el día por delante, no podía hacer otra cosa más que dar rienda suelta a sus remordimientos. Hacía unas horas, en el Tío Pepe, habían pasado un partido de fútbol que lo distrajo, pero ahora, mientras el taxi avanzaba lentamente por las calles congestionadas, su mente se llenó de imágenes dolorosas... La verdad era que no tenía nada que reprocharle a *Ésa*—ya no tenía nombre, la llamaba simplemente así, como si se tratara de una canción de José José—; lo había soportado en incontables ocasiones. Su paciencia con sus borracheras y sus impertinencias parecía no tener fin. Y él jugaba a eso, a estirar los límites de la tolerancia, a aumentar el riesgo, como un equilibrista que cada vez brinca más alto sobre la cuerda porque no sabe si en realidad es tan bueno o si sólo está soñando, si el vacío es

verdadero o es una ilusión, y entonces necesita arrojarse de cabeza para comprobarlo. También lo hacía porque era imposible que alguien lo aguantara así. Se propuso quebrar esa resistencia hasta que lo consiguió, pero para eso tuvieron que pasar muchos años. ¿Por qué las mujeres soportaban tanto a maridos de mierda? Si hubiera un concurso, sin duda las esposas mexicanas ganarían la medalla de oro... ¿Y cómo fue que finalmente lo logró? Con un acto que a él, en principio, le pareció muy simpático. Con un gesto que incluso tenía algo de altruista. Pero uno nunca sabe por dónde se va a romper el dique... Fue una noche que llegó a su casa con uno de sus compañeros habituales de borrachera. Se plantó en la cocina con aquel indigente harapiento y apestoso, cuya piel estaba llena de costras y llagas purulentas, y dijo: “Traje un amigo a cenar”. *Ésa* cargaba al hijo de ambos; lo fue a dejar a su cuna, después sirvió la cena en silencio y se fue a dormir. Pero al día siguiente ya no la encontró. Cuando Quintana despertó, *Ésa* se había marchado. Se llevó al pequeño y también algo de ropa. No dejó una nota, un recado, nada que le hiciera saber su paradero. Tampoco un reclamo, una mentada de madre, algo que indicara que estaba enojada y que por lo tanto podía regresar. Revisó el departamento y el vagabundo también se había largado. Sólo flotaba en el aire un penetrante olor a mugre, que tardó varios días en evaporarse.

Téllez lo aguardaba en su oficina, impaciente. Los muertos no descansaban, llegaban uno tras otro, y tenía autopsias pendientes. Pero ambos llevaban muchos años en sus respectivas profesiones y, de alguna manera, habían desarrollado una amistad. Quintana se sentó del otro lado del escritorio, sacó una pastilla de menta y se la metió a la boca, en un intento por disimular su aliento etílico, aunque sabía que los médicos forenses estaban acostumbrados a olores mucho más desagradables.

—¿Qué necesitas saber? —preguntó Téllez, mientras miraba su reloj con nerviosismo.

—El cadáver de Tlatelolco, ¿fue desollado vivo o muerto?

—Es pronto para saberlo, aún estamos analizando los resultados de la autopsia. Mañana puedes llamarme para preguntar.

–Las noticias se pudren más rápido que los cadáveres. Tú hiciste la autopsia. Nada te cuesta contarme lo que viste.

Téllez comenzó a mover papeles de un lado a otro en su escritorio. Sabía muy bien dónde estaba la información que Quintana le pedía, pero necesitaba tiempo para decidir si se la daría o no. Podría meterse en problemas, pero las filtraciones eran algo común en el gobierno y ya nadie se escandalizaba cuando una información aparecía en los medios antes de lo previsto. Quintana era una persona golpeada por la vida; si aquello le ayudaba a levantarse, él se sentiría satisfecho de haberlo ayudado. Finalmente, tomó una hoja impresa y se la extendió.

–De acuerdo, te adelanto esta información de manera extraoficial. Contiene un resumen de la autopsia del desollado, y también el análisis de los corazones del Templo Mayor: son humanos.

Una extraña sonrisa se dibujó en el rostro de Quintana. Era una sonrisa que se proyectaba hacia dentro, haciendo un surco en piel. A Téllez le pareció el tajo en el rostro de un muerto.

–¿Por qué tanto interés al respecto? –no pudo evitar la pregunta, aunque quería que Quintana se marchara cuanto antes: a veces le daba miedo su actitud de predador.

–Porque eso confirma que tenemos un asesino ritual, aunque la policía no quiera admitirlo.

–¿Ritual?

Quintana se levantó. Por primera vez en mucho tiempo tenía más ganas de sentarse a redactar una nota que de beberse una botella. Le dio la mano a Téllez, y después le dijo, mientras salía por la puerta de la oficina:

–Yo que tú no me perdía la edición de mañana del *Semanario Sensacional*.

Las luces de la Alameda lo atrajeron como a un insecto. Caminó entre los carritos de *hot dogs* y refrescos, después se sentó en una banca. Casasola se

sentía inquieto. Era extraño, pero por primera vez desde que inició su reportaje estaba aburrido. Durante poco más de un mes que llevaba viviendo en las calles, tomando apuntes en su libreta y pensando cómo armaría su reportaje, se había sentido excitado por todo lo que pasaba ante sus ojos, como un colono haciendo cartas de relación desde un Nuevo Mundo. Se dio cuenta de que estaba interpretando el papel de un extranjero cautivado por los nativos de un territorio pintoresco. Recordó una frase de la película *Barton Fink*: “No eres más que un turista con una máquina de escribir”. Una frase que describía de manera inmejorable su situación. Sintió que se le revolvía el estómago. Pero no sólo era eso. Su desasosiego provenía también del hecho de que Quintana no lo había dejado involucrarse en el caso del Asesino ritual, a pesar de la petición de Santoyo. Su colega podría ser un borracho consumado, pero también era celoso de su profesión, como todos los reporteros, y no iba a permitir que alguien metiera mano en un caso que le pertenecía. Estaba también Elisa, la arqueóloga. Su inquietud aumentó: ¿en verdad le interesaba el Asesino ritual o sólo era un pretexto para acercarse a ella?

Una música lo distrajo de sus pensamientos. Casasola vio una muchedumbre reunida a unos metros de él. Se levantó de la banca, se aproximó al lugar y se topó con una escena que ya había visto antes. Recordó que era domingo, y los domingos por la noche esa plazoleta de la Alameda se convertía en un salón de baile al aire libre, en torno a la fuente que contenía una estatua del dios Neptuno. Era uno de los espectáculos más singulares que se podían ver, no sólo en el Centro Histórico, sino en toda la Ciudad de México: gente de las clases sociales más bajas se reunía allí para bailar ritmos guapachosos tocados por un grupo en vivo; la mezcla de personajes era tan variada como desconcertante: obreros, sirvientas, chavos banda, teporochos o travestis se fundían en un caldo que olía a humanidad y sobacos apestosos. Había personas jóvenes y viejas, la mayoría emparejadas, apretadas al calor de la música, pero también se paseaban galanes inquietos en busca de alguna presa, mujeres solteras en espera de que alguien las sacara a bailar, solitarios que observaban el espectáculo con ojos melancólicos y cansados. Vio a una pareja de borrachos que se peleaba a golpes, a un travesti que lloraba en un rincón con el maquillaje corrido y transformado en una máscara de payaso; a una mujer muy alta con la carne pegada a los huesos que parecía un auténtico esqueleto andante; a un

anciano que tenía un grotesco sombrero lleno de plumas, pero que portaba con la mayor de las dignidades... En medio de todo eso estaban la música y el baile, la multitud entregada a la única diversión a la que podía tener acceso. Resultaba simbólico que se reunieran alrededor de la escultura de Neptuno. Allí se concentraban criaturas salidas de las profundidades, como en una película de terror. ¿Dónde estaban todas esas personas durante el día? Casasola nunca las veía a pleno sol; parecían existir sólo durante la noche del domingo cuando, protegidas bajo los árboles de la Alameda, se reunían en un aquelarre que celebraba su propia miseria. Los invisibles, pensó Casasola: nadie sabe que existen, pero de algún modo son quienes sostienen la ciudad sobre sus hombros. Sin ellos, todo esto terminaría de hundirse en el lodo.

Cruzó avenida Juárez y después caminó sobre Balderas, taciturno. Casasola se dio cuenta de que no conseguía hacer suya la calle, y que si un vagabundo no lograba eso, entonces era un auténtico desposeído. No supo cuánto tiempo había pasado observando a los bailarines de la Alameda, pero ahora las calles lucían solitarias. Sólo algunos puestos de tacos permanecían activos, a la espera de comensales trasnochados. Siguió un impulso. Dobló a la derecha en Artículo 123: quería pasar frente a la comunidad George Romero; ellos sí habían podido adueñarse de ese perímetro de asfalto que era *su hogar*, en un sentido mucho más auténtico de lo que significaba para él la casa que rentaba en la calle de Donceles. Dio la vuelta y en segundos el panorama cambió. El alumbrado no funcionaba en esa zona y la calle estaba sumida en una profunda oscuridad. Vio las siluetas de las lonas que improvisaban como techos, y las de varios cuerpos, como bultos arrojados en el suelo. Después, algo extraño sucedió a tal velocidad que le costó trabajo comprenderlo; al día siguiente, incluso, llegó a pensar que aquella imagen era parte de un sueño: una camioneta último modelo se detuvo frente a los indigentes; un sujeto bajó del lado del copiloto, abrió la puerta trasera del coche y uno de los vagabundos subió por voluntad propia; no pudo distinguir si era hombre o mujer. Después, el vehículo se alejó tan rápido como llegó. Casasola también se marchó, desconcertado. Pensó en Santoyo y sus teorías paranoicas. Lo único que se le ocurría para explicar lo que acaba de atestiguar era que el viejo tenía

razón: en verdad existía una trama secreta, cosas que se pactaban en las sombras y que a la mayoría de los habitantes de la ciudad les eran desconocidas. Pensó también que la urbe acababa de mostrarle su corazón más secreto y oscuro, y que no sabía si horrorizarse o considerarse afortunado por ello.

¡SACRILEGIO!

Encuentran cuchillo con sangre

en el Palacio del Arzobispado

La Prensa, lunes 16 de agosto de 2011

Extracto de nota

Un cuchillo de obsidiana manchado de sangre fue encontrado el día de ayer en una de las ventanas arqueológicas del Antiguo Palacio del Arzobispado, ante la sorpresa de los trabajadores y visitantes del recinto ubicado en la calle de Moneda del Centro Histórico.

Fue alrededor de las 11:00 de la mañana cuando Julio Domínguez, uno de los empleados que se encargan de la limpieza del lugar, realizó el siniestro hallazgo mientras barría el suelo cerca del barandal frente al que se encuentran las escalinatas de lo que fuera el templo de Tezcatlipoca.

Peritos de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal acudieron al Palacio y recogieron el objeto, aunque se negaron a hacer declaraciones al respecto. El cuchillo de obsidiana viene a sumarse a los hechos recientes ocurridos tanto en el Templo Mayor, donde se encontraron tres corazones presuntamente humanos, como en Tlatelolco, donde apareció un cuerpo

decapitado, y que parecen indicar la existencia de un asesino obsesionado con las ruinas prehispánicas.

Cuestionado al respecto, el policía judicial Jorge Mondragón, quien se encontraba presente en la escena, comentó que el hallazgo del Antiguo Palacio del Arzobispado no demuestra nada, y que la sangre debe analizarse para comprobar que es humana.

Mondragón aprovechó para hacer una petición a los medios de comunicación: “No nos precipitemos y causemos pánico en la población. Actualmente no existen indicios que nos permitan ligar los restos humanos encontrados en el Templo Mayor y Tlatelolco con un mismo perpetrador. Lo que apareció aquí bien puede ser obra de un imitador e incluso de un bromista”.

El Antiguo Palacio del Arzobispado continúa funcionando normalmente. Antes del cierre de esta edición, Pedro Luna, encargado del módulo de información de dicho lugar, confirmó vía telefónica que las visitas se incrementaron considerablemente a lo largo del día.

Casasola compró el *Semanario Sensacional*, y se sentó a leerlo en una de las bancas de avenida Juárez. Tras haber pasado una fría noche más a la intemperie, aquella soleada y calurosa mañana de lunes le pareció agradable. Sin embargo, la gente caminaba con mayor prisa de la habitual, ansiosa por ponerse a resguardo del clima en sus oficinas. Casasola estaba de buen humor. Tenía una reserva del dinero que había mendigado a lo largo de la semana pasada, y la utilizó en algo que le levantó el ánimo: un chocolate caliente del Seven Eleven. Incluso le alcanzó para un par de donas, por lo que a esas alturas del día se sentía satisfecho y confortado. Pasó las páginas de la revista y no encontró ninguna nota sobre el Asesino ritual. En principio le extrañó, pues aún era temprano cuando se despidió de Quintana el día anterior: su colega tuvo tiempo de sobra para escribir algo antes del cierre. Pero después comenzó a sentirse molesto, pues era evidente que, fiel a su costumbre, Quintana había preferido ahogarse en alcohol y hacer a un lado el semanario. Intentó calmarse, diciéndose que no era su problema; Santoyo toleraba los excesos de Quintana y éstas eran las consecuencias... Siguió leyendo y se topó con una nota que llamó su atención: dos extranjeros habían sido atropellados en el cruce de las avenidas Hidalgo y Reforma, a tan sólo unos metros de donde él se encontraba. Uno murió al instante y el otro en el hospital. La responsable era una mujer que se pasó el semáforo en rojo. La puesta en página del suceso resultaba particularmente dramática, pues mostraba las fotografías que unos estudiantes tomaron por casualidad a los extranjeros minutos antes de la tragedia. Se les veía sonrientes, bebiendo unos jugos y mirando un mapa de la ciudad que venían a conocer, sin imaginar lo que les esperaba. A un lado de esas imágenes estaban las del accidente. Los cuerpos yacían en el pavimento, ensangrentados y descoyuntados. No había duda de que Santoyo sabía cómo presentar la información. Le impresionó también el hecho de que los extranjeros llegaron puntualmente a su cita con la muerte. Pudo haber ocurrido en el camino cualquier cantidad de cosas que los retrasara, salvándolos del encuentro fatal: que uno amaneciera crudo y tardara un poco más en levantarse, que el otro se sintiera repentinamente mal del estómago y pasara al baño justo cuando se disponían a abandonar el

hotel, que el vendedor de jugos se entretuviera buscando cambiar el billete con el que le pagaron, que un menesteroso los detuviera para sacarles plástica y pedirles dinero. Era cuestión de dos o tres minutos, y ese automóvil hubiera pasado de largo. O quizás era al revés, quizá todo eso había sucedido, propiciando que se dieran los tiempos exactos y ellos acudieran a la hora señalada a ese semáforo. Cualquiera de las dos opciones resultaba aterradora... Casasola pensó también que ese cruce de avenidas tenía una particular carga energética, pues era el lugar por donde habían huido los españoles durante la llamada Noche Triste; de hecho, la continuación de Hidalgo se llamaba Puente de Alvarado, en referencia al conquistador español que realizó una espectacular fuga en aquel sitio mientras las canoas y flechas de los aztecas lo perseguían rabiosamente, casi quinientos años atrás. Por si fuera poco, en esa zona había estado también el quemadero de la Inquisición. Casasola procuraba evitar ese cruce de caminos, y cada que se veía obligado a pasar por ahí un presagio ominoso lo invadía... En eso reflexionaba cuando el claxon de una motocicleta llamó su atención: era Gerardo, quien desde la orilla de la banqueta le hacía señas para que se acercara. Casasola se alegró de verlo y se levantó con rapidez, estimulado por el chocolate.

—Amigo, espero que esta vez también sea de atún...

—Santoyo quiere verte con urgencia.

El rostro de Casasola ensombreció ante la ausencia de la pizza.

—¿Verme? ¿Dónde?

Gerardo le hizo una seña para que se subiera a la parte de atrás de la motocicleta.

—En su oficina. Ahora mismo.

Santoyo estaba vuelto un energúmeno cuando Casasola traspasó la puerta de la pequeña oficina del *Semanario Sensacional*. Iba de un lado para otro, arrojando papeles y vapor: tenía un cigarro electrónico encendido en la mano. A Casasola no le sorprendió que un hombre de su edad y constitución física derrochara tal cantidad de energía. Sabía muy bien que

esas explosiones de ánimo eran las que mantenían funcionando tanto a la revista como al cuerpo de su director.

–Basta de pendejadas –fue lo primero que dijo–. Te pedí que localizaras a Quintana y que ambos se concentraran en el caso del Templo Mayor.

–Pero...

–¡Nada de peros! Voy a sacar, cueste lo que cueste, una edición especial dedicada a lo que *La Prensa* llama hoy “un asesino obsesionado con las ruinas prehispánicas”.

–¿Pasó algo además de lo de Tlatelolco?

Santoyo cogió un periódico de su escritorio y se lo arrojó a Casasola.

–¡El mismo día! Y nosotros no traemos nada, ni siquiera lo del Templo Mayor. ¡Estamos terriblemente atrasados!

Casasola leyó la noticia del hallazgo del cuchillo de obsidiana. En ese momento, le vinieron a la cabeza escenas del sueño que tuvo la otra noche. En la mesa de los periodistas muertos había uno de esos objetos. Verduzco mencionó en clave lo de Tlatelolco, pero, ¿por qué no dijo nada sobre el arma? Recordó una frase que le fue dicha en un sueño más antiguo: “No podemos darte tanta información”. Él tenía que estar atento a las señales...

–¡No te quedes ahí como idiota! –tronó Santoyo, sacándolo de sus pensamientos–. ¡Dime algo!

Casasola le devolvió el periódico, intimidado. Nunca había visto a su jefe tan molesto.

–Entonces es verdad –dijo, aún perplejo–. Estamos lidiando con un asesino ritual...

–¿Qué dijiste? –Santoyo pareció calmarse por un momento.

–Asesino ritual –repitió Casasola, casi con culpa–. Pero no es mi ide...

–¡Me gusta! –lo interrumpió Santoyo, emocionado–. ¿Ya lo ves? Cuando te concentras tienes ideas brillantes. “El caso del Asesino ritual.” ¡Tiene *punch*! ¡Ahora sal a la calle y tráeme información fresca!

Casasola pensó en decir algo más, pero optó por despedirse con una inclinación de la cabeza. Se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

Antes de que la atravesara, Santoyo le dijo:

–Y ya olvídate de ese pinche disfraz. En este momento los vagabundos me importan un pito partido por la mitad.

Cuando entró a su departamento, lo primero que Casasola hizo fue abrir las ventanas y regar las plantas. Fue un acto reflejo. La realidad era que sus pertenencias le parecían ajenas e incluso absurdas; miró el enorme florero de cristal en el que había metido varios palos de bambú y se preguntó por qué demonios tenía ese adorno. Igualmente su colección de máscaras de luchadores que colgaban de un perchero le pareció una estupidez. Pero lo que resultaba un auténtico artefacto venido de otro mundo era su *laptop*, que aguardaba con la tapa abierta sobre el escritorio de su estudio. Casasola sacó su libreta de la bolsa del abrigo y la hojeó, antes de colocarla a un lado de la computadora. Su bitácora del inframundo. Estaba llena de notas y también de manchas de comida y mugre. Sabía que sus días de infiltrado en las calles habían terminado, pero tenía material suficiente para un reportaje. Encendió el boiler y después se contempló en el espejo de la habitación, uno de esos espejos de cuerpo completo que sólo usan las mujeres y que suelen colocar detrás de la puerta; no era suyo, se trataba de uno de tantos vestigios que había dejado Olga, su ex esposa. Observó su disfraz y sólo hasta entonces tuvo plena conciencia de lo ridículo que se veía. “Por eso a los monstruos no les gustan los espejos”, pensó. Pero él no era eso, los monstruos siempre tenían algo de romántico, y él tan sólo era un remedo de vagabundo. Minutos después, se recortó la barba frente al espejo del baño y luego entró en la regadera. Mientras el agua caliente y el jabón se llevaban la suciedad de su cuerpo, provocando un remolino espeso y negro en la coladera, Casasola recordó un relato de Chuck Palahniuk, “Vacaciones en el arroyo”. Contaba la historia de un grupo de ricos que se disfrazaban de

indigentes y pasaban temporadas en la calle para romper la monotonía y el aburrimiento. ¿Sería eso lo que lo inspiró a hacer su pantomima? Los vagabundos-millonarios de Palahniuk encontraban la felicidad en la indigencia, porque después de pasar días en la miseria redescubrían los placeres del *jacuzzi* y los restaurantes caros. Pero para él era diferente. Tras haber compartido los refugios y las sobras de comida con los desposeídos, regresar a la comodidad de su hogar lo hacía sentir como un traidor. La culpa lo invadió y terminó su baño con agua fría. *Culpa católica*, hubiera dicho Olga. Se dio cuenta de que, durante el mes que estuvo en la calle, prácticamente no pensó en ella, pero ahora que volvía al departamento en el que vivieron juntos, su voz reaparecía puntualmente en sus oídos. Era algo muy parecido al apuntador que utilizaban los conductores de televisión. Y Casasola comprendió el regalo que le había dado la indigencia: librarse por un tiempo de los persistentes ecos de su ex esposa.

Salió de la regadera y fue directamente al estudio. En uno de los estantes estaba el libro de Palahniuk. Lo abrió y descubrió un subrayado: “No hay nada más fácil que no prestar atención a la gente sin hogar. Puede que seas Jane Fonda o Robert Redford, pero si estás empujando un carrito de la compra por alguna avenida a mediodía, vestido con tres capas de ropa sucia y murmurando palabrotas por lo bajo, nadie se va a fijar en ti”. Ése era, sin duda, el privilegio de los menesterosos. Mientras se ponía los pantalones de mezclilla y una playera limpia, Casasola comenzó a sentir nostalgia por su invisibilidad perdida.

Santoyo decidió ir a buscar a Quintana a su casa. Tenía un mal presentimiento. Era muy extraño que no le hubiera mandado la nota el domingo por la noche, antes del cierre. Quintana podía perderse días en las cantinas, pero siempre le entregaba algo. “Borracho pero no pendejo”, era su lema. Subió a un taxi y se bajó en la calle José María Marroquí, entre las calles Artículo 123 e Independencia. Allí estaba el edificio Guanajuato, donde vivía Quintana. Era un edificio viejo y enorme, que daba vuelta hasta la calle de Dolores. Santoyo sabía que lo había construido el mismo arquitecto de la Torre Latino. Pero eso a Quintana no le importaba. Pasaba muy poco tiempo ahí porque en ese lugar habían vivido también su ex mujer y su hijo. “Lo único bueno de la Torre Latino es el bar Miralto”, solía decirle Quintana. “Hacen buenos martinis. Y da un placer especial

emborracharse en las alturas, mientras abajo las hormigas humanas entran y salen de sus oficinas cargando sus migajas.” En una ocasión, Santoyo le dio un sermón de por qué la Torre Latino era uno de los emblemas de la ciudad, y de cómo ese edificio se levantaba con una elegancia y dignidad poco usual en la arquitectura moderna de la misma. Había resistido, incluso, dos de los peores terremotos sin inmutarse. Pero Quintana se mostró inmovible. “La única otra cosa que vale la pena de la Torre Latino – agregó– son los suicidas que de vez en cuando asoman por sus ventanas. No todos se arrojan al vacío, como la mujer que retrató Metinides y que después fue rescatada por los bomberos. Pero verlos parados al borde del abismo, con las cabelleras ondeando en el viento, hace pensar que la auténtica libertad es una posibilidad al alcance de la mano.”

Santoyo tenía llaves del departamento. Quintana se las dio porque sabía que algún día las podría necesitar. Y ese día había llegado. Pero antes de subir, tocó en una cortina de metal que se encontraba a un lado de la entrada del edificio. Una pequeña puerta se abrió y se asomó un hombre tan viejo como el edificio mismo. Era Pajarito, quien tenía en ese local cerrado una cantina clandestina. Cabía la posibilidad de que Quintana se hubiera refugiado ahí; era, por mucho, su tugarío favorito del Centro. Pero en cuanto entró, se decepcionó. Entre las mesas apretujadas y rodeadas de montones de basura no estaba Quintana. Pajarito le dijo que tenía varios días sin verlo, y le ofreció una cerveza. Santoyo la rechazó y salió de ahí con un hueco en el estómago. Se lo provocaba el temor de lo que pudiera encontrar arriba, pero también pensar en las jornadas que Quintana había pasado en ese agujero oscuro y polvoriento, más parecido a un búnker que a una cantina. Ahí no se bebía para pasar un buen rato, sino para desaparecer. Como de costumbre, el elevador no servía. Subió por las escaleras de granito hasta el tercer piso y después enfiló por un largo pasillo. Metió la llave y giró la chapa. Antes de empujar la puerta, se detuvo unos segundos. Respiró hondo, y finalmente reunió el valor para abrir. No tuvo que entrar para conocer el desenlace: Quintana yacía sobre la alfombra de la sala. A un lado de su mano había un vaso cuyo contenido se derramó, formando un círculo oscuro en la alfombra; el trago que ya no le dio tiempo de terminar. Pero tenía los ojos cerrados y eso le dio esperanza. Santoyo sabía que era a los muertos a quienes solía encontrarse con los ojos abiertos, pues la muerte

los sorprendía antes de que pudieran bajar los párpados. Sacó su celular y marcó el número de emergencias.

OceanofPDF.com

La terraza tenía una vista magnífica. Desde ella se apreciaban el Templo Mayor, la Catedral y el Zócalo, y también el ajetreo de las personas que colmaban las calles como insectos. Incluso llegaba el rumor de los tambores de los concheros, los infatigables danzantes que rendían tributo al pasado prehispánico y que solían situarse en las cuatro esquinas de Catedral. Había un sol radiante e incluso algunas nubes colgaban en el horizonte, pero Casasola no podía despegar los ojos de Elisa. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener la mirada en su rostro y no bajarla hacia el escote del vestido, donde asomaba una constelación de pecas que se abultaba en el nacimiento de los senos. Imaginó esas manchas llegando hasta los pezones y entonces no pudo controlar sus ojos; sus pupilas descendieron y lo que vio lo perturbó aún más: una gota brillante de sudor escurriendo por el canal donde se unían los pechos... un acueducto que alimentaría su insomnio. ¿Cuántos años tendría? Le calculó los mismos que él: treinta y nueve. Casasola intentó concentrarse de nuevo. Había localizado a Elisa en el directorio del INAH y le pidió una entrevista; ella accedió de mala gana, le dijo que sólo tenía una hora durante la comida y lo citó en el restaurante de la librería Porrúa. Casasola consultó su reloj y comprobó que ya habían transcurrido cuarenta y cinco minutos.

—Te dije que tenía prisa, pero no es necesario que te atragantes.

Casasola acaba de meterse a la boca un buen trozo de chile relleno de chicharrón. Pero no comía así debido a la prisa, sino al hecho de estar ante su primera comida decente en un mes. Se pasó la servilleta por la boca y le dio un trago a su cerveza.

—Perdona. Es que moría de hambre. Ya tienes que irte, ¿cierto?

Elisa tomó su copa de vino y observó que aún le quedaba la mitad.

—Primero me acabo ésta. Después tendré que dejarte. Pero me quedo tranquila: estás en buena compañía —dijo, refiriéndose al plato de Casasola.

Él pidió antes un robalo con huitlacoche y salsa verde, que no lo dejó satisfecho, y después ordenó el chile.

–No cené ni desayuné. Así es la vida de los reporteros...

Ella también había comido, con muy buen diente, una pechuga de pollo rellena de queso de cabra con salsa de chipotle. A Casasola eso le agradó: en algún lugar leyó que las personas con apetito se comportaban igual respecto al sexo, y que, por lo tanto, había que desconfiar de quienes comían con frugalidad.

–Con todo lo que te he dicho, pensarás que estoy loca, ¿verdad? –dijo ella, retomando el tema de la entrevista. Cuando llegó al restaurante estaba tensa, pero el vino la fue relajando, y ahora un agradable rubor asomaba en sus mejillas.

–Para nada. Te busqué porque vi tus comentarios en el periódico. Tu teoría tiene lógica: alguien está reviviendo los sacrificios aztecas en un siniestro *performance*.

–¿Y por qué la policía no lo quiere admitir?

–Llevo poco en la nota roja; como te contaba, antes fui periodista cultural. Pero me parece que las autoridades propician información ambigua porque eso les da mayor control sobre las personas. Mientras menos se sepa sobre lo que realmente ocurre en la ciudad, ellos llevan las de ganar.

–Qué horror. Imagina el efecto negativo que todo esto puede tener sobre las zonas arqueológicas, sobre el INAH mismo...

–Curiosamente, está ocurriendo todo lo contrario: los periódicos informaron que la afluencia a dichos lugares aumentó. Cuando hay una tragedia, la gente quiere asientos de primera fila. Ahora asisten a las ruinas con la esperanza de encontrar un corazón latiendo entre las piedras. ¿No es fascinante?

–Te equivocas: es terrible, porque desvirtúa el sentido original de los ritos ancestrales y sólo deja a la vista la parte morbosa. Los sacrificios aztecas

tenían una razón de ser profunda, estaban relacionados con la continuidad del cosmos. La sangre derramada era el alimento que el Sol necesitaba para vencer todas las noches a las estrellas y resurgir victorioso por las mañanas. Lo que reflejaban era una concepción compleja del mundo, no una tendencia asesina.

–La clave está, entonces, en descubrir los motivos del asesino. Algún objetivo se ha propuesto con la recreación de los sacrificios, y no creo que se trate de algo tan simple como una campaña contra el turismo o el INAH.

–En eso tienes razón; el asesino sabe lo que hace. Detrás de sus actos existe una meta que nos rebasa...

Elisa se terminó el vino y meditó unos segundos. Miraba hacia la plancha del Zócalo, que parecía derretirse bajo el sol aplastante.

–A mí el pasado prehispánico siempre me ha despertado tanta fascinación como temor; es una de las razones por las que me volví arqueóloga. Observa todo lo que nos rodea: da la sensación de que algo muy antiguo se está abriendo paso hacia la superficie... Compara las ruinas con los edificios coloniales. El Templo Mayor se levanta sobre arcillas que se comprimieron y asentaron con el tiempo. En cambio, la Catedral se construyó sobre el terreno irregular de una serie de pirámides; bajo ella hay incluso un juego de pelota. Por eso, si te fijas, da la sensación de que el Templo Mayor está emergiendo del subsuelo, mientras los edificios coloniales se hunden.

–A lo mejor eso es lo que quiere el asesino: que el pasado prehispánico borre todos los demás vestigios...

El tono que había adquirido la conversación, sumado al vino y al calor, sumergieron a Elisa en una especie ensoñación, y se dejó llevar por una idea apocalíptica: imaginó que las torres de Catedral se derrumbaban mientras un río de sangre salido de las cloacas inundaba el Zócalo. Casasola también tuvo una visión, tan inesperada como perturbadora: Elisa desnuda sobre una piedra de sacrificio, su piel blanquísima reverberando como un astro, los pezones erectos hacia un crepúsculo sangriento, sus piernas abiertas

mostrando el sexo como un jeroglífico indescifrable. Recordó un poema de Octavio Paz: “Abrirás mi cuerpo en dos, para leer las letras de tu destino”.

En ese momento, el celular de Casasola sonó, trayendo a ambos de vuelta a la realidad. Era Santoyo:

–Tienes que venir –le dijo, con voz preocupada–. Quintana sufrió un ataque.

Santoyo no creía en Dios. Era agnóstico desde que tenía memoria. Curiosamente, sus padres habían sido católicos devotos, y durante toda su infancia y adolescencia lo obligaron a ir a misa. Él se aburría horrores: cuando llegaba el sermón del padre casi siempre se quedaba dormido, asunto que su madre remediaba dándole un fuerte pellizco en el muslo. Llegó en verdad a odiar esas jornadas dominicales, así que una vez que tuvo suficiente edad para rebelarse, dejó de acudir a la iglesia. En cambio, lo que sí continuó interesándole fue la Biblia. Allí había historias tan terroríficas como fascinantes: plagas, inundaciones, infanticidios, muertos vivientes, demonios y ciudades arrasadas por el fuego. Su parte favorita era el Apocalipsis. No entendía gran cosa, pero los Cuatro Jinetes le despertaban un entusiasmo enfermizo. Soñaba con ellos y los veía cabalgar por las calles de la Ciudad de México, cosechando almas que succionaban por la boca como si fueran aspiradoras. Cierta noche le dirigieron la palabra. Fue un sueño particularmente vívido, del que se despertó sudoroso y jadeante. Estaba en la Alameda comprando un esquite. De pronto, el cielo ensombreció, las nubes engordaron y adquirieron un color rojizo, y una lluvia de espesa sangre comenzó a caer sobre los árboles. La gente corrió a guarecerse, pero por alguna razón él se quedó ahí, empapándose con esas gotas gruesas y pegajosas. Un efluvio putrefacto inundó el aire, como si de repente alguien hubiera vaciado el contenido de todas las alcantarillas de la ciudad. Fue en ese momento que los vio, acercándose por una de las plazoletas de la Alameda. Estaban cubiertos de harapos, moscas y gusanos, y sus caballos no eran más que huesos ensamblados. Santoyo quería correr y ponerse a salvo de aquella visión espantosa, pero su deseo de atestiguarla fue más poderoso. Los jinetes se detuvieron frente a él, y con un susurro de polvo y ceniza le dijeron: “Vendremos por ti, como habremos de venir por todos, pero antes; esta ciudad tiene muchas calamidades para ti”.

Cuando entró a la preparatoria, sus padres hicieron un intento de darle una lección y regresarlo a la buena senda: lo pusieron a trabajar vendiendo periódicos y revistas en la calle, sin imaginar las consecuencias que esa actividad traería, pues lo contactó con publicaciones como *Zócalo*, *Crimen* y *La Prensa*, de las que se volvió un devoto consumidor. En ellas encontró historias similares a las de la Biblia, pero con escalofriantes fotografías. Cuando llegó el tiempo de ingresar a la universidad, no dudó: estudió periodismo y se dedicó a escribir crónicas del crimen y la tragedia, ante la resignación de sus padres, quienes estaban convencidos de que Dios les había mandado la dura prueba de criar a un hijo diabólico. Algunos años después, cuando ya tenía cierta experiencia y reputación en el medio, se dio cuenta de que la mayoría de sus colegas eran católicos fervientes o renegados como él, y que eso había contribuido a moldear el tono tremendista que caracterizaba a la nota roja. En ella siempre había un tono de escarnio y de advertencia, como en muchos de los pasajes de la Biblia. Llegó a pensar, incluso, en hacer una versión de la Biblia en clave de nota roja, con titulares espectaculares como MATÓ A SU HERMANO CON UNA QUIJADA DE BURRO; LANGOSTAS INVADEN EGIPTO; HERODES, MULTIASESINO DE NIÑOS; LOS DEMONIOS DIJERON: SOMOS LEGIÓN; EL FIN DEL MUNDO LLEGÓ: SAN JUAN; sin embargo, nunca se animó. Era una idea atractiva, pero corría el riesgo de quedarse sin trabajo.

Todo esto recordaba Santoyo, sentado en una silla al lado de la cama de hospital en la que se recuperaba Quintana. Había sufrido un infarto y sobrevivido, pero el riesgo continuaba latente. Y si recordaba aquello era porque en situaciones como ésa le gustaría ser creyente para poder rezar. Aún sabía de memoria varias oraciones que aprendió en la infancia, pero sonarían totalmente huecas si se atrevía a pronunciarlas en voz alta. Su esposa había muerto de cáncer hacía muchos años, y no tuvieron hijos. Quintana era, por lo tanto, lo que más se parecía a una descendencia. Y Santoyo era consciente de que se sumergiría en un pozo profundo y oscuro si Quintana llegara a morir antes que él. Entonces, como no se le ocurrió otra cosa mejor en la cual creer, elevó un ruego silencioso a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Les dijo: “No se lo lleven aún. Les doy a cambio mi propia vida”.

Cuando Casasola llegó, Quintana estaba consciente y malhumorado por encontrarse atado a una cama de hospital. Sin embargo, por la expresión grave del rostro de Santoyo entendió que la situación era delicada. La enfermera les pidió que lo hicieran hablar lo menos posible, pero era difícil mantener a Quintana callado sin un trago en la boca. Casasola observó su rostro pálido y verduoso, las bolsas de agua formadas bajo sus ojos, los labios resecos y sedientos, y pensó que su aspecto no era el de una persona que acababa de sufrir un infarto, sino el de alguien que ha acumulado incontables crudas. ¿Cuánto más aguantaría?

–El reportaje sobre el Asesino ritual se quedó en mi computadora –dijo Quintana, con voz débil–. Sólo me faltaba un párrafo para terminarlo –quiso agregar algo más, pero le faltó el aire.

–No te preocupes ahora por eso –respondió Casasola–. Ya lo resolveremos.

Santoyo colocó una mano en el brazo de Casasola y le hizo una ligera presión, señal de que debía hacer caso de inmediato a lo que iba a decir.

–Lo que Quintana quiere es que vayas a su casa y recuperes el reportaje. Es una buena idea: así podemos sacar mañana mismo nuestra edición especial sobre el tema.

–Sólo me levanté a servirme una cuba, y de pronto todo se nubló –dijo Quintana y, con cierto pesar, añadió–: carajo, ni siquiera alcancé a darle un trago.

–De acuerdo. Tengo algo de información extra, así que puedo agregarle un final al reportaje.

Casasola tomó las llaves que le extendió Santoyo y se encaminó a la salida. Antes de que se marchara, Quintana le dijo, recuperando cierto vigor en la voz:

–Pero que sea uno bueno. No vayas a destruir mi reputación.

Mientras regresaba al Centro Histórico en el metro, Casasola comprendió que Quintana estaba fuera de combate, y que tendría que hacerse cargo él solo del caso del Asesino ritual. Ya no le desagradaba tanto la idea, sobre todo porque había entrado en contacto con Elisa. Sin embargo, algo le preocupaba: no quería descuidar su reportaje sobre los desposeídos. Debía encontrar la manera de escribir las dos cosas al mismo tiempo. ¿Por dónde empezar? Tenía demasiadas notas, y mucho qué decir sobre *el pueblo del abismo*. Estaban los que eran trashumantes y los que se apropiaban de un perímetro de la calle y no lo abandonaban nunca. Reflexionó que sería mejor empezar con los que se movían por la ciudad, con aquellos que cargaban su casa a costas, como caracoles humanos. Existía una técnica periodística para abordar los temas complejos: partir de un caso específico para de ahí expandirse hacia lo general. En ese momento, Casasola cobró conciencia de que viajaba en la línea azul del metro. El territorio de un viejo conocido. Con él podía iniciar. Pero primero tenía que ir a casa de Quintana y llevar el reportaje a la oficina del *Semanario Sensacional*. Después se ocuparía del Evenflo.

ASESINO RITUAL ACECHA EN EL CENTRO HISTÓRICO

Semanario Sensacional, martes 17 de agosto de 2011

Edición especial núm. 56

Extracto de nota

A simple vista, un corazón humano se puede confundir con el de un animal. Particularmente con el de los cerdos, ya que tienen características muy similares en cuanto a tamaño y color. Por esta razón, los tres órganos encontrados en días pasados en el Templo Mayor debieron esperar el análisis del patólogo forense para determinar su naturaleza.

Un informe obtenido por este semanario, a través de una fuente que pidió guardar el anonimato, revela que los corazones hallados entre las ruinas prehispánicas son de procedencia humana, lo que viene a reafirmar la hipótesis de que un asesino ritual está reproduciendo los sacrificios aztecas en pleno Centro de la Ciudad de México.

La teoría parece cobrar mayor fuerza con el cuerpo encontrado posteriormente en las ruinas de Tlatelolco: yacía, decapitado y desollado, en los restos del templo de Quetzalcóatl. En el informe citado, la autopsia de dicho cadáver arroja información esclarecedora. Ésta contradice la versión de las autoridades, quienes afirman que la víctima fue torturada por el crimen organizado. Los datos son contundentes: el tejido subcutáneo y muscular de la víctima no contenía infiltración hemorrágica ni hematomas, lo que significa que ya no sangraba en el momento en que fue despojada de la piel. Por lo tanto, el desollamiento ocurrió *post mortem*.

Según explicó la arqueóloga del INAH Elisa Matos, el desollamiento era una de las prácticas que enmarcaban los sacrificios aztecas, lo mismo que la extracción del corazón, la decapitación, el descuartizamiento y la antropofagia. “El desollamiento era menos común; se reservaba al culto de Xipe Totec, dios de la primavera y el renacimiento, a quien se le representaba con una capa de piel humana”, agregó.

En el caso del desollado de Tlatelolco, la piel no fue hallada, pero no dudamos que se encuentre entre los preciados tesoros del victimario. Sí conservaba, en cambio, el corazón. A estas alturas se puede especular que el Asesino ritual ha cometido cuatro crímenes. ¿Hasta cuándo las autoridades aceptarán esta realidad?

PERIODISTAS MUERTOS (II)

Era el mismo cuarto en penumbra, pero esta vez no había mesa circular ni hombres trajeados. Únicamente estaban Verduzco y él. La oscuridad era

casi completa; sólo se veían los rostros flotando en la negrura. A Casasola le sorprendió la situación e intentó sondear a su amigo:

–¿Y los demás?

–Están ocupados.

–¿Ya no los volveré a ver?

–Depende: si mueres te los encontrarás todos los días.

A Casasola no le hizo gracia el comentario, pero se dio cuenta de que Verduzco estaba recuperando algo de su personalidad anterior. Él pareció adivinar sus pensamientos:

–Sé que todo esto resulta raro, pero la verdad es que no hay nada más extraño que la muerte... Hay quienes tardan mucho tiempo en darse cuenta de que están muertos.

–¿En verdad vamos a hablar del tema? –Casasola se entusiasmó: tenía varias preguntas al respecto.

–Negativo. No he dicho nada que no sepas. Lo de los muertos despistados ha sido tema de algunas películas.

–Te noto cambiado, ¿qué está pasando?

–Mis colegas muertos son muy estrictos, así que creí que nos podría venir bien a los dos un poco de privacidad. Voy aprendiendo mis trucos – Verduzco le guiñó un ojo, y agregó–: ¿Sabes? A los periodistas muertos les encanta interpretar su papel de heraldos misteriosos.

–¿Por qué actúan así? ¿No sería más fácil decir lo que saben sin tantos rodeos?

–No es tan sencillo. Digamos que nosotros vemos unas cosas, y ustedes otras. Si juntas las versiones de ambos mundos, se completa la información.

Casasola comprendió: en la muerte también había burocracia. Verduzco estaba escalando en ella; ahora pertenecía al Consejo de Periodistas Muertos de Nota Roja, y para encajar en el sistema se vestía de saco y actuaba solemnemente. Sonrió: gracias a aquella cita privada podía comprender mejor a su amigo.

—¿Eres un fantasma? —preguntó a bocajarro.

—Qué estupidez. Los fantasmas no existen.

En ese momento, un teléfono comenzó a timbrar. Primero se escuchó a lo lejos, pero el volumen aumentó rápidamente. Casasola supo que se despertaría de un momento a otro.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

Abrió los ojos. Estaba en su cuarto. Pero en su cabeza resonaba el eco de una última frase de Verduzco: “Presagios funestos”.

Era de mañana, se encontraba en su cama y el teléfono timbraba. Aun así, Casasola tardó en reaccionar. Su mente y su cuerpo no se conectaban. Sus músculos sentían la suavidad del colchón largamente anhelada durante el mes pasado, y se rehusaban a moverse. Cerró los ojos en un intento por volver a contactar a Verduzco, pero fue inútil. Casasola pensó que la comunicación con los muertos era parecida a los teléfonos públicos: cuando se terminaban las monedas, no había más remedio que esperar hasta conseguir otras. Su cuerpo reaccionó, estiró la mano y tomó el celular. Era Santoyo:

–Carajo, ¿por qué no te tardas más en contestar y dejamos que los cadáveres se acumulen en la ciudad mientras tú descansas?

–Jefe... ¿qué pasó?

–Estuve escuchando la frecuencia de la policía. El Asesino ritual volvió a hacer de las suyas: encontraron algo en el metro Pino Suárez.

–¿Está seguro? ¿Qué tiene que ver el metro con todo esto?

–Espabílate: ahí hay una pirámide.

Casasola permaneció en silencio: su mente realizaba las conexiones con lentitud, como el metro en la hora pico.

–¡Apúrate cabrón! –rugió Santoyo– Mientras te pones las pantuflas los demás periódicos nos están ganando la nota.

–Voy enseguida.

Colgó, pensando que la neurosis de Santoyo era absurda. Por supuesto que los periódicos les ganarían la nota: se publicaban todos los días, mientras que ellos aparecían cada lunes. Pero a su jefe le gustaba comportarse como si fueran un diario. Casasola lo había intentado convencer de que su fuerza

estaba en los reportajes especiales, pero como buen jefe, Santoyo no escuchaba consejos. Se levantó de la cama y, para no perder más tiempo, se puso la ropa encima de la pijama. Se echó un poco de agua en la cara y después salió a la calle. Caminó sobre Donceles, esquivando la mercancía de los vendedores ambulantes, y abordó un taxi. En el camino le marcó a Elisa.

–Estoy en junta –contestó ella, malhumorada–. Espero que sea algo importante.

–Lo es. El Asesino ritual actuó de nuevo, ahora en el metro Pino Suárez.

–Salgo de inmediato para allá.

Veinte minutos más tarde se encontraron en la esquina de Izazaga y Pino Suárez. El metro estaba cerrado, y en torno a la plaza comercial habían instalado un cerco para evitar que los mirones se acercaran al balcón desde el que se podían apreciar las ruinas. En torno a la cinta amarilla que delimitaba el perímetro de seguridad se congregaba una multitud de curiosos. Miles de personas pasaban a diario por ahí sin prestar atención a los vestigios arqueológicos, pero ahora todos querían fisgonear. Elisa reconoció a uno de los policías que había estado presente durante las averiguaciones del Templo Mayor y Tlatelolco. Tras una breve charla, los dejó pasar. Caminaron hasta el balcón y se asomaron al interior del metro. En un amplio cuadrado rodeado de nopales y cactus espinosos se encontraban los restos del adoratorio del dios Ehecatl. Sobre el techo circular de la pirámide reposaba una cabeza humana desollada. Miraba hacia arriba, directamente a ellos, con una expresión que ambos tardarían varios días en olvidar: los ojos sin párpados y los dientes sin boca resaltaban en un gesto intenso y furioso, confiriéndole al rostro una extraña apariencia viva. La sangre, ahora seca, había escurrido por las piedras hasta el suelo. Un perito y un criminólogo ya trabajaban en el sitio. Elisa no quiso ver más y le pidió que se marcharan. Casasola pensó en invitarle un trago para reponerse de la impresión, pero aún era muy temprano. En lugar de eso, la acompañó a tomar un taxi. Mientras ella subía y se acomodaba en el asiento, la falda de su vestido se replegó, dejando al descubierto sus muslos blancos y carnosos. Elisa se dio cuenta, y con un movimiento rápido de la mano arregló el problema. Tan sólo una instantánea, un presagio fugaz en

aquella vertiginosa mañana. Eso lo hizo recordar algo. Tocó el vidrio con los nudillos, y ella bajó la ventana.

–¿Te dice algo la frase *presagios funestos*?

Elisa meditó unos segundos.

–Tal vez. Pero en estos momentos no puedo pensar con claridad. ¿Por qué?

–Un simple presentimiento. Si te acuerdas, llámame.

El taxi arrancó. Casasola lo observó perderse en el tráfico y después caminó hacia la parada del transporte público. A su mente vino la imagen de la cabeza desollada, pero él intentó conjurarla pensando en las piernas de Elisa.

Por la tarde, Casasola aguardaba en el vestíbulo de la PGJDF junto a un nutrido grupo de colegas. Hacía dos horas que debía haber comenzado la rueda de prensa, y los periodistas estaban impacientes. Las galletas y los refrescos se habían terminado, así como los murmullos y chismorreos, y los reporteros salían constantemente a fumar a la calle, más aburridos que expectantes. Diez minutos después apareció el policía judicial Jorge Mondragón. Con evidente nerviosismo subió al estrado, y leyó un comunicado:

–Tras el hallazgo el día de hoy de una cabeza decapitada en el metro Pino Suárez –Mondragón hizo una pausa, se aclaró la garganta y continuó–, y después de el detallado análisis de los otros restos encontrados en el Templo Mayor, Tlatelolco y el Antiguo Palacio del Arzobispado, podemos concluir que todos eran humanos, que el *modus operandi* ha sido el mismo en todos los casos, y que por lo tanto estamos lidiando con un asesino o grupo de asesinos que utilizan las ruinas prehispánicas como escenario de sus crímenes. La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, en colaboración con la Secretaría de Seguridad Pública, ha decidido implementar un dispositivo especial de vigilancia que incluye todos los vestigios precolombinos del Centro Histórico, así como los localizados en

Cuicuilco, San Pedro de los Pinos, Tenayuca, el Cerro de la Estrella y Teotihuacan. Se ha determinado que el o los asesinos operan por las noches, por lo que los visitantes a los sitios arqueológicos no corren ningún peligro, y estos no serán cerrados.

Mondragón se despidió con una inclinación de cabeza y abandonó el estrado sin prestar atención a la lluvia de preguntas de los reporteros. Casasola se levantó de su silla y se marchó con una sensación de triunfo: la prensa amarillista, incluido el *Semanario Sensacional*, alertó antes que las autoridades del caso del Asesino ritual, y de algún modo forzó el comunicado oficial.

Pensó que Santoyo lo recibiría en la oficina con una amplia sonrisa, pero en cuanto llegó se dio cuenta de que estaba equivocado.

El velatorio del ISSSTE en la colonia San Rafael era sombrío y deprimente como cualquier otro en el que se pudiera estar. En un largo pasillo con bancos se acomodaba la gente que ya no cabía en las capillas, y se escuchaba el rumor característico de las conversaciones en voz baja, producto de un excesivo respeto al dolor de los demás. Casasola pensó que no importaba que fueras rico, de clase media o pobre, en México los velorios siempre resultaban deprimentes. ¿Por qué no mejor hacer una fiesta para reír y llorar recordando al muerto, escuchando su música favorita y comiendo su platillo predilecto? Imposible. Aquí se trataba de sentirse aún más miserable por la pérdida del ser querido, de sacar a flor de piel las culpas ancestrales y cercanas, heredadas e inventadas, y de sumergirse con resignación en esa atmósfera tétrica de coronas funerarias, cafés aguados y rezos monótonos. Y todo aderezado con el ataúd abierto, el muerto exhibiendo su nueva condición y el arte macabro del embalsamador, que hizo su mejor esfuerzo para darle una apariencia presentable. Los mexicanos tenían fama de que se burlaban de la muerte, de que la retaban y se comían calaveras de azúcar el 2 de noviembre, pero bastaba asistir a un velorio para darse cuenta de que eso era una mentira y un gancho publicitario, que en el fondo los mexicanos tenían una visión de la muerte tan solemne y atormentada como casi todos los demás países del mundo.

Casasola le compró un café a Santoyo, quien lo aceptó y comenzó a beberlo como un autómata, con la mirada fija en el vacío. Ningún familiar había acudido al velorio de Quintana; en cambio, Casasola reconoció a varios cantineros y meseras de los tugurios del Centro. El jefe tuvo que hacerse cargo de los gastos tanto del hospital como del velatorio, desembolsando una considerable cantidad de dinero a pesar de que se trataba de lugares de segunda categoría. “Es una mierda morirse –pensó Casasola–, sobre todo por lo caro que resulta.” Santoyo se había gastado los pocos ahorros que tenía, cediendo la posibilidad de un funeral digno a alguien que ni siquiera era su hijo. Un acto que oscilaba entre la generosidad de los héroes y el patetismo de los perdedores.

Casasola hizo una seña a los meseros para que se acercaran. Cuando estuvieron reunidos en torno a la silla de Santoyo, en cuclillas y formando un círculo como hace un equipo de fútbol antes de comenzar el partido, les dijo:

–Larguémonos de aquí. Esto no es digno de Quintana.

Tras liquidar la cuenta y adelantar la cremación del cuerpo, el grupo se dirigió a las oficinas del *Semanario Sensacional* con un arsenal de botellas. Santoyo se dejó llevar como un niño pequeño, y una vez que los cantineros prepararon cubas y vodkas ricky se dedicó a beber con la misma expresión ausente que tenía en el velatorio. Casasola encontró un cedé de Los Ángeles Negros que Quintana guardaba en el cajón de su escritorio, y lo puso en la pequeña grabadora en la que solían escuchar las noticias. “Y volveré” comenzó a sonar; las meseras se echaron los brazos al cuello y se pusieron a bailar entre ellas. Casasola se sintió mejor y, aunque no era creyente, sonrió al considerar la posibilidad de que Quintana pudiera estar observándolos desde algún lugar. “Sólo espero que no sea el purgatorio”, pensó, y le dio un profundo trago a su bebida.

–Recuerdo una vez que Quintana anunció que iba a dejar de beber –dijo Domingo, el mesero del Salón Corona–. Estaba en una mesa muy grande, con varios amigos, y también su mujer. Se habían reunido para apoyarlo en su despedida del alcohol. Era su última borrachera, así que se levantó

emocionado con una cerveza en la mano, y dirigió unas palabras a la concurrencia. No sólo a la que se encontraba en su mesa, sino a la de todo el lugar. No recuerdo exactamente qué dijo, algo sobre ser hombre y no payaso, pero cuando terminó su discurso se llevó una sonora ovación. Hasta había alguien filmando con una cámara. Yo sentí que era el final de toda una época, y me eché unas lagrimitas. Pero al día siguiente, Quintana estaba de regreso para curársela.

Casasola intentó imaginar la escena. La esposa presente, con la esperanza de recuperar a su marido. Y lo que siguió –días, meses o años después–: la mujer abandonándolo, cediendo su lugar al Rey Alcohol. Él no había visto nada de aquello, pero sí le tocó la debacle de Quintana, su continuo peregrinar por las cantinas del Centro, sus vanos intentos de apagar el fuego que lo consumía por dentro. Él se lo explicó una vez: “El problema es que cada nuevo trago debe borrar el anterior”.

Los Ángeles Negros cantaron:

No sufras más

Quizá mañana nuestro llanto quede atrás

Y si me dices que tu amor me esperará

Entre la luz que mi sendero alumbrará

Y volveré como un ave que retorna a su nidal

Verás que pronto volveré y me quedaré

Por esa paz que siempre tú me das

Casasola se estremeció, porque comprendió el peso que cargaba Quintana: era difícil soportar el abandono, pero lo era aún más cuando lo provocaba uno mismo. A la ausencia del amor perdido se añadía la culpa. No se encontraba la paz y se bebía para adormecer el alma. La cruda empeoraba las angustias y entonces había que empezar a beber de nuevo. Quintana era como una serpiente que se mordía la cola... Una carcajada lo distrajo de sus reflexiones. Las meseras bailaban con Santoyo, animándolo, y le daban vueltas entre todas. Se dio cuenta de que era hora de alejar los pensamientos sombríos y se unió al grupo. Una de las meseras lo estrechó y Casasola comprobó lo que ya sabía: que las caderas de una mujer siempre son un buen asidero en medio del naufragio.

La celebración continuó durante la madrugada. Cerca del amanecer, recibió una llamada de Elisa. El susto de ver su nombre en la pantalla del celular hizo que se le bajara un poco la borrachera.

–Disculpa que te llame tan tarde –le dijo–. Pero no he podido dormir. ¿Estás de fiesta?

–Algo así –Casasola caminó hacia el baño y se encerró para aislarse del ruido–. Pero no te preocupes. Dime...

–Me quedé pensando en lo que ha pasado en los últimos días y me dio insomnio. Hace unos momentos me acordé de lo que me preguntaste en la mañana, y me puse a consultar algunos libros. Ya sé lo que son los presagios funestos...

–¡Qué bien! –dijo Casasola, con euforia etílica. Se dio cuenta de ello e intentó bajar el tono–. Es una buena noticia...

–Te equivocas –respondió Elisa con sequedad–. Lo que leí sólo puede significar una cosa.

–¿Qué?

La señal se perdió por un momento. Hubo ruidos extraños y después un silencio al otro lado de la línea. Finalmente, la voz de Elisa resurgió con un tono sombrío:

–Que todo se pondrá mucho peor.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE
ROJAS ESTÁN LAS AGUAS

OceanofPDF.com

Los voladores de Papantla estaban reunidos en torno a la base de un enorme poste azul, en espera de que llegara el momento de ofrecer una nueva función. Comían papas con chile y bebían de una botella de Coca-Cola, y Casasola pensó que era curioso comprobar cómo la chatarra del mundo moderno tentaba incluso a los herederos de un culto ancestral. En la parte alta del poste, en medio del minúsculo cuadrado que servía de plataforma a los voladores, aguardaba ya un hombre, que recibía de lleno los abrasadores rayos del sol de mediodía. Casasola se imaginó en esas alturas y sintió vértigo y pavor. Quería irse de allí lo más pronto posible: no había dormido, y la cruda comenzaba a hacer estragos en su organismo. Elisa lo había citado afuera del Museo de Antropología, en el perímetro circular donde los voladores realizaban su acto, pero aún no llegaba. Por más que le gustara la arqueóloga, en ese momento preferiría estar en la cama o ya de perdida en el Salón Corona, comiéndose un coctel de mariscos atiborrado de salsa de chile habanero. Evocó también una michelada, y estuvo a punto de largarse de ahí y tomar un taxi de regreso al Centro. Pero en ese momento, el hombre en lo alto del poste comenzó a tocar un pequeño tambor y una flauta al mismo tiempo, produciendo una música envolvente. El resto de los voladores comenzaron a subir uno a uno, sujetándose de las precarias manijas incrustadas a lo largo del poste, con una rapidez y una seguridad escalofriantes. Una vez arriba, amarraron las cuerdas a sus pies y se arrojaron al vacío con las manos extendidas. Su lento descenso circular hipnotizó a Casasola, y por un momento se olvidó de la resaca. Jamás se atrevería a hacer algo así, pero imaginó la libertad de aquellos pájaros humanos, sumidos en un trance que los conectaba con sus raíces más profundas; un trance que también ligaba al resto de los presentes –incluidos los extranjeros– con algo antiguo y misterioso. Durante los minutos que duró su vuelo el tiempo se suspendió y todo –el Sol, el cielo, los voladores y los espectadores– formó parte de una unidad primigenia. Sin embargo, el hechizo se rompió pronto: los voladores tocaron el suelo, se desprendieron de sus cuerdas y comenzaron a recolectar dinero en unas pequeñas cestas.

Una mano se posó sobre su hombro, haciéndole sentir una descarga eléctrica. Elisa se sentó a su lado en la barda de piedra y lo saludó con una sonrisa maliciosa. Casasola se vio invadido por un terror repentino y absurdo, y sintió ganas de levantarse y subir a la parte más alta del poste.

–Qué *carita* amaneció el azúcar –le dijo ella–, mientras le levantaba los lentes oscuros y descubría las profundas ojeras que se escondían tras los cristales–. Se ve que estuvo buena la fiesta...

–Más o menos –respondió Casasola, torciendo la boca en un intento por desviar su aliento etílico del rostro de ella.

–Para la siguiente vez invita, ¿no?

Casasola no supo qué responder. Sus neuronas buscaron conectarse para encontrar la frase adecuada, pero estaban demasiado aturcidas por el alcohol. No le dio tiempo: Elisa miró su reloj y se levantó, jalándolo del brazo.

–Ya es hora. Y si nos tardamos, González Rodríguez no nos va a esperar. Es muy celoso de su tiempo.

Caminaron por la explanada que conducía a la entrada del Museo de Antropología. Casasola sentía el peso del sol en sus hombros y por un momento creyó que se desvanecería.

–¿Quién es González Rodríguez? –preguntó con un hilo de voz.

–Un escritor que quiero que conozcas. Es un ermitaño, pero tiene debilidad por las mujeres, así que aceptó reunirse con nosotros.

–¿Nos dará información sobre los presagios funestos?

–No. Pero ha escrito sobre los ritos de sangre. Quiero que primero nos hable de eso, y después te contaré de los presagios.

Entraron al Museo y pasaron al patio interior. Casasola sintió alivio cuando caminaron a un lado de su fuente en forma de columna, que desde lo alto

arrojaba agua a unas rendijas en el suelo. Algunos niños jugaban a pasar corriendo bajo los chorros y se vio tentado a hacer lo mismo.

–Ahí está –dijo Elisa, y lo llevó hacia una de las bancas situadas frente al estanque que dominaba la otra mitad del patio.

González Rodríguez se puso de pie. Era un hombre pequeño, de rostro moreno y bigote ralo. Sus ojos, protegidos tras unas gafas de grueso cristal, revelaban a un hombre inquieto y con permanente desconfianza de lo que le rodeaba. El escritor los condujo alrededor del estanque y comenzaron a platicar, mientras paseaban a un lado de los juncos y las tortugas que tomaban el sol sobre las piedras.

–Este estanque no es gratuito –dijo González Rodríguez–. Uno necesita tocar un remanso de paz antes de enfrentarse a la magnificencia de la sala mexicana.

–¿Podrías hablarnos de lo que te comenté por teléfono? –pidió Elisa.

González Rodríguez se detuvo y señaló a un enorme pez que en ese momento asomaba su lomo anaranjado en la superficie. Tras unos segundos desapareció, dejando una estela en el agua turbia.

–¿Lo vieron? Así son las revelaciones: aparecen intempestivamente y, tan rápido como llegan, devuelven su sustancia a las profundidades.

Casasola iba a decir una tontería, una línea del poeta Efraín Huerta relacionada con el carácter místico de los resacosos, pero cambió de opinión al ver el rostro de Elisa: miraba con auténtica fascinación al escritor.

–La fe en el poder mágico de la sangre –dijo González Rodríguez, retomando la petición de Elisa–, está presente en varias culturas. Desde la prehistoria, la sangre posee una significación especial. Por ejemplo, entre los mitos de los indios de Norteamérica, provenientes del matriarcado, la sangre menstrual sostenía el orden cósmico. Al establecerse la sociedad de los hombres, el patriarcado, la sangre sacrificial pasó a ocupar el lugar de la sangre menstrual.

–¿Y en el caso de los aztecas? –preguntó Elisa.

–Para ellos la sangre era corazón líquido. En los sacrificios humanos extraían aquel órgano de las víctimas para restaurar el orden cósmico. Los sacrificios masivos de prisioneros de guerra servían para sembrar pánico entre los vencidos, pero sobre todo reafirmaban la supremacía del vencedor a partir de la fuerza mágica de la sangre derramada: el Sol como corazón del cielo. Lo dijo J. M. G. Le Clézio: “La sangre es el símbolo de esta ebriedad mística, que permite el reencuentro entre los hombres y sus dioses”.

González Rodríguez hizo una pausa, y dirigió la mirada hacia la entrada de la sala mexicana, como si iniciara un diálogo silencioso con los monolitos de piedra que se atisbaban en el interior.

Casasola intervino:

–¿Qué opina del Asesino ritual? ¿Conoce el caso?

–Por supuesto; es un criminal interesante. Está transgrediendo el orden social al enfrentarnos con la parte más incomprensible de nuestro pasado.

–¿Entonces no es sólo un chiflado más, como afirma la policía?

–No creo. La desacralización de la vida contemporánea impide darle a ciertos mitos y, sobre todo a los sacrificios rituales, el sentido pleno que antaño tenían. Lo que ese asesino está buscando es instaurar un nuevo orden. Quiere el regreso del mundo prehispánico por encima del moderno, y se está valiendo de poder mágico de la sangre para conseguirlo.

González Rodríguez miró su reloj. Sostuvo la carátula entre los dedos de su otra mano con una expresión concentrada, como si el hecho de observar el paso de las manecillas fuera en sí mismo un rito trascendental.

–Lo lamento: el tiempo para lo primitivo es escaso, aunque siempre vital. Ahora debo regresar al trabajo.

Elisa le plantó un sonoro beso en el cachete y lo abrazó, agradecida. El escritor se sonrojó y se acomodó los lentes, nervioso. Después le extendió la mano a Casasola y se despidió con un gesto solemne. Mientras lo miraba alejarse con un extraño cojeo por el patio del Museo, Casasola comprendió que González Rodríguez era un caballero de otra época, y uno de los últimos de su estirpe: la de aquellos que utilizaban el conocimiento para acceder a otras realidades. Si aún quedaba magia en este mundo vertiginoso y plano, él era uno de los pocos que sabía encontrarla.

En la cafetería del Museo, Casasola pidió agua mineral con sal y limón. No era precisamente una michelada del Salón Corona, pero era mejor que nada. A esas alturas del día se sentía agotado y paranoico, presa de lo que Quintana solía llamar “el síndrome pájaro-piedra”: si un ave pasaba volando cerca, uno se encogía, imaginando que se trataba de un proyectil dirigido a la cabeza. Elisa tenía en las manos una taza con té verde. Le dio un par de sorbos, y después comenzó a explicarle lo que había encontrado en los libros.

–Diez años antes de que Hernán Cortés llegara a Tenochtitlan y acabara con todo, los aztecas tuvieron una serie de premoniciones que denominaron “presagios funestos”.

La arqueóloga abrió su bolsa y sacó una libreta pequeña. Consultó sus apuntes y continuó:

–Fueron exactamente ocho: una columna de fuego en el cielo, un incendio en el templo de Huitzilopochtli, un rayo que cayó en el templo de Tzonmolco, la aparición de una serie de cometas durante el día, una inundación de agua hirviente que provenía de la laguna, una mujer que lloraba por las noches...

–La Llorona –interrumpió Casasola–. Lo leí en alguna parte: esa leyenda proviene de la época prehispánica.

–Así es. Andaba por las calles, gritando: “Hijos míos, ¿a dónde los podré llevar y esconder?”

–Se refería al pueblo mexicana... Resulta escalofriante, tomando en cuenta lo que sucedió después.

Elisa asintió. Luego le dio la vuelta a la página de su libreta, y prosiguió:

–El séptimo presagio funesto fue un pájaro que atraparon en las redes, una grulla. Tenía en la cabeza un espejo en forma de diadema, y en él Moctezuma vio “algunas personas que venían de prisa”, montadas en “unos como venados”.

–Los conquistadores...

La arqueóloga levantó una mano, indicándole que aguardara.

–El octavo y último es el mejor de todos: hombres deformes, monstruosos, de dos cabezas y un solo cuerpo, que se mostraban ante Moctezuma y luego se volvían invisibles o desaparecían.

Elisa guardó silencio. Casasola terminó el agua mineral, y le hizo una seña al mesero para que le trajera otra.

–¿Y cómo relacionas todo esto con el Asesino ritual? –preguntó, mientras relamía los restos de sal en sus labios.

La arqueóloga se llevó una mano a la boca y comenzó a morder la uña del dedo índice, en una actitud nerviosa y concentrada. Luego dijo:

–Creo que el Asesino ritual está haciendo su propia versión de los presagios funestos. Es el preámbulo con el que está convocando el regreso de los antiguos dioses... ¿Cuántos lleva representados hasta ahora?

Casasola meditó unos segundos, y respondió:

–Cuatro: el del Templo Mayor, el de Tlatelolco, el del Antiguo Palacio del Arzobispado y el del metro Pino Suárez.

–Faltan otros cuatro entonces. Tenemos que avisarle a la policía.

Casasola le tomó la mano izquierda y se la apretó. El contacto casi provocó que olvidara lo que quería decir.

–Espérame a que lo publique primero. De todos modos, no creo que la policía le dé importancia.

–De acuerdo. Pero tengo que comentárselo a mis jefes en el INAH. No puedo ocultarles esa información.

Elisa no retiró la mano. Por un momento, Casasola se emocionó, hasta que se dio cuenta de que sus dedos tocaban algo frío y duro: un anillo. Supo de inmediato de qué se trataba; él también había estado casado, y esa clase de anillos se colocaban en el dedo corazón de la mano izquierda. Sintió un vuelco en el estómago. Estaba seguro de que Elisa no lo traía puesto la primera vez que se vieron, en la terraza de la librería Porrúa. ¿Por qué lo había ocultado?

Casasola durmió toda la tarde y por la noche se bañó, se cambió de ropa y fue a las oficinas del *Semanario Sensacional*. Allí encontró a Santoyo, quien estaba sentado en su escritorio, sumido en un profundo silencio mientras fumaba uno de sus cigarrillos electrónicos. Las botellas y los vasos de la borrachera anterior habían desaparecido; sólo quedaban un montón de colillas regadas en el suelo, y manchas secas de alcohol y mugre en los mosaicos, como evidencia del homenaje a Quintana. En la atmósfera se respiraba un aire agrio y sofocante, así que Casasola abrió las ventanas para dejar entrar la brisa nocturna. También se coló el ruido de los automóviles que circulaban sobre Reforma, y eso contribuyó a disipar el ambiente fúnebre de la oficina. Tomó el teléfono y ordenó una pizza grande con chorizo, salami y carne al pastor. Moría de hambre y su cuerpo reclamaba altas dosis de grasa.

–Qué porquería acabas de pedir –le dijo Santoyo, saliendo de su mutismo–. Tu colesterol debe andar por los cielos.

–Necesitamos comer, jefe –le respondió. Y, soltando con placer la frase que tuvo que guardarse horas antes en el Museo, agregó–: acuérdesese de que “el

crudo es un animal sagrado”. Cuando alguien tiene resaca, no se le puede negar nada. Es como el condenado a muerte pidiendo su última cena...

–No digas pendejadas. Pero guárdame una rebanada: no he comido nada en todo el día.

Santoyo le dio una calada a su cigarro electrónico y volvió a sumergirse en sus pensamientos. Casasola se sintió extraño. No habían hecho una sola mención a Quintana, pero su presencia llenaba la oficina de una manera abrumadora. Por eso era mejor hablar de los muertos: para no convertirlos en fantasmas. Sin embargo, decidió respetar el silencio de su jefe y no tocó el tema. Tomó el ejemplar de *La Prensa* que reposaba sobre el escritorio de Santoyo, y se puso a leerlo. Encontró una de esas noticias que le hacían pensar que la nota roja podía ser fascinante: una mujer que caminaba por las calles del Centro Histórico se topó con una gitana, quien le ofreció leerle las cartas. La mujer se detuvo y accedió, sentándose a su lado. Segundos después, en plena lectura, se desprendió una losa del edificio frente al que se encontraban y ésta cayó sobre la cabeza de la mujer, matándola al instante. Como siempre sucedía en esos casos, surgían muchas posibilidades y preguntas, dignas de un capítulo de *La dimensión desconocida*: ¿fue sólo la mala suerte de la mujer o la gitana la llamó con la intención de que cumpliera con su destino? ¿Qué hubiera pasado si la mujer rechazaba la oferta y seguía de largo? ¿Era evitable la fatalidad y todo se reducía a decisiones inconscientes que se tomaban en un segundo? ¿O quizá no había escape al Plan Maestro Cósmico y un coche hubiera atropellado a la mujer cuando cruzara la siguiente calle? Y, sobre todo, ¿cuál fue la última carta que la gitana tiró antes del impacto? Era uno de esos perfectos casos en los que la vida imitaba a la literatura, aunque siempre la realidad superaba a la ficción. Casasola pensó también que ya era algo común que los peatones del Centro Histórico resultaran lesionados por desprendimientos de los viejos edificios. Cada tanto, uno se topaba con enormes fragmentos de cornisas estrellados contra el piso, y una cinta amarilla separándolos del paso de la gente. A la inseguridad, los conductores peligrosos y las instalaciones eléctricas subterráneas que explotaban con cierta frecuencia, había que añadir la amenaza de los meteoritos de concreto. Salir a caminar por las calles del Centro resultaba algo muy parecido a jugar a la ruleta rusa.

Alguien tocó a la puerta, sacando a Casasola de sus pensamientos. Dejó el periódico y abrió. Era Gerardo: traía la pizza, un *six pack* de cerveza, y una cara de circunstancia.

–Esto va por mi cuenta –dijo, con tono solemne–. En honor de Quintana.

Los tres bebieron y comieron con buen apetito. A Santoyo le caía bien Gerardo, y pareció animarse un poco. El repartidor de pizza contó algunas anécdotas sobre Quintana que lo hicieron reír, entre ellas una relacionada con una persecución por las calles del Centro:

–Un raterillo le arrebató una botella de Bacardí que acaba de comprar en una vinatería, y huyó subiéndose a un microbús. Yo iba pasando por ahí en la moto y me hizo señas de que me detuviera. Se trepó atrás de mí y me pidió que lo siguiéramos. Nos emparejamos rápidamente y Quintana le gritó al chofer que se detuviera. Por supuesto que el conductor no le hizo caso y aumentó la velocidad. Yo también aceleré para no quedarme atrás. Cuando volvimos a alcanzar al camión, Quintana hizo algo inesperado: sacó del compartimiento de la motocicleta la pizza que yo estaba por entregar y blandió la caja de cartón en el aire. No sé si aquel gesto era una especie de amenaza o de oferta para el chofer. Lo cierto es que parecíamos dos locos queriendo entregar una pizza a un microbús en pleno movimiento...

–¿Y qué pasó con la botella? –preguntó Casasola– ¿Pudieron recuperarla?

Gerardo se terminó su cerveza y después se limpió la boca con una servilleta.

–Eso fue lo mejor de todo: cuando nos tocó un alto y Quintana pudo subirse al microbús, el ratero no estaba. Perseguimos el vehículo equivocado.

Gerardo se marchó y, minutos después, Santoyo también; llevaba horas sin dormir y necesitaba descansar. Casasola decidió quedarse un rato más. Tenía abandonado su texto sobre los indigentes y aquel era un buen momento para retomarlo. Se sentó ante su computadora y cerró los ojos. El

rostro que quería describir vino a su mente. Sintió un escalofrío y comenzó a teclear.

EL EVENFLO

Fragmento de reportaje

Su territorio es la línea azul del metro. Taxqueña-Cuatro Caminos. Seguro lo has visto. TODOS lo han visto.

Es tan bueno para aterrorizar como para conseguir dinero. Su técnica consiste en intimidarte para que lo ahuyentes con unas monedas. Sabe muy bien que es repugnante, y lo explota. Los pasajeros le temen. Es una leyenda urbana. Y es real. La pesadilla que te acecha de camino al trabajo. La pesadilla que te aguarda por las noches en tu dormitorio, cuando cierras los ojos y dices: *Dios, podría ser yo*. Después lo olvidas, te despiertas, desayunas y te lavas los dientes. Te subes al metro y vas pensando en los pendientes de la oficina. En la junta que durará horas entre el ego desbordado y los desvaríos de tu jefe. Hasta que lo escuchas nuevamente. El sonido característico que hace mientras se acerca. Los vagones de la línea azul no tienen divisiones, son como el interior de un enorme gusano, el territorio ideal para que desfilen en procesión los despojos de la sociedad. Ciegos que cantan himnos a Dios. Faquires adolescentes que se clavan vidrios en la espalda y luego afirman hacerlo para no robar. Lisiados que limpian zapatos arrastrándose por el suelo. Pero nadie se compara con Él. Puedes ver las caras de terror de los demás pasajeros. También lo han escuchado. Se aproxima lentamente. Ku-ñeee. Ku-ñeee. Es como el llanto gutural de un bebé-monstruo que se ahoga. Algunos optan por bajarse en la estación que no les corresponde. Los que traen audífonos, suben el volumen. Casi todos miran. Es inevitable. Cuando llega al vagón en el que viajas, su presencia inunda cada milímetro del espacio. Y después succiona el aire y las miradas. Hay angustia y desasosiego. Tan sólo dura unos

segundos y a la vez una eternidad. La eternidad de los momentos incómodos. Esos instantes que te revelan con toda su fuerza lo que en el fondo ya sabes: la vida es miserable pero siempre puede empeorar. Conforme se acerca, crece la sensación de asfixia. Él te roba el aliento. Está en SU territorio. Él vive ahí, tú eres un *turista*. Por lo tanto, LE PERTENECES. Sus manos cargan un güiro improvisado al que arranca sonidos torpes. Pero lo que taladra los oídos son sus alaridos. Su *canto*. Ku-ñeee. Ku-ñeee. Y todos miran porque saben que es un error ignorarlo. Porque entonces te buscará la cara, gritará para ti y te obligará a observarlo. Está quemado. La piel de su cara se derritió, y fundió el cuello con los hombros. Su cabeza tiene la forma de una *mamila*. De ahí su apodo: el Evenflo. No hay cejas, no hay párpados, no hay nariz, no hay labios. Sólo orificios. Sin embargo, lo más temible es su mantra maléfico: Ku-ñeee. Ku-ñeee. Algunos pasajeros habituales de la línea azul afirman que tienen más de veinte años encontrándose con Él. Siempre ha estado igual. La deformidad lo ha salvado del tiempo: parece no envejecer. En su piel chamuscada no crecen cabellos ni arrugas que lo delaten. Es una cicatriz humana. Muchos piensan que el Evenflo existía antes de que el metro fuera construido, y que continuará con su lamento ominoso cuando el transporte deje de funcionar. Nadie conoce su origen. Es La Tragedia Encarnada. La Llorona del Subterráneo. Su quejido no se dirige a nadie en particular, pero quienes lo escuchan lo hacen personal. Es un recordatorio. *Podrías ser tú*. Ku-ñeee. Ku-ñeee.

La llamada de Elisa lo sorprendió. Sonaba impaciente y nerviosa al otro lado de la línea. Tenían que verse *ya*. Casasola salió de su casa, dobló en República de Brasil, caminó frente a Catedral y se puso a observar a los concheros en la calle de Seminario mientras esperaba a que la arqueóloga llegara. En ese momento se disponían a bailar. Prendieron copal y soplaron caracoles gigantes. Uno de ellos, de larga cabellera blanca amarrada en una cola de caballo, comenzó a golpear un tambor con un ritmo contundente, propiciatorio. La danza inició bajo el sol agobiante del mediodía. Los rayos parecían rebotar en los torsos desnudos de los concheros. Él, en cambio, sintió que se derretía en el calor. Observó sus cuerpos delgados, los músculos fuertes de las piernas, sus pieles morenas y curtidas a la intemperie. Las plumas de los penachos agitándose en el viento y las bandas de conchas en los tobillos de los danzantes, con su constante sonsonete de cascabel, contribuían al hechizo de los espectadores. A un lado, estaban los puestos en los que los mismos danzantes vendían todo tipo de mercancía relacionada con el tema prehispánico: reproducciones de dioses aztecas y mayas, imitaciones de cráneos humanos, cuchillos de obsidiana, pirámides en miniatura, ceniceros en forma de calendario solar, pipas, collares, aretes y pulseras, y libros con títulos como *La ciudad de los palacios*, *El templo de Quetzalcóatl y sus extrañas profecías* y *Cuando las piedras hablan los hombres tiemblan*. Un conchero alto y prieto pasó con una canasta recolectando dinero. Una extranjera rubia y pálida que tomaba fotografías lo ignoró. El hombre se plantó frente a ella, y mirándola con una expresión de resentimiento atávico le dijo: “Si no hay dinero, no hay fotografías”. Intimidada, la mujer se alejó. Cuando la danza terminó, se anunció que se hacían limpias por diez pesos. Una larga fila se formó frente al hombre de cabello plateado, que ahora sostenía un racimo de albahaca en la mano. Los danzantes regresaron a sus puestos de vendimia y por un instante Casasola creyó que los escucharía hablar en náhuatl o en algún otro dialecto, pero en cambio hablaron de una manera que indicaba que provenían de los barrios profundos de la ciudad. Se pasó una mano por la frente empapada en sudor; el calor lo estaba doblegando. Pensó en la desaparecida cantina El Nivel, que había sido una de las más antiguas de México y que se ubicaba en la

calle de Moneda, a tan sólo unos pasos de distancia. Lamentó que hubiera desaparecido y pensó que, cuando se terminara de hacer el recuento definitivo de los vestigios arqueológicos del Centro Histórico, se tendría que incluir aquella cantina. Desde donde se encontraba, Casasola podía ver su cortina de acero, ahora cerrada para siempre. Hubiera sido el sitio ideal para aguardar la llegada de Elisa, con una cerveza helada en la mano. De pronto, un caracol alzó su llamado primitivo a un costado de la entrada del Templo Mayor y un tambor redobló, amenazante: se trataba de otro grupo de concheros que se preparaba para iniciar su danza. Era, sin duda, un *modus vivendi*, y una atracción turística, pero no dejaba de haber algo ominoso en todo aquello, algo que a Casasola le parecía el recordatorio de una venganza pendiente.

Sintió una punzada en la espalda y se sobresaltó. Era la mano de Elisa. Cada vez que ella lo tocaba, lo acariciaba con el puñal afilado de sus dedos. Se preguntó qué pasaría si llegaran a besarse: seguro moriría desangrado. La arqueóloga llevaba unos lentes oscuros que la hacían parecer aún más misteriosa, y su cabello rubio se agitaba en el viento como las llamas de un incendio.

—¿A poco te vas a hacer una limpia? —le preguntó ella, a manera de saludo.

—Claro que no. Te estaba esperando.

—Lástima que venimos a otra cosa —Elisa avanzó hacia el Zócalo y se giró un segundo para hacerle un guiño con el dedo: sígueme—. A mí me vendría muy bien una.

La arqueóloga le dio un breve paseo. Lo llevó a la esquina de Palacio Nacional, donde en 1790 apareció el monolito de la Coatlicue, durante los trabajos de remodelación de la entonces Plaza de Armas que ordenó el virrey Revillagigedo. Los primeros en estudiarla, le dijo Elisa, la identificaron como Teoyaomiqui, pero después se supo que en realidad se trataba de la deidad conocida como *la madre de los dioses*. También le señaló el lugar, a pocos metros de ahí, donde los mismos trabajadores del virrey hallaron la Piedra de Sol. Caminaron sobre el Zócalo hacia el Monte de Piedad y le indicó el sitio donde fue extraída la Piedra de Tizoc. Entraron a Catedral y le mostró la marca que daba fe de que ahí había estado

empotrada la Piedra de Sol, en la fachada que mira a la calle Cinco de Mayo, antes de su traslado al Museo de Antropología. Después lo llevó al Templo Mayor. Se detuvieron en la parte del recorrido donde alguna vez se cruzaron las calles de República de Argentina y Guatemala. En ese lugar, le relató la arqueóloga, trabajadores de Luz y Fuerza del Centro desenterraron por accidente la escultura monumental de la Coyolxauhqui en 1978, y más tarde, en 2006, trabajadores del PAU hallaron un monolito aún más grande: la Tlaltecuhli. Sobre el muro en el que se explicaba todo eso, se conservaba también un “padrón infamatorio”, una placa de cemento rescatada de la desaparecida Librería Robredo, cuya inscripción decía lo siguiente:

Estas casas heran de Al D Avila Alvarado, vezino desta ciudad de México, el qual fue condenado a muerte por traidor; fue secutada en su persona la sentencia en la plaza pública de esta ciudad: le mandaron deribar estas casas que fueron las principales de su morada. Año de 1566.

Aquella frase resumía un episodio singular de la Colonia: los hermanos Gil y Alonso Ávila, hijos de conquistadores, fueron descubiertos en una conspiración contra la Corona española, y posteriormente juzgados y decapitados; su casa se destruyó y se regó con sal, de acuerdo con la sentencia. Todo había ocurrido ahí, justo en el perímetro en el que siglos después aparecerían la Coyolxauhqui y la Tlaltecuhli.

—¿Te das cuenta? —dijo Elisa— La casa de los Ávila se levantó sobre las ruinas del Templo Mayor, pero fue derribada. Después también se cayó parte de la Casa de las Ajaracas, aquí enfrente. Parece que los antiguos dioses no se fueron nunca e impidieron que perdurara lo que se construyó sobre ellos. Son como los volcanes: no se les puede ver por el cielo contaminado, pero ahí están, detrás de una cortina oscura, silenciosos y vigilantes...

—¿Por qué me dices todo esto?

Elisa hizo un gesto con la mano que abarcaba las ruinas y el Zócalo.

–Porque comienzo a creer que lo que está haciendo el Asesino ritual tiene sentido. La energía que se desprende de este lugar es primitiva y violenta, y ha permanecido latente durante muchos siglos. Es sólo cuestión de tiempo para que algo ocurra. Mira a tu alrededor: no es gratuito que los muros de tezontle de los edificios tengan la apariencia de la sangre seca.

–¿Me estás diciendo que justificas los crímenes?

–Por supuesto que no. Me refiero a que el Asesino ritual está invocando los poderes ocultos. Y si continúa matando, conseguirá su objetivo: despertar a los viejos ídolos. Los conquistadores cometieron un grave error, algo que es una fortuna y una condena al mismo tiempo: no destruyeron todo.

Casasola pensó en que nunca se había interesado particularmente en el pasado prehispánico de la ciudad; sin embargo, vivía en el Centro Histórico y las ruinas arqueológicas formaban parte de su cotidianidad. Había llevado a familiares y amigos extranjeros al Museo del Templo Mayor como visita obligada, y aunque de alguna manera intuía la amenaza que latía bajo las piedras, nunca le dio importancia. Y tuvo una certeza: sólo un tonto como él pudo haberlo pasado por alto. Las señales estaban ahí, y eran evidentes: las pirámides que surgían, mientras la Catedral y los edificios coloniales se hundían; los concheros conjurando el pasado con sus tambores y sus danzas; la sensación opresiva que se respiraba en el Zócalo y sus alrededores. Todo tenía años fraguándose. El Asesino ritual sólo estaba alistando el acto final.

Continuaron el recorrido por la zona arqueológica, y llegaron ante el costado de un edificio moderno en el que estaban grabadas tres citas a lo largo de toda la pared. La primera era de Hernán Cortés, la segunda de Bernal Díaz del Castillo, y la tercera de Fray Toribio de Benavente “Motolinía”. La última comenzaba diciendo: “La séptima plaga fue la edificación de la gran Ciudad de México”. Pertenece al año 1549. Casasola tuvo un *deja vú*. Intentó recordar, pero no pudo. ¿En dónde había leído algo parecido?

Por la tarde, Elisa regresó a su casa más temprano de lo habitual para alistar los detalles de la cena que tenía con compañeros de trabajo. A esa hora la colonia Roma aún estaba tranquila, y quería adelantarse al caos que no tardaría en formarse en torno a los bares y restaurantes que abundaban en la zona. Metió la lasaña en el horno y salió a la calle a buscar algunas cosas que le hacían falta. Cuando abandonaba la panadería, ubicada en el cruce de las calles de Tabasco y Jalapa, la abordó un desconocido.

–¿La arqueóloga Elisa Matos? –preguntó el hombre, aunque en realidad era una afirmación. Elisa lo observó: tenía bigote poblado, y vestía una camisa de rayas azules sin mangas y una corbata negra.

–¿Sí?

–Me llamo Jorge Mondragón –dijo el hombre, mientras le mostraba una identificación–. Soy policía judicial.

La arqueóloga sintió un vuelco en el estómago. Comprendió que el sujeto venía siguiéndola desde hacía rato y no se había dado cuenta. Se sintió vulnerable, pero intentó disimular y mostrarse dueña de la situación.

–He leído de usted en los periódicos –dijo Elisa, y se puso a revolver la bolsa de la compra, buscando restar importancia al policía.

–Yo también he leído sus declaraciones, señora Matos. De eso quiero hablar con usted.

Me dijo *señora* –pensó la arqueóloga–. Sabe que estoy casada. Me ha investigado.

–Tendrá que ser otro día. Espero invitados a cenar.

–Lo sé. Pero tenemos unos minutos mientras se cuece la pasta.

El nerviosismo de la arqueóloga dio paso a una sensación de incomodidad. ¿Quién era ese cretino que parecía saberlo todo sobre ella?

–¿Qué quiere? En verdad tengo prisa...

Mondragón sacó un paquete de pepitas de la bolsa de su camisa y le ofreció a Elisa; ella negó con la cabeza y miró su reloj, con creciente enfado. El judicial abrió el paquete con toda calma, sacó una pepita y la colocó entre sus dientes frontales; la partió con un sonoro crujido y extrajo la semilla. Después escupió la cáscara, observó la semilla verde como si fuera un pequeño trofeo, y la engulló.

–Las declaraciones que ha estado haciendo en los periódicos –dijo al fin, mirándola con severidad–, ¿no le parecen un tanto irresponsables?

–Quéjese en el INAH. Mande un memorándum. Mientras tanto, no tiene por qué estarme molestando...

La arqueóloga hizo ademán de marcharse, pero el policía la detuvo.

–Hay algo que debe comprender, *señora*. El país vive momentos difíciles. Y lo último que necesitamos son frases que despierten el fanatismo de la gente. Mis superiores están preocupados, y son gente influyente. En su lugar, yo tendría más cuidado con mis palabras...

Elisa tuvo un acceso de rabia que ahuyentó su miedo. Fulminó con la mirada al policía, y dijo:

–Encuentre al asesino, señor Mondragón. Si es que puede. Y deje de comportarse como un patán.

Se alejó por la calle mientras sentía cómo le temblaban las piernas. Las lágrimas brotaron, distorsionando su mirada, y durante algunos segundos no supo por dónde caminaba. Cuando se recompuso, se dio cuenta de que se encontraba en la calle de Tabasco. Frente a ella tenía dos locales que le resultaban familiares y que la transportaron a su infancia. Y entonces volvió a llorar.

Sus padres solían llevarla ahí cuando vivían en la colonia Narvarte. Eran dos negocios pegados uno al otro, aunque muy distintos ente sí, tan distintos como las aspiraciones de su madre y de su padre: un centro

naturista y un club de buscadores de tesoros. Sus padres constituían un matrimonio distanciado y sin complicidades, que seguía funcionando por costumbre. Elisa podía darse cuenta de ello a pesar de su corta edad. Ella prefería, sin duda, la afición de su padre. Su madre entraba a la tienda naturista, donde pasaba horas recibiendo terapias de acupuntura y masajes reductores, y de donde salía con frascos de medicina alternativa y dietas milagrosas. Ellos, en cambio, se metían al club de buscadores de tesoros y miraban fascinados la galería de fotografías e historias sobre su fundador, quien había hecho una fortuna encontrando joyas enterradas en mar y tierra, y abandonaban el lugar con extraños aparatos localizadores de metales y libros donde se explicaba cómo utilizarlos. Después los tres regresaban a casa, a comer en silencio, cada uno metido en su mundo. Elisa sabía lo solitaria que podía ser la infancia de los hijos únicos, y por eso aún no se animaba a tener descendencia: dos hijos le parecían demasiados, y uno solo, jamás. Durante incontables domingos de su infancia, acompañó a su padre al campo a buscar tesoros. Cada que los aparatos en forma de aspiradora comenzaban a pitar, desenterraban tan sólo latas o fierros viejos y herrumbrosos, pero Elisa se emocionaba mucho. No tenía duda de que aquellas jornadas marcadas por la aventura y la expectación habían forjado su vocación de arqueóloga, y era algo que le agradecía a su padre. Lo más parecido a un tesoro que llegaron a encontrar fueron tres balas de la época de la revolución y la puerta oxidada de una camioneta Ford de 1954. Al volver a casa con las manos vacías pero con una gran sonrisa en los labios, hallaban a su madre preparando brebajes naturistas y repugnantes, sumamente concentrada en su labor, como si estuviera en medio de algún proceso alquímico. Ahora, mientras estaba parada frente a esos locales por los que parecía no haber pasado el tiempo, Elisa sintió ternura por las fantasías de sus padres: él, buscando hacerse rico; ella, deseando ser delgada. Ninguno de los dos lo consiguió. Habían transcurrido muchos años desde entonces y ahora ambos estaban muertos, tan muertos como sus sueños...

Las lágrimas seguían corriendo por las mejillas de Elisa. El encuentro con el policía y con su pasado la había dejado sensible. Tuvo un impulso y abrió su bolsa. Quería agregar un invitado a la cena. Sacó el celular y, sin saber en realidad por qué, marcó el número de Casasola.

OceanofPDF.com

La mayor parte de los invitados ya se había retirado de casa de Elisa. Casasola se sentía cansado y un tanto borracho, pero no quería marcharse. Aquella invitación de última hora estaba resultando reveladora. Había conocido a su aburrido esposo, un ingeniero cincuentón que no bebía alcohol y que mostraba su desdén hacia la conversación bostezando de manera constante. Era evidente que el mundo de la arqueología le tenía sin cuidado, y que a esas alturas de su relación, Elisa también. Se percibía una atmósfera fraterna y distante entre ambos, típica de los matrimonios que eran ya más amigos que otra cosa. Afortunadamente, el ingeniero se retiró a dormir, y la plática con los colegas de Elisa retomó el tema que más les interesaba: el Asesino ritual. En ese punto de la noche sólo quedaban dos de sus compañeros de trabajo: uno de ellos era Don Leopoldo Gamio, un arqueólogo decano del INAH, de voz grave y pausada, que había participado en el lanzamiento del proyecto del Templo Mayor, a finales de la década de los setenta. Tenía la barba gris perfectamente recortada y el escaso cabello engominado hacia atrás. Un caballero de modales delicados, que sin embargo había desenterrado monolitos con sus propias manos. Pero era el otro colega el que más le intrigaba. Se llamaba Yólotl, y era asistente de Elisa: un joven moreno, que tenía rasgos indígenas y una larga cabellera atada en una trenza que le llegaba hasta la cintura. Había empezado trabajando de niño en el Museo del Templo Mayor en el departamento de intendencia, y poco a poco se fue ganando la simpatía de los arqueólogos, quienes lo dejaron acercarse a las excavaciones y contestaron todas sus dudas hasta que, de alguna manera, aprendió el oficio. Sabía utilizar las herramientas y ahora, a sus veintisiete años, ayudaba en los proyectos de rescate en torno al Templo Mayor, y se ufanaba de cargar enormes piedras con sus brazos. Casasola no lo dudaba: el físico de aquel joven resultaba imponente; era alto y de músculos firmes, y en su mirada se veía una determinación pétreo. Lo que más le llamaba la atención era la manera en que Elisa y él se relacionaban. Había entre ellos una confianza y una naturalidad que delataba cierta intimidad. Y Casasola se proponía averiguar si aquello era un lazo atribuible a la convivencia cotidiana en el trabajo, o algo más...

–Lo bueno es que las medidas de seguridad están funcionando –dijo Gamio–. Ya han transcurrido un par de días sin que tengamos noticias del Asesino ritual.

–Los museos se llenaron de policías, y eso es horrible –dijo Elisa, mientras servía más vino a todos–. Pero supongo que eso lo detendrá por un tiempo...

Yólotl bebió de su copa, vaciando la mitad de un trago. Había tomado más que todos, pero se le veía despierto y lúcido; sus ojos brillaban con intensidad, especialmente cuando miraban a Elisa.

–Lo que me preocupa del Asesino ritual –agregó Gamio–, más allá de lo abominable de sus crímenes, es que sus actos tengan un efecto confuso en la sociedad. Los sacrificios aztecas son difíciles de comprender y asimilar aún hoy en día, y este sujeto está dando una especie de curso intensivo al respecto. En su *performance* brutal están ausentes los matices y las explicaciones más profundas que podemos ofrecer quienes los hemos estudiado durante años...

–¿Por ejemplo? –intervino Casasola.

–El asesino, me parece, se está enfocando en la parte más efectista del tema. En cambio, algunos expertos creen que el sacrificio por arrancamiento del corazón estaba ligado a la cultura del agave: la difusión de dicho ritual se correspondió con el área de la dispersión del maguey.

–¿En verdad el pulque tuvo que ver? –preguntó Casasola, incrédulo.

–Las resonancias son interesantes. La planta del maguey florece una sola vez en su vida, que es cuando se corta el corazón del agave, y se obtiene el pulque. El maguey era *sacrificado* por los aztecas para extraerle el preciado *necutli*. Igualmente, el sacrificio humano liberaba la sangre...

–Un rito telúrico –dijo Elisa.

–Por otra parte –agregó Gamio–, no olvidemos que los aztecas eran ante todo una raza guerrera, y que los sacrificios justificaban la guerra, y a su

vez, la guerra a los sacrificios: las conquistas proporcionaban tanto los prisioneros que se ofrendaban a los dioses como los tributos que pagaban los pueblos sometidos. Los sacrificios humanos eran, por lo tanto, una cuestión tan religiosa como económica.

–No estoy de acuerdo en que las personas puedan confundirse con las acciones del Asesino ritual –intervino Yólotl–. Veo entusiasmo en la gente: la afluencia al Templo Mayor aumentó considerablemente. No podíamos tener mejor publicidad.

–Evitemos la ironía –Elisa colocó su mano en el brazo de Yólotl, y la dejó ahí durante largos segundos–. Detrás de esto hay víctimas, y familias.

–Detrás de esto hay muchas cosas –replicó Yólotl–. La fuerza de los pueblos proviene de sus mitologías. Si los mexicanos supiéramos recuperar la sabiduría ancestral, en lugar de continuar profesando la religión que nos fue impuesta, nuestra riqueza y poder serían ilimitados. ¿Qué nos heredaron los españoles? Un dios muerto, crucificado. En cambio, Huitzilopochtli era el Sol y estaba lleno de vida.

Mientras escuchaba a Yólotl, Gamio levantó su copa con sumo cuidado, y se la llevó a los labios lentamente, como si se tratara de una reliquia. Tras darle un pequeño trago, habló:

–Tus palabras me hacen recordar a D. H. Lawrence, hijo. Pero no te falta razón, así como no le faltaba razón a ese escritor inglés que sentía tanto amor como repulsión por nuestro país.

Casasola recordó *La serpiente emplumada*, y aprovechó para comentar:

–Lawrence sostenía –dijo, citando de memoria–, que una raza conquistada, sino se le inserta un nuevo ideal, chupa poco a poco la sangre de los conquistadores con voluntad tenaz y desesperada. Y que, en el caso de México, el resultado de eso había sido una raza blanda, sin médula. Es decir, nosotros.

–Cierto –dijo Gamio–. Lawrence afirmaba también que los mexicanos no somos un pueblo, y que no tenemos nada propio, salvo la muerte y el

asesinato. Pero en esto último no estoy de acuerdo.

–Citas aparte –apuntó Yólotl–, es innegable que el Asesino ritual invoca a los poderes ocultos, y se aprovecha del mayor error que cometieron los conquistadores: no se aseguraron de destruirlo todo.

Casasola recordó esa frase. Era igual a la que Elisa pronunció cuando lo llevó al Templo Mayor. ¿Quién había influido a quién? Al parecer, la arqueóloga y su asistente estaban más conectados de lo que él pensaba.

–No asumamos causas que no nos pertenecen, hijo –Gamio se dirigía a Yólotl, más que como un maestro, como un padre–. El Asesino ritual está en una cruzada personal tan absurda como anacrónica. Las obsesiones ajenas son peligrosas, porque se contagian. Recuerda que, como los mismos aztecas decían, *Ie iuhqui itoch*: “A cada quien su conejo”.

Yólotl parecía molesto y a punto de contraatacar. Elisa se dio cuenta, se levantó y se puso a recoger los platos en los que habían comido el postre.

–¿Me ayudas? –le dijo al joven, quien soltó su copa y se puso de pie. Después ambos desaparecieron en la cocina con los brazos repletos de trastes sucios.

Gamio aprovechó para contarle a Casasola una anécdota relacionada con D. H. Lawrence: para escribir *La serpiente emplumada*, durante su estadía en México entre los años de 1922 y 1925, el autor inglés se basó en el libro *Fundamental Principles of Old and New World* de Zelia Nutall. La arqueóloga estadounidense vivía en ese tiempo en Coyoacán, en la llamada Casa de Alvarado, donde cada mes de mayo realizaba una ceremonia en honor de Tonatiuh, el dios del Sol de los aztecas. En esa misma casa, seis décadas más tarde, murió Octavio Paz, cuyo poema emblemático se titulaba *Piedra de Sol*. “Si de algo sirve el estudio del pasado, es para dejarnos claro que nada ocurre por casualidad, y que todo está conectado”, dijo Gamio, como remate de su relato. Después se excusó y se levantó para ir al baño.

Casasola se sentía inquieto. Vio que la botella de vino estaba vacía y encontró el pretexto para dirigirse a la cocina. Sin embargo, en cuanto se asomó, retrocedió como si lo hubieran espantado; fue tan sólo una visión

fugaz, pero contundente y dolorosa: recargados en el refrigerador, Elisa y Yólotl se besaban. La lengua de él recorría los labios de ella como una serpiente venenosa.

Casasola se desplomó en su cama, demasiado borracho y cansado para quitarse la ropa. Sintió que su dormitorio daba vueltas, y recordó un viejo truco de la secundaria: bajó una pierna y colocó el pie en el suelo, para “hacer tierra”. El mareo disminuyó, aunque la sensación no se evaporó. Sentía como si su cama fuera una barca que flotara en un río. Dejó los ojos abiertos y se concentró en las sombras del techo: sabía que cuando se encontraba muy ebrio era más fácil convocar el sueño de esa manera, dejándolo llegar silenciosamente, sin el estruendo de imágenes que provocaban los párpados cerrados. Pero fue inevitable: estuvo pasando constantemente del sueño a la vigilia y viceversa, mientras las imágenes sobre la parte final de la cena en casa de Elisa acudían a su mente de manera desordenada. Recordaba que destapó otra botella y que se la bebió él solo; que en algún momento Gamio se marchó, y que en otro tiró su copa, dejando el mantel como la escena de un crimen. Su intención era esperar a que Yólotl se fuera primero, y quedarse a solas con Elisa, pero no lo consiguió. Conforme amanecía y se revolvía entre las sábanas, todo se volvió aún más confuso, y los sueños se mezclaron con fragmentos de la realidad: veía a Yólotl en la habitación de Elisa, hablando en náhuatl con gestos intensos y concentrados, recitando algo que oscilaba entre la belleza de la poesía y la amenaza de un conjuro; a Elisa orinando con la puerta del baño entreabierta, sus bragas blancas alrededor de los tobillos como la bandera de un ejército que se rinde; a un búho ululando ante la ventana de la sala, un ave que de pronto tenía el rostro de Yólotl y de pronto el del marido de Elisa. Lo último que recordaba era a la arqueóloga parada junto a él ante la puerta abierta de un taxi. “Ven conmigo”, le dijo Casasola. Ella no respondió, lo abrazó, y después le dio un beso en la comisura de los labios. Mientras el taxi arrancaba, Casasola dirigió una última mirada a la casa. Desde el umbral de la puerta Yólotl lo observaba, como una pantera agazapada en las sombras.

En la duermevela vinieron las palabras pronunciadas por Yólotl en casa de Elisa. Ya no estaban en náhuatl y Casasola pudo comprenderlas. Entraron a sus oídos como si fueran susurradas desde la ventana de su habitación:

En los caminos yacen dardos rotos,

los cabellos están esparcidos.

Destechadas están las casas,

enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas,

y en las paredes están salpicados los sesos.

Rojas están las aguas...

OceanofPDF.com

Era una noche calurosa en Xochimilco. Elvira y Jesús cumplían dos años de casados y decidieron celebrar con un paseo en trajinera. Llevaron sándwiches, un termo con agua de jamaica, y en el embarcadero compraron cervezas y botanas. Subieron a una chalupa llamada “Lupita”, porque, cuando tuvieran una hija, ése sería el nombre que le pondrían. Se sentaron en la parte delantera de la embarcación, alejados del conductor, quien sumergió la pértiga en el agua e impulsó la trajinera hacia el oscuro canal.

Conforme se adentraron entre las chinampas, los esposos se decepcionaron: a pesar de ser de noche, los canales estaban muy transitados, y lo que ellos deseaban era intimidad. Había chalupas repletas de adolescentes borrachos, que ponían a todo volumen sus grabadoras y gritaban para hacerse escuchar por encima del estruendo de la música. Algunos grupos de jóvenes rentaban dos trajineras, que unían con mecates por los costados, y las convertían en pistas de baile flotantes.

Jesús no estaba dispuesto a que el festejo se les arruinara, sobre todo porque se trataba de una fecha especial, así que habló con el conductor y le pidió que les diera un paseo más largo, por zonas menos frecuentadas. Acordaron el precio y la trajinera penetró en las profundidades de Xochimilco. La luna brillaba en lo alto, iluminando los ahuejotes y los sauces que se alzaban como antiguos centinelas a las orillas del canal. Los esposos sacaron un par de linternas que habían comprado especialmente para aquella jornada y comenzaron a iluminar los alrededores. En las chinampas vieron pequeñas casas, corrales e incluso un viejo volkswagen sin llantas. Encontraron también un ajolote parado sobre una piedra; su color albino y sus branquias en forma de antenas le daban una curiosa apariencia, como si se tratara de un ser extraterrestre.

Jesús, que era maestro de historia en una preparatoria del Politécnico, le dijo a Elvira:

–En la mitología azteca, Xólotl era un dios que se sirvió de diversas transformaciones para evitar ser sacrificado. Una de ellas fue convertirse en pez y ocultarse en el fondo del lago. Así nació el ajolote, o “monstruo de agua”.

–De monstruo no tiene nada –dijo Elvira–. Los ajolotes son muy simpáticos. Parece que siempre están sonriendo.

–Era más siniestro el ahuizotl –agregó Jesús–: un perro acuático cuya larga cola terminaba en una mano, con la que atrapaba a los incautos y los ahogaba. Atraía a sus víctimas, principalmente pescadores, simulando el llanto de un bebé...

Elvira se estremeció. Atrás habían quedado las trajineras con sus adolescentes ruidosos y ahora estaban solos en medio de la noche. Únicamente se escuchaba el sonido que hacía la pértiga del conductor cada que chapoteaba en el agua.

–Qué miedo. Mejor no me cuentes esas cosas.

Jesús destapó una caguama y llenó dos vasos desechables.

–Imagínate que en este momento escucháramos un llanto entre los juncos. ¿Qué harías?

Elvira pegó un grito. Al principio Jesús creyó que se debía a lo que él estaba diciendo, pero después se percató de que su mujer dirigía el haz de la linterna hacia la orilla del canal. Se colocó a su lado, iluminando también con su lámpara. Flotando entre los lirios había un cuerpo desnudo. Estaba decapitado. Por los pechos supieron que se trataba de una mujer.

¡DESCABEZADA!

Aparece cuerpo de mujer en los canales

de Xochimilco

La Prensa, sábado 21 de agosto de 2011

Extracto de nota

El cuerpo de una mujer decapitada fue encontrado antenoche en los canales de Xochimilco por un matrimonio que celebraba su aniversario en una “lunada” en trajinera. Elvira y Jesús Montes utilizaron un teléfono celular para reportar el hallazgo a las autoridades, y permanecieron en el sitio hasta que éstas llegaron. “Nunca nos imaginamos que celebraríamos de este modo”, comentó la afligida esposa.

Los peritos de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal se trasladaron al lugar de los hechos en una trajinera llamada “La Catrina”, y extrajeron el cadáver con unos ganchos. Además, la mujer estaba desollada, por lo que podría pensarse que el *modus operandi* es el mismo que utiliza el Asesino ritual, aunque en esta ocasión los restos no fueron arrojados en una zona de ruinas prehispánicas.

Jorge Mondragón, policía de la PGJDF presente en la escena del crimen, declaró que es habitual que los criminales se deshagan de los cuerpos de sus víctimas en los canales de Xochimilco, por lo que habrá que esperar los informes de los peritos antes de determinar si este caso debe atribuírsele al Asesino ritual. “Aunque me atrevo a anticipar que no –afirmó Mondragón–, pues como queda claro por aquí no se ve ninguna pirámide.”

Expertos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que anteriormente habían estado colaborando con sus conocimientos sobre la materia para este diario, se negaron a declarar al respecto de manera sorpresiva, arguyendo que sus superiores han pedido que no hagan comentarios por el momento. Actualmente un grupo de buzos de la PGJDF busca en la zona la cabeza de la víctima y otros posibles restos humanos.

–Nunca encontrarán la cabeza.

Elisa dejó el periódico sobre la mesa y le dio un sorbo a su taza de café. Casasola bebía un jugo de tomate. Detestaba el café: lo ponía nervioso y le soltaba el estómago. El jugo de tomate, en cambio, siempre podía convertirse en un *bloody mary*. Eran las nueve de la mañana, y se encontraban en el Sanborns de los Azulejos.

–¿Por qué lo dices?

–Es probable que el Asesino ritual esté conformando un tzompantli.

–¿Un qué?

–Un altar de cráneos. Deberías leer la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, si es que de verdad quieres comprender en qué estás metido. Ahí se describen los tzompantli: eran muros inmensos conformados con las cabezas de las víctimas de los sacrificios humanos. Las ensartaban en unos palos que colocaban de manera horizontal. Algo así como brochetas de huesos, para que me entiendas...

–Esos son inventos de los españoles. Hicieron pasar a los aztecas por monstruos para justificar la conquista...

–Te equivocas. Los españoles no inventaron nada. Pudieron haber exagerado, pero sus crónicas parten de lo que vieron. La gente prefiere creer que todo fue ficción: los sacrificios, el desollamiento, el canibalismo, porque eso les hace pensar en sus antepasados precisamente como monstruos. Pero el argumento es el equivocado. Si se estudian los hechos a fondo, se comprende que las acciones de los aztecas correspondían a una filosofía específica, que nada tenía que ver con el barbarismo. Negar esa realidad es absurdo y hasta ignorante: de todo hay pruebas arqueológicas, incluso forenses. En los enterramientos se han encontrado cráneos con perforaciones en las sienas, prueba irrefutable de los tzompantli, y también

huesos a los que se les desprendieron deliberadamente los músculos más carnosos del cuerpo, como los que hay en los muslos y los brazos, para comerlos.

–Supongo que no es algo fácil de asimilar. Tú lo entiendes porque lo has estudiado durante años...

–La gran desgracia de este país es que la gente aún no se reconcilia con su pasado. Pero lo que argumenta no es información privilegiada de académicos e investigadores: todo está aquí, a la mano, en los museos y las calles.

–¿Entonces estás segura de que el cuerpo encontrado en Xochimilco es una víctima del Asesino ritual?

–Por supuesto. Los canales de Xochimilco es lo único que queda del antiguo lago de Texcoco. Era un lugar simbólico para los aztecas; recuerda que ahí encontraron al águila devorando a la serpiente. El Asesino ritual es más astuto de lo que cree la policía: le cerraron las puertas de los sitios arqueológicos, pero está encontrando la manera de seguir con su reinterpretación de los presagios.

–¿Cuántos lleva? Ya perdí la cuenta...

–Cinco. Sólo le faltan tres para completar su obra.

–¿Y de verdad crees que algo pase cuando lo logre? –preguntó Casasola, con cierta aprensión.

–No lo sé...

Elisa tomó una concha del cesto de pan y comenzó a morderla con nerviosismo. Antes de continuar, se pasó una mano por los labios para limpiarse las migajas:

–... Pero si ocurre algo, sólo puede significar una cosa: destrucción.

En su cabeza, los vagabundos habían sido sustituidos por pirámides. Casasola se encontraba en la redacción del *Semanario Sensacional*, intentando avanzar en su reportaje sobre los indigentes, pero en ese momento sólo podía pensar en sacrificios humanos y ruinas prehispánicas. Sobre el escritorio, a un lado de la computadora, descansaba el grueso volumen de la crónica de Bernal Díaz del Castillo mencionada por Elisa, que había comprado de camino a la oficina. Deseaba reclinarsse en la silla, subir los pies al escritorio y ponerse a leerla, pero tenía a Santoyo a un lado y eso complicaba las cosas. Aunque le molestaba no poder concentrarse en el reportaje que tan sólo unas semanas atrás lo tenía obsesionado, ahora el Asesino ritual y sus motivaciones ocupaban su mente por completo. Le hubiera encantado que ambos temas pudieran mezclarse de alguna manera, pero sabía que eso era algo tan absurdo como imposible. Vio que su jefe le daba un trago a su café y aprovechó para abordarlo:

—¿Y si enfocamos el siguiente número del *Semanario Sensacional* en los posibles planes del Asesino ritual? Según Elisa Matos, lo que se propone es despertar a los antiguos dioses con el derramamiento de sangre y traer un apocalipsis a la ciudad...

Santoyo hizo una mueca de desagrado, que Casasola atribuyó al sabor del café, pero pronto se dio cuenta de que no era así.

—Esa mujer te está sorbiendo el seso —dijo su jefe—. Te recuerdo que somos un periódico, no una editorial que publica relatos de ficción especulativa.

Somos una *revista*, no un diario, quiso decirle Casasola, pero sabía que no era un buen momento para poner en evidencia las fantasías de su jefe.

—Lo que sí sería interesante publicar —continuó Santoyo—, ya que te has vuelto tan amigo de la arqueóloga, es una lista de los lugares que el asesino podría utilizar como escenario de sus crímenes, ahora que dejó claro que no sólo le interesan las pirámides...

Casasola se levantó de su silla y comenzó a rascarse la barba.

—¿Cómo no se me ocurrió antes?

–Porque tu abordaje de la nota roja es más literario que periodístico. Piensas en posibles tramas novelescas, en lugar de hacer las preguntas correctas.

Lejos de ofenderse, Casasola se alegró, porque tenía un nuevo pretexto para llamar a Elisa. Descolgó el teléfono y se dispuso a marcar su número, pero Santoyo lo interrumpió con una seña:

–No tan rápido. Antes de hacerle al Mauricio Garcés del periodismo policiaco, primero tienes que emular a Gutierrez: me debes la sección de notas breves, y no harás nada más hasta que me la entregues.

Casasola maldijo en silencio. Detestaba hacer esa sección. Era mucho más laboriosa de lo que parecía: debía componerse con los boletines que la policía había mandado a lo largo de la semana, y también con los cables de las agencias; tras hacer una minuciosa selección de noticias, se les quitaba la paja y prácticamente se les volvía a redactar. Le llevaría el resto del día. Colgó el teléfono, guardó el libro de Bernal Díaz del Castillo para evitar distracciones, y comenzó a teclear como si le pesaran las manos.

A media tarde, Casasola hizo una pausa para comer los restos de una pizza que le pidió a Gerardo, y se puso a reflexionar en una de las notas que escogió. La información procedía de Argentina, pero lo puso a pensar en su propio pasado. Trataba sobre un abuelo y su nieto, quienes durante cuarenta años ignoraron la existencia el uno del otro, hasta que por casualidad descubrieron sus identidades, dando pie a uno de esos emotivos encuentros que tanto gustaban a los medios de comunicación y al público. Casasola se sintió tocado por la noticia, porque nunca conoció a su abuelo paterno. Éste embarazó a su abuela tras un corto romance, y decidió eludir la responsabilidad y desaparecer sin dejar rastro. La familia de Casasola era la típica que solía transformar los hechos incómodos en secretos, y el tema del abuelo paterno era un tabú. Su padre nunca le habló sobre ello. Casasola sospechaba que, tras indagar al respecto, su padre decidió no comentar sus hallazgos por alguna razón de peso. Ahora tanto su padre como su madre estaban muertos, y la figura de su abuelo era un enigma de difícil resolución. Cierta vez, tras beberse varios tequilas en una fiesta, su padre le dijo algo que lo inquietó: “Lo único que le debo a tu abuelo es el gusto por las palabras”. A partir de esa revelación, Casasola elucubraba que su abuelo quizá hubiera sido periodista, igual que él, y eso lo entusiasmó: la

posibilidad de provenir de una familia de periodistas. Su padre fue en realidad un administrador, pero en todos los trabajos en los que estuvo se encargó también de editar las revistas corporativas y los boletines internos, y en más de una ocasión organizó certámenes literarios entre los empleados. Tenía un gran amor por la literatura y los libros, y eso sin duda Casasola lo heredó de él. Sin embargo, quería pensar que provenía de un linaje periodístico más profundo, que su abuelo había vivido aventuras épicas en los albores de la prensa mexicana. Era algo que intuía, aunque no podía comprobar. Durante meses buscó en hemerotecas, pero en ellas sólo aparecían sus tocayos de apellido, los hermanos Agustín y Miguel Casasola, pioneros del llamado fotorreportaje a principios del siglo XX, pero con quienes no tenía parentesco. Ningún otro Casasola figuraba en los anales del periodismo en el país. Y eso lo hacía sentirse profundamente solo. Además, no pensaba tener hijos. ¿Sería acaso el único y el último de su estirpe?

PERIODISTAS MUERTOS (III)

El escenario había cambiado radicalmente, y por eso le costó trabajo entender que soñaba. Estaba en una playa soleada y vacía. Kilómetros de arenas blancas se extendían a izquierda y derecha, y parecían no tener fin. Tampoco había vegetación; era como si el desierto se encontrara con el mar, y él estuviera en medio de la unión de esas dos inmensidades. Las olas rompían suavemente y mojaban sus pies con aguas cálidas. Decidió caminar por la orilla, respirando la brisa fresca. Se dio cuenta de que llevaba ropa blanca y un sombrero Panamá. Le gustó su atuendo. También notó que, a pesar de la belleza del paisaje que lo rodeaba, había algo angustiante en él: su monotonía lo volvía algo vacío, como si más allá del océano y las arenas no hubiera nada. No supo cuánto tiempo estuvo caminando. En ese lugar las cosas no se medían en minutos, ni en horas, ni mucho menos en días. Si hubiera llevado un reloj, las manecillas no se moverían. De pronto, algo rompió la inercia: un cangrejo anaranjado salió de las arenas y se adentró en las dunas. Casasola lo siguió, intrigado. Cuando levantó la vista, se

encontró con un bar dentro de una palapa. No había nadie en él; tenía una barra en forma de media luna y tras ella, en las repisas, descansaban un montón de botellas de alcohol, llenas y listas para ser abiertas. También vio un refrigerador repleto de cervezas Victoria, su marca favorita. Sin embargo, aquello resultaba desconcertante, porque en ese momento no se le antojaba beber nada. Todo resultaba artificial, como si se encontrara en un set de filmación, y las arenas y el mar hubieran sido traídos de un lugar lejano. El bar carecía de nombre, pero vio un letrero en el techo que le pareció absurdo en aquel contexto: PRÓXIMA INAUGURACIÓN. Descubrió también, en la barra, un sobre cerrado con su nombre escrito. Se sentó en uno de los taburetes y lo abrió. Reconoció la letra de Verduzco:

Querido amigo:

Te informo que me he separado del Consejo de Periodistas Muertos de Nota Roja, y estoy formando uno diferente. Tengo un nuevo aliado, que me está ayudando, y que pronto conocerás. Como puedes ver, hay algunos cambios, aunque ocurren lentamente, porque mi rebelión complica las cosas. Me he ganado enemigos, algunos muy peligrosos. Pero no me arrepiento: ahora puedo hablar más. Aquí se cuida mucho la información, tanto como allá. La información es poder, y en eso tu mundo y el mío se parecen mucho. Disculpa que no me haya presentado personalmente, pero estoy resolviendo varias cuestiones. Sí, los muertos también estamos ocupados. Ésta es la primera revelación que te hago: contrario a lo que te digan, la verdad es que uno no descansa ni en la muerte.

SEMPER FIDELIS, V.

Casasola devolvió la carta al sobre y se quedó pensativo. Un desconcertante ruido a sus espaldas lo distrajo: se escuchaba como un torrente de murmullos. Miró hacia atrás y vio una ola descomunal que avanzaba hacia la palapa. Debía medir diez metros de altura y ocupaba todo el horizonte. Primero no tuvo miedo, porque aquella masa transmitía la extraña serenidad

de lo inevitable. Fue momentos después, al darse cuenta de que en la pared de agua había algo, cuando el terror se apoderó de él. Aguzó la mirada y pudo verlo con claridad: eran cuerpos, cientos de personas transportadas por la ola en cuyos rostros estaba congelado un grito atroz. Supo que venían por él. Y aunque tenía conciencia de que soñaba, también supo que aquella amenaza era *real*. Justo antes de ser engullido por las aguas, Casasola despertó con un alarido. Ahí, en medio de su habitación, con la frente empapada en sudor y el corazón golpeándole fuertemente contra el pecho en lo más oscuro de la madrugada, comprendió por primera vez que comunicarse con los muertos no era un privilegio, sino una maldición.

OceanofPDF.com

Por la mañana, Casasola se dio una ducha con agua fría para espabilarse. Tenía las imágenes del sueño frescas; estaba cansado y nervioso. Desayunó un par de quesadillas, que acompañó con un jugo de toronja de lata. Después, siguiendo un impulso, salió de su casa y se dirigió al Templo Mayor. Pagó el boleto de entrada, caminó entre las ruinas sin detenerse, y se metió al Museo. En el vestíbulo se sintió atraído por una pequeña rampa que desembocaba en una sala especial. Ahí reposaba la Tlaltecuhli: un gigantesco monolito, en forma de lápida cuadrangular, que conservaba su colorido intacto. Según leyó en la cédula, se trataba de una deidad de suma importancia en el panteón mexica: era la dueña de la tierra, que devoraba para crear vida. Como muchos otros dioses aztecas, era una entidad dual: tumba y útero al mismo tiempo, en ella morían y renacían todas las cosas. Los mexicas la consideraban insaciable, así que sobre su escultura se había vertido la sangre de innumerables sacrificios. Casasola se estremeció al observar sus poderosas garras y la enorme boca hambrienta. Sus rodillas y codos estaban adornadas con cráneos humanos, pero los cabellos eran abundantes y rizados; un detalle femenino que contrastaba con el resto de su feroz apariencia. Había algo en ese monolito, algo que compartía con el resto de la escultura monumental azteca: sus formas, tan bellas como amenazantes, encerraban un mensaje al mismo tiempo ominoso y cautivador. Lo más inquietante era que ese mensaje parecía decir más sobre el futuro de México que de su pasado: *El esplendor fue nuestro. Ahora siguen calamidades...* Casasola imaginó a los sacrificados en la piedra de la Tlaltecuhli: arriba el puñal de obsidiana a punto de hundirse en el pecho, y debajo la diosa-monstruo con las fauces abiertas y las garras desplegadas. El terror inconmensurable de la muerte azteca, que abría un portal entre las profundidades de la Tierra y los abismos del cosmos...

Se alejó de la estatua con una creciente sensación de desasosiego, y decidió que ya no retrasaría más el objetivo de su visita recorriendo otras salas. Se dirigió a las oficinas del Museo, mostró su credencial de periodista a una secretaria y preguntó por Yólotl. Un guardia utilizó su radio para localizarlo, y después condujo a Casasola al exterior, a la zona de

excavaciones recientes situada al borde de la calle de Seminario; un perímetro aislado del recorrido principal por una serie de muros de lámina. El guardia abrió una puerta y lo dejó pasar. Dentro estaba Yólotl, vestido con un mono gris que tenía el logotipo del INAH en la espalda. Permanecía inclinado sobre una pared de roca, a la que le pasaba una pequeña escoba con delicadeza y concentración.

Sin voltear a verlo, el joven preguntó:

–¿Qué puedo hacer por ti? Como verás, aquí andamos muy ocupados...

En realidad, Casasola no tenía un motivo laboral para buscarlo. Quería conversar con él, mirar de cerca a su rival sin la bruma del alcohol. En su mente y en sus sueños, Yólotl había crecido a proporciones mitológicas, y ahora buscaba devolverle su forma terrenal.

–Como sabes –Casasola improvisó–, trabajo en una revista y estoy haciendo un reportaje sobre el Asesino ritual. Me quedé pensando en algunas cosas que dijiste la noche de la cena, y creo que sería interesante ampliarlas e incluirlas en el texto.

–¿Para qué? Soy un simple trabajador, ni siquiera soy arqueólogo. ¿Qué validez pueden tener mis palabras? A mí se me hace que estás aquí por otra razón...

Casasola sintió que las piernas le temblaban, y no supo qué decir. Yólotl se incorporó y le dio la cara: le sacaba al menos medio metro de altura.

– ...quieres comprender lo que está pasando –Yólotl continuó mientras le ponía su pesada mano en el hombro–. Eres un conejo que salió de su madriguera, y está asustado.

–¿A-a qué te r-refieres? –preguntó Casasola, sin poder evitar el tartamudeo.

Yólotl movió su mano a la nuca de Casasola, y lo condujo hacia una esquina de las excavaciones. Casasola no tuvo manera de resistirse: era como si sus pies no tocaran el suelo. Después, el joven le indicó que se

sentaran sobre una piedra lisa, y de la bolsa del mono sacó un paquete de cigarros.

–¿Fumas? –le dijo. Era más una orden que una pregunta. Casasola tenía tiempo sin fumar, pero aceptó el cigarro: en verdad lo necesitaba.

–¿Cuáles son tus dudas? –preguntó Yólotl, mientras prendía un cerillo con sus dedos descomunales. Casasola observó sus manos toscas y callosas, las imaginó recorriendo el cuerpo desnudo de Elisa y sintió que se le revolvía el estómago. Después tuvo otro pensamiento fugaz: Yólotl podría torcerle el cuello en un segundo, y arrojarlo en una de las zanjas de las excavaciones. Nadie se enteraría y con el tiempo sus huesos se mezclarían con las ofrendas de los aztecas.

–Muchas –respondió, recomponiéndose–, pero hay una en particular que no deja de darme vueltas en la cabeza...

Estuvo a punto de decir: ¿CÓMO CARAJOS HICISTE PARA CONQUISTAR A ELISA? Pero se contuvo.

–... ¿En verdad el asesino puede provocar un cambio con sus crímenes?

Yólotl dio una calada que consumió la mitad de su cigarro, y después exhaló una nube de humo que los envolvió a los dos, dándole al momento un toque de irrealidad.

–Lo que te puedo decir es que estas piedras tienen alma y son poderosas. Cuando uno las trata de cerca y las toca, entiende eso. Te voy a contar una historia que seguramente desconoces: cuando la Coatlicue estaba exhibida en el patio de la antigua Universidad, muy cerca de aquí, los indígenas acudían a venerarla. Los españoles se asustaron y la enterraron, negándoles una vez más el hecho de conectarse con sus raíces. Poco tiempo después se desató la guerra de Independencia. ¿Me vas a negar que existe una relación directa entre ambos hechos?

Casasola meditó algunos segundos su respuesta.

–Es posible. Al menos de manera simbólica...

–Ése es justo el error... Los investigadores interpretan la mitología prehispánica y sus rituales como cuestiones simbólicas, pero es historia pura: en verdad la sangre alimentaba a los dioses, la necesitaban para mantener el orden del cosmos. Cuando los españoles llegaron e interrumpieron la continuidad de los sacrificios, el imperio azteca se hundió...

Casasola dejó de escuchar las palabras de Yólotl. Se sentía mareado y con ganas de vomitar. Probablemente eran los efectos del cigarro, pero lo cierto era que necesitaba salir de ahí. Se puso de pie y se despidió, pretextando que tenía otra entrevista, y se dirigió a la puerta.

Mientras salía, Yólotl le gritó:

–Adiós, conejo asustado.

Siempre lo ponía nervioso visitar aquel edificio. Era una mole de concreto que resistía sobre la avenida Insurgentes a pesar de su estado ruinoso, un sobreviviente de otra época que parecía querer contagiar a la colonia Roma y a la ciudad entera con su deterioro. En la parte de abajo aún funcionaban algunos locales, entre ellos uno de tatuajes frecuentado por adolescentes con aretes en las cejas y los cabellos peinados como cuchillos, pero la gran mayoría de sus oficinas estaban abandonadas desde hacía mucho tiempo. Varias de sus ventanas estaban completamente rotas e incluso en uno de los pisos superiores asomaban las siniestras manchas negras de un antiguo incendio. Sobre una amplia terraza situada justo arriba de su entrada se alzaban las casas hechizas de un grupo de paracaidistas. La ropa colgada de los tendederos era la única señal de vida en aquel edificio muerto. Mondragón entró y recorrió los pasillos en los que se acumulaban basura y desperdicios. Pasó de largo el elevador y se dirigió al piso siete por las escaleras; no sabía si aún funcionaba, pero no deseaba comprobarlo: quedarse atorado en él implicaría una muerte segura. Por más que gritaras, nadie te escucharía en los intestinos de esa ballena urbana, y agonizarías lentamente mientras las ratas esperaban –o tal vez no– a que te pudrieras. Mientras subía los escalones con creciente fatiga, Mondragón pensó que tenía mucho tiempo fuera de forma, y que su barriga comenzaba a notarse

bajo la camisa. Las malpasadas que imponía su profesión tenían la culpa: a veces sólo le daba tiempo de detenerse en un puesto callejero a comer alguna garnacha; de preferencia un sope con salsa verde y un huarache con queso. A veces sabía de antemano que la jornada sería complicada y que difícilmente podría engullir algo; entonces desayunaba una poderosa torta de tamal, que mantenía a su estómago ocupado durante el resto del día... Las tripas le crujieron y se dio cuenta de que tenía hambre. Después de hablar con el Ministro, buscaría algún puesto de tacos; no era lo más indicado, pero al menos resultaba mejor que comer la basura que ofrecían los Oxxos y los Seven Eleven, que últimamente se habían convertido en los proveedores de su dieta básica y, por lo que podía observar, también de la de buena parte de los mexicanos.

Tocó la puerta para anunciarse, aunque sabía que podía abrirla con sólo empujarla. Era una extraña precaución del Ministro: en un lugar como aquel, decía, una puerta cerrada con llave delataba que la oficina no estaba abandonada. En realidad, ese inmueble monstruoso y decadente era el centro de operaciones perfecto para un personaje como el Ministro: poseía diversas oficinas en distintos pisos y, a menos que te avisara en cual estaría, no sabrías dónde encontrarlo. Mondragón sospechaba que en realidad era el actual dueño de todo el edificio, pero eso era difícil de comprobar, porque el Ministro siempre ocultaba sus operaciones tras varias capas de prestanombres.

Empezaba a creer que se había equivocado de oficina, cuando desde el interior escuchó la voz electrónica del Ministro, indicándole que pasara. Mondragón entró y atravesó el vestíbulo vacío. Después dobló a la derecha y entró en un espacio que parecía una antigua oficina olvidada: los muebles de madera estaban podridos, al igual que las cortinas y la alfombra, debido a las toneladas de lluvia que habían entrado por las ventanas rotas a lo largo de los años. Existía un solo archivero de metal oxidado, poco visible tras una pila de expedientes enmohecidos, donde –Mondragón lo sabía– se guardaban las cosas importantes. Sentado tras un escritorio desvencijado y sumido en la penumbra, lo esperaba el Ministro. Como era habitual, vestía traje y corbata, una costumbre heredada de los tiempos en que fue funcionario público. Las quimioterapias le habían despojado del cabello, y algunas manchas rojas asomaban en su cráneo pulido.

El Ministro le hizo una seña a Mondragón para que se sentara, y se colocó el aparato auxiliar en el cuello para poder hablar. Parecía una pequeña linterna.

–Estás engordando –le dijo, con aquella voz que parecería más natural en un pequeño robot, y no en un tipo siniestro que movía los hilos detrás del poder–. ¿Con esa panza persigues a los criminales?

Mondragón bajó la mano y se acomodó la corbata, como si eso pudiera disimular su abultado estómago.

–Me he descuidado. Por fortuna, a la hora de las persecuciones, las balas corren más rápido que yo.

–Dudo que le atines a un elefante dormido. Pero no estamos aquí para hablar de tus dudosas habilidades –el Ministro se quitó el aparato y se pasó un pañuelo por el agujero del cuello para limpiarse las flemas–. Veo que lograste silenciar a la arqueóloga.

–Fue fá...

El Ministro lo interrumpió con una seña.

–No me cuentes tus hazañas con mujeres indefensas. Aún te falta lo más importante.

–Estamos tras la pista. Es un asesino escurridizo. Pero pronto caerá, se lo aseguro.

–Te conviene que así sea. Ese lunático está a punto de estropear una transacción muy importante. Tienes dos semanas para detenerlo; de lo contrario, quedarás deshabilitado y tu única opción será cuidar la seguridad en un kínder.

Mondragón palideció. Quiso decir algo, pero comprendió que era mejor callar. El Ministro sacó de la bolsa interior de su saco un sobre con billetes y se lo arrojó a las manos.

–Toma –dijo–. Para que no digas que no hay estímulos. Ahora lárgate.

El policía se levantó y se marchó. Al salir a la calle se dio cuenta de que se le había esfumado el apetito.

El hombre se plantó frente a los recortes que tenía pegados en la pared de su celda. Todos eran noticias de distintos periódicos relacionadas con el Asesino ritual. Estaban colocadas en orden cronológico de izquierda a derecha. Entre sus manos tenía otro pedazo de papel que no sabía dónde colocar. En principio parecía no tener nada que ver con el asunto, pero algo, una intuición que desarrolló durante los largos años que estuvo cerca de la muerte, le decía que sí, que esa noticia en particular encerraba una clave del caso. Su sexto sentido sobre el lado oscuro del alma humana se había desarrollado considerablemente desde su reclusión y, aunque era poco lo que podía hacer entre los altos muros que lo rodeaban, sentía que tenía una responsabilidad. Era un hombre mayor que gozaba de buena salud, pero tarde o temprano se mudaría *al otro barrio*. Debía, por lo tanto, aprovechar el potencial de su Don. A pesar de que le gustaba seguir todas las noticias relacionadas con el crimen, el Asesino ritual acaparó su atención en los últimos días. Incluso descuidó el changarro de refrescos y golosinas que estaba a su cargo, para molestia y desconcierto del resto de los internos. Él sabía que dicho caso encerraba un peligro cuya amenaza se extendía más allá de las potenciales víctimas. Sólo que aún no entendía el *cómo*.

Leyó una vez más el recorte:

IMPORTANTE LOTE DE PIEZAS PREHISPÁNICAS SERÁ PRESTADO
A LA BIBLIOTECA VATICANA

Decidió dejarlo sobre su pequeño escritorio y pegarlo después. Precipitarse sería un error. Salió de su celda ubicada en el segundo piso, y se asomó por el barandal hacia el patio central. Los internos del Hospital Psiquiátrico iban de un lado a otro entre los rosales y arbustos con evidente nerviosismo.

Había aprendido a *leer* a través de ellos. Eran como nubes, y ahora estaban cargados de electricidad. Definitivamente, algo estaba por ocurrir.

El Griego miró hacia el horizonte y supo que venía una tormenta.

OceanofPDF.com

Nunca antes se había emborrachado con pulque. Los dos primeros le entraron sin problema y le supieron muy bien: un curado de apio y otro de guayaba. Pero el tercero y el cuarto, ambos “vampiros” con tomate, los bebió muy despacio y lo tenían varado en una mesa de Las Duelistas como si en realidad su estómago estuviera tratando de digerir cemento. Eterno bebedor de cerveza, Casasola intentaba entender el estado en el que lo había sumergido la primitiva bebida. No estaba mareado, ni se le trababa la lengua; lo invadía un sentimiento a flor de piel, una pulsión de empatía hacia todas las cosas que lo rodeaban, incluidas las moscas que rondaban su cabeza. Estaba reflexivo y contemplativo, y sentía sus pupilas dilatadas como las de un búho. Sobre todo, tenía la impresión de que beber pulque era algo parecido a sentarse a charlar con un hombre muy viejo y sabio. Sin embargo, quienes estaban a su lado en ese momento eran Elisa y Yólotl. Cuando ella le llamó a la hora de la comida y lo citó en la pulquería de la calle de Aranda, Casasola se emocionó y dejó la oficina de inmediato, pero al traspasar la puerta vio con pesar que no era el único invitado. Y como Yólotl acaparaba la conversación y la atención de Elisa, no le quedó más remedio que concentrarse en el pulque. Aun así, su rival le llevaba la delantera con seis, y Elisa ya se había terminado su cuarto. Casasola no podía más; estaba empachado y sentía que le reventaban las tripas. Fue entonces que decidió ignorar a sus acompañantes y se concentró en los dibujos con motivos prehispánicos que adornaban las paredes de Las Duelistas. Pensó que, si en verdad los sacrificios aztecas estaban relacionados con el pulque como mencionó Gamio en casa de Elisa, sus antepasados habían hecho lo correcto e incluso él estaría dispuesto a aceptar una puñalada en el estómago para liberar los gases que lo aquejaban. Comenzaba a ver que una de las serpientes emplumadas del muro brillaba como el jade y se movía poco a poco, cuando Elisa se puso de pie y les comunicó que su marido estaba de viaje. “¿Por qué no seguimos la fiesta en mi casa?”, dijo, y salió de Las Duelistas, seguida por Yólotl. Casasola necesitaba una grúa para mover su cuerpo. Antes de que pudiera reaccionar, vio la cuenta sobre la mesa y comprendió que la tendría que pagar él solo.

Despertó en un sillón. Ya era de noche y no sabía cuánto tiempo había dormido. Recordaba que los tres subieron a un taxi al salir de la pulquería y que compraron alcohol en una tienda; después fueron a casa de Elisa y se dedicaron a beber. Sobre la mesa de la sala había dos botellas de tequila vacías y varios vasos. ¿Dónde estaban los demás? Recordó también que Yólotl había salido de la casa en algún momento, y que después había regresado... De pronto, comprendió qué fue lo que lo despertó: unos gemidos de mujer. El corazón se le heló. Se puso de pie trabajosamente y se dirigió a la puerta de salida. Pero antes de abrirla, volvió a escuchar ese sonido, que provenía de la planta alta. Y entonces dudó: ¿lo provocaba el placer o el dolor? Casasola volvió sobre sus pasos y subió las escaleras lentamente. No era una precaución: sus piernas apenas lo podían sostener; la cabeza le dolía y sentía ganas de vomitar. Una vez arriba, los ruidos lo condujeron a la habitación principal. La puerta estaba emparejada; la empujó con suavidad y la abrió sólo un poco, lo suficiente para atisbar dentro. Al principio le asustó lo que vio. Después no pudo apartar los ojos. Elisa estaba a horcajadas sobre el borde de la cama mientras Yólotl – colocado de pie, justo detrás de ella– le embestía el culo con fuerza. No estaban completamente desnudos y eso volvía la escena más inquietante. Podía verle a ella las piernas, que asomaban bajo la falda recogida hasta las caderas, y los senos colgando a través del escote de la blusa. Yólotl traía la camisa puesta pero se había bajado los pantalones. Tenía unas nalgas enormes y firmes. Ella dejó de gemir por un momento, y murmuró entre dientes: “La tienes muy dura... Métemela hasta adentro”. Yólotl estiró una mano, tomó los cabellos de Elisa y le jaló la cabeza hacia atrás. Ella gritó su orgasmo con la boca muy abierta y después prorrumpió en carcajadas histéricas. Casasola se obligó a dejar de mirar. Bajó las escaleras y salió de la casa. Caminó hasta el Centro, buscando que el aire nocturno le enfriara la cabeza, pero no lo consiguió: aquellas imágenes y el eco de los gemidos de Elisa lo siguieron durante todo el camino.

Las luces de los autos que se deslizaban sobre Bucareli aumentaron su confusión. Aún estaba borracho y se sentía mareado. La combinación de pulque y tequila lo había destrozado. Algunos taxis pasaron por la avenida,

pero no les hizo la parada. Necesitaba caminar y retrasar el momento de llegar a su casa. Incluso tuvo ganas de volver a dormir en las calles y mandar todo al carajo. Elisa, Yólotl y el Asesino ritual podían irse a la mierda... Pero eso significaría traicionar a Santoyo, dejarlo solo y permitir que se derrumbara. Ahora que ya no estaba Quintana, el viejo dependía de él. Casasola se dio cuenta de que el tiempo que pasó a la intemperie realizando su reportaje sobre los indigentes fue realmente bueno. Y como todas las cosas que valían la pena, había terminado demasiado pronto, sin darle oportunidad de llegar a disfrutarlo... Pasó de largo el Reloj Chino y dio vuelta en Artículo 123. Quería ver a la comunidad George Romero y quedarse un rato entre ellos. Quizá hasta le dieran mona. Nunca la había probado, y su reportaje estaría incompleto mientras no experimentara sus efectos. La empatía final. A la chingada: no abandonaría a Santoyo, pero dejaría el caso del Asesino ritual y retomaría su investigación callejera.

Una fina lluvia comenzó a caer cuando cruzó la calle de Humboldt. Como siempre, aquella zona estaba sumida en la más profunda oscuridad. Aun así, distinguió a un indigente que se movía entre las sombras. Se acercó a él y lo sujetó de los hombros. Sintió que algo extraño cubría su cuerpo, algo tieso y viscoso. Notó también que la peste que emanaba del vagabundo no era la habitual combinación de excrementos y vómito, sino un olor aún más penetrante: hedía a podrido, a carne muerta. “¿Estás bien?”, le preguntó. Pero el hombre se encontraba perdido en su sueño tóxico, el mismo trance que los hacía parecer a todos muertos vivientes. No le respondió, pero balbuceó unas palabras, y al final pudo articular una frase. Quería dinero. En ese momento un coche pasó, iluminando la calle con sus faros, y Casasola descubrió con horror el atuendo del vagabundo: estaba envuelto en un amasijo de piel humana, en una repugnante manta de epidermis, sangre coagulada y grasa corporal. La portaba como si se tratara de un abrigo que hubiera encontrado en la calle... O que le hubieran regalado. Casasola no pudo contener el asco y vomitó sobre la calle. Arrojó pulque a medio fermentar y bilis. Cuando las arcadas cesaron y pudo recuperarse, sintió que su mente se despejaba. Entonces comprendió que aquello era obra del Asesino ritual y que, por más que quisiera, no podría zafarse del caso.

Para bien o para mal, ahora tenía una exclusiva.

LA NOCHE DE LOS DESCARNADOS

Semanario Sensacional, viernes 27 de agosto de 2011

Edición especial núm. 58

Extracto de nota

No fue un suceso aislado. El indigente que cubría su cuerpo con una manta de piel humana en la calle de Artículo 123 la madrugada del pasado martes, como oportunamente informó este semanario en su edición especial número 57, no fue el único. Los escalofriantes avistamientos se repitieron esa misma noche en distintos puntos del Centro Histórico, en un hecho que a todas luces tiene la marca del Asesino ritual.

La Alameda Central, la Plaza de la Ciudadela y el callejón del Buen Tono también fueron escenario del grotesco espectáculo, según reportaron testigos, quienes afirmaron que los vagabundos se encontraban en tal grado de intoxicación, que ni siquiera eran conscientes del tipo de prenda que portaban.

Un reconocido arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que pidió guardar el anonimato, refirió a este semanario que dichos sucesos recuerdan el culto al dios Xipe Totec de los aztecas, a quien se le representaba con la piel de un sacrificado. Una práctica en particular revela la conexión con el Asesino ritual: los mexicas solían prestar los cueros de los desollados a indigentes para que se los pusieran, y éstos recorrían la ciudad con su aterrador disfraz pidiendo limosna.

Como es sabido, el Asesino ritual ha realizado una serie de crímenes que imitan los sacrificios aztecas y su simbología. Inicialmente, su accionar se limitó a las ruinas prehispánicas del Centro Histórico, pero ante las medidas

de seguridad adoptadas por las autoridades, se ha vuelto impredecible, como demuestran los hechos ocurridos en Xochimilco y con los indigentes.

Los motivos de este asesino no son del todo claros, pero su *modus operandi* hace suponer que no se trata solamente de un perturbado mental como afirma la policía, sino de un sujeto inteligente y de mente compleja que persigue un objetivo concreto. Xipe Totec era el dios de la primavera, y los desollamientos en su honor representaban, literalmente, un “cambio de piel”.

¿Buscará acaso el Asesino ritual el regreso de la antigua Tenochtitlan?

OceanofPDF.com

Cada lugar que fumigaba requería de una preparación especial. No sólo de materiales –todo bicho necesitaba un veneno específico– sino también mental. No era lo mismo acudir a una bodega que a un hotel. A un almacén que a un sótano. Había trabajado en lugares siniestros, como hospitales, cementerios e incluso el rancho de un narcotraficante, pero sin duda los más escalofriantes eran las cocinas de los restaurantes. Si la gente se asomara a la trastienda de sus comederos predilectos, jamás volvería a poner un pie ahí, y tendría pesadillas de por vida. Los bufetes chinos, tan populares en la ciudad, eran por mucho los sitios más sucios y repugnantes a los que había acudido. Hacía mucho tiempo que Zavala no probaba aquella comida. Preferiría morir de inanición antes que meter en su estómago un puñado de rollos primavera o un *chow mein*. De hecho, le era difícil comer en cualquier lado, y procuraba alimentarse en casa. Él *había visto*. Sabía que detrás de la preparación de un platillo se escondía un reinado de terror: toneladas de cucarachas, ratas, moscas, cochambre y trastes mal lavados. Ollas rebosantes de grasa e ingredientes reciclados. Aceites que se frieron por primera vez en el paleolítico. Carne congelada por tanto tiempo que bien podría ser de mamuts y otras criaturas de la Edad de Hielo. Verduras podridas que no se desperdiciaban. *Nada* se desperdiciaba en realidad. Zavala nunca había visto a un mesero tirar comida. Lo que probabas era seguramente lo que le había sobrado al que se sentó antes que tú, si es que tenías suerte. Porque bien podría tratarse de los deshechos de ayer. Comida masticada y manoseada. Una vez hizo un experimento en la cocina de un restaurante de moda: cuando nadie lo veía, tomó las sobras de un plato, salió por la puerta trasera y se las arrojó a los perros que rondaban el callejón. No se las comieron. Después de treinta años en el negocio, a Zavala le quedaba muy claro que la ignorancia era una bendición. Saber de más, en cualquier aspecto de la vida, siempre traía problemas. Al salir de los restaurantes, mientras caminaba por las mesas rumbo a la puerta, veía los rostros complacidos de los comensales, sus mandíbulas moviéndose con celeridad y avidez, y los envidiaba. Él ya no podía disfrutar, le había sido vetado el negligente placer de permitir que alguien anónimo prepare los alimentos.

Su trabajo, sin embargo, tenía momentos extrañamente divertidos. Recordaba en particular la vez que lo contrataron para limpiar una bodega de granos infestada de ratas. Sembró el lugar con trampas, pero no fue suficiente. El plan B consistió en cazarlas, literalmente, con las manos. Mandó llamar a todos sus colaboradores, los fijos y los eventuales, y los armó con escobas. Después se dedicaron a perseguirlas, a atontarlas a golpes y a meterlas en un contenedor. Las impactaban con las escobas, pasándoselas unos a otros, en un bizarro juego de polo. Los gritos de todos se mezclaban con los chillidos de los animales. Cuando el contenedor estuvo lleno, le prendieron fuego. Aquella vez, Zavala y sus colaboradores sintieron que la paga era excesiva: se habían divertido tanto que lo pudieron haber hecho gratis.

También había atestiguado otro tipo de cosas que nada tenían que ver con bichos o cocinas repugnantes, pero que resultaban igualmente inquietantes. Sombras y presencias atrapadas en sótanos, áticos y cuartuchos olvidados. Habitantes que impregnaban los lugares con energía negativa y frente a los cuales sus venenos poco podían hacer. Unas veces eran formas imprecisas, otras, más definidas. La constante era un perro negro –o algo parecido. Se acercaba, gruñía, y luego se marchaba. Sus amigos le decían que era un paranoico, que tan sólo se trataba de animales a los que podía ahuyentar, pero lo que no tomaban en cuenta era que Zavala trabajaba de madrugada. No se podía fumigar un lugar en presencia de los trabajadores y clientes, así que él quedaba siempre a merced de las horas más solitarias y silenciosas de la noche. En esas circunstancias, cuando se te aproximaba un perro cuya silueta apenas se distinguía de la oscuridad, no querías averiguar si era la mascota del velador o algo más, algo que quizá estuviera relacionado con aquellas pupilas que ardían como luciérnagas salidas del infierno.

Cada lugar requería, entonces, de una preparación especial. Por lo tanto, ese día que le llamaron para pedirle que fumigara las catacumbas de Catedral, abrió el cajón de la cómoda, se colgó el escapulario y extrajo un pequeño crucifijo que guardó en la bolsa de su chamarra.

Aun así, Zavala no iba lo suficientemente preparado para enfrentar lo que lo esperaba allá abajo.

La llamada lo inquietó y le dio gusto al mismo tiempo. Casasola tenía meses sin visitar a su amigo, y se sentía culpable por ello. El trabajo lo había absorbido, sobre todo desde que decidió hacer el reportaje de los indigentes. Después, el Asesino ritual y Elisa ocuparon su mente por completo, sin dejar espacio para otras cosas igualmente importantes. Cuando llegó al Hospital Psiquiátrico, le sorprendió que Saviñón, el director, le pidiera que pasara a su oficina. No le gustaba aquel hombre porque trataba a todas las personas como si fueran pacientes potenciales. Sin embargo, se había portado muy bien con el Griego, salvándolo de la cárcel y dándole un trato especial dentro del manicomio. Hubiera preferido evitar ese trámite, pero si Saviñón quería hablar con él antes de que viera a su amigo, era porque tenía algo importante que decirle.

El psiquiatra lo hizo pasar a su oficina. Sin despegar la vista del montón de papeles que tenía sobre el escritorio, le hizo una seña para que tomara asiento.

—¿Cuánto tiempo sin vernos? —preguntó, mientras continuaba firmando memorándums.

—No lo sé —respondió Casasola, con una mezcla de enfado e incomodidad. Quería salir de ahí cuanto antes y darle un abrazo al Griego.

—Trescientos ochenta y nueve días y once horas —Saviñón por fin lo miró, con sus ojos empuñados tras el grueso cristal de sus lentes—. En ese tiempo, se han operado algunos cambios interesantes en nuestro amigo. Es mi deber prevenirte.

Casasola se revolvió en la silla, con creciente nervioso. Como siempre, le dio la impresión de que el psiquiatra lo estaba evaluando.

—¿Qué sucede? ¿Está mal de salud?

—El Griego es fuerte como un roble. Ni una gripa le ha dado desde que está... *hospedado* con nosotros. Lo que me preocupa es su cabeza. Parece como si se hubiera contagiado con algunas de las ideas de los demás internos.

–¿Me está diciendo que se volvió loco?

Saviñón dejó los documentos y la pluma sobre el escritorio, y entrelazó las manos, adoptando la actitud condescendiente del maestro que le explica al alumno algo que ya debería saber.

–La locura es una enfermedad contagiosa. Puede heredarse en los genes, pero también trasladarse de una mente a otra. No estoy hablando de telepatía o magia negra, sino de *influjos*. Deposita una idea en una mente obsesiva, y verás cómo germina. Y el Griego, además de ser una persona obsesiva, tiene todo el tiempo del mundo para cultivar ideas.

–¿Cómo se comporta?

–Ahora hay una actitud un tanto mesiánica en él, pero ya lo verás tú mismo. Lo que quiero es advertirte que no le des alas. Algo está tramando, por eso te pidió que vinieras. Ten mucho cuidado: la locura es igual que un incendio; si la alimentas, crece y se propaga.

Saviñón volvió a sumergirse en sus documentos, y no dijo nada más. Casasola tampoco; salió de la oficina sin despedirse. No era necesario. Sabía que la siguiente vez que se encontraran, el psiquiatra le contaría con exactitud los días y las horas que llevaban sin verse.

En el camino a la celda del Griego, Casasola recordó los acontecimientos que llevaron a su amigo a terminar en ese lugar. El veterano fotógrafo se había sacrificado para derrotar a una peligrosa asesina, cuya auténtica naturaleza aún resultaba confusa. De hecho, muchas de las cosas que vivieron durante aquellos terribles días le parecían salidas de un sueño. Sin embargo, varias personas habían muerto, entre ellas Verduzco, así que por más que quisiera pensar que todo fue una pesadilla, no le quedaba más remedio que aceptar su escalofriante realidad.¹

El Griego lo esperaba con la puerta abierta. Se dieron un fuerte abrazo y después se sentaron ante la pequeña mesa de madera que estaba situada a un

lado de la cama. El fotógrafo estiró la mano para abrir el minibar que tenía pegado a la pared; sacó un refresco y una cerveza.

–¿Y eso? –preguntó Casasola, sorprendido–. ¿Ya le entraste al contrabando?

El Griego destapó la cerveza y se la entregó.

–Acuérdate que yo llevo la tienda. Cuando me confirmaste que venías, me animé a pedírsela a uno de los proveedores. Pero sólo es una, no te emociones.

Casasola no notó nada raro en su amigo. Sin embargo, recordó que siempre platicaban en el patio central. Si ahora estaban conversando en privado era porque el Griego no quería que nadie más los escuchara.

–¿Qué sucede? –preguntó Casasola, yendo al grano.

El Griego bebió de su refresco y luego se pasó una servilleta por los labios. Sus ojos brillaban, excitados. Casasola sabía lo que eso significaba: una exclusiva.

–He seguido muy de cerca el caso del Asesino ritual –dijo el fotógrafo, con creciente emoción–. Y desde que comenzó su ola de crímenes, inició también una transformación en la ciudad. Los locos de este hospital son como un termómetro; últimamente los he notado alterados. Creo que algo muy malo está por ocurrir...

Casasola se asustó: en verdad su amigo comenzaba a sonar como un auténtico loco. Antes de que pudiera decir algo, el Griego continuó:

–No me mires así. Sé que antes te reuniste con Saviñón; ya lo conoces, para él todos estamos locos. Cuando maté a Taboada, fue como si hubiera comprobado su teoría. Pero tú y yo sabemos por qué lo hice... ¿Aún confías en mí?

–Por supuesto –respondió Casasola–. Seguiría confiando en ti aunque de verdad hubieras enloquecido.

–Entonces apurémonos, porque Saviñón no tarda en meter las narices por aquí. Tengo un amigo fumigador, se apellida Zavala. Fue quien me proporcionó el veneno que utilicé para matar al entomólogo. ¿Lo mencioné alguna vez?

–Creo que sí. ¿Qué relación tiene con el Asesino ritual?

–Por la naturaleza de su trabajo, Zavala se mete en sitios a los que nadie más tiene acceso. A veces se encuentra con cosas que pueden interesarme, y me las reporta antes que a la policía. En los viejos tiempos, las publicaba en los periódicos. Ahora las *canalizo*...

–¿Y qué fue lo que encontró?

El Griego bebió su refresco hasta acabárselo. Después lo aferró con ambas manos, como si necesitara un asidero antes de revelar la información. Abrió los ojos muy grandes, y dijo:

–La guarida del Asesino ritual.

¹ Esta historia se narra en *La octava plaga*, primera novela de la saga Casasola.

TERCERA PARTE
NUESTRO SEÑOR EL DESOLLADO

OceanofPDF.com

Existía la leyenda urbana de que las catacumbas de Catedral eran siniestras. Y lo que Zavala vio el día que bajó a fumigar fueron criptas como las de cualquier otra iglesia, sólo que los pasillos eran enormes y laberínticos. Sin un guía, uno podía perderse con facilidad. Las paredes estaban pintadas de blanco, las luces tenían sensores que hacían que se prendieran y apagaran conforme las personas se acercaban o se alejaban. También vio cámaras de seguridad, y eso le dio la impresión de encontrarse en la bóveda de un banco y no en un recinto solemne. Sin embargo, cuando el vigilante que lo acompañaba le abrió la puerta de la Cripta de los Arzobispos, todo cambió. Ahí Zavala se sintió en un lugar único y detenido en el tiempo. Observó el mausoleo de Fray Juan de Zumárraga, su escultura tallada sobre la lápida de mármol con una precisión notable; pero lo que más le llamó la atención fueron los motivos prehispánicos de la base: había una calavera de piedra justo a los pies del arzobispo. También el altar, situado detrás de la tumba, tenía empotrada una roca antigua. El vigilante le explicó que era una piedra de sacrificios. Había sido encontrada, junto con la calavera, en ese sitio. Zavala se fijó también en que, a cada costado de la puerta de entrada, se alzaban sendas estatuas de frailes que quedaban sumidas en la penumbra, como centinelas de ojos huecos. Al fondo estaban las criptas de los arzobispos, algunas con nombres y fechas, y muchas otras desocupadas, a la espera de sus futuros moradores. Zavala pensó que lo único más inquietante que una cripta con restos humanos era una cripta vacía. Una invitación que nadie quería recibir. La luz ambarina que se proyectaba desde el techo abovedado envolvía todo en una atmósfera irreal. Por un momento creyó estar soñando. ¿Cómo podía existir un sótano tan singular y a la vez tan oculto a la mayoría de la gente? Miles de personas visitaban la Catedral sin sospechar que bajo sus pies se encontraban esos tesoros... El vigilante vio su reloj: Zavala comprendió que debía apresurarse. No estaba ahí en una visita turística, sino de trabajo. Y aún le faltaba fumigar la zona de los vestigios prehispánicos.

Cuando terminó y ambos regresaban por los largos pasillos repletos de criptas, Zavala le preguntó al vigilante si alguna vez había visto algo raro en

las catacumbas. El hombre le dijo que sí, y le contó que fue por medio de las cámaras de seguridad. Una noche que se comía una torta despreocupadamente, observó algo extraño en uno de los monitores. Las criptas no estaban iluminadas con luz eléctrica, sino con una luz trémula, y parecían más antiguas. De pronto, tres monjes pasaron caminando con veladoras en las manos. Fue sólo un instante, pero pudo verlos con claridad. “¿Y qué hizo?”, le preguntó Zavala, mientras miraba por encima de su hombro con creciente nerviosismo. “Nada”, le respondió el vigilante. “¿A poco usted hubiera ido a averiguar? Desvié la vista y me seguí comiendo mi torta.”

Los vestigios prehispánicos bajo Catedral resultaron una historia muy diferente. Desde el primer momento, el lugar le dio mala espina. Los túneles eran estrechos y provocaban claustrofobia, además de que Zavala se tenía que agachar constantemente y su maltratada espalda lo resentía. Tantos años de cargar los pesados aspersores con el veneno le habían pasado la factura. El mismo vigilante lo guió y lo llevó ante los restos del templo de Tonatiuh, una ventana arqueológica recubierta por muros de concreto. Cuando comenzaba a fumigar, el vigilante recibió un mensaje por su radio. Le dijo a Zavala que tenía que marcharse y que, si terminaba antes de que él regresara, sólo debía caminar derecho, luego virar a la izquierda y llegar hasta las escaleras. No le gustó que su acompañante se retirara, pero no le quedó más remedio que continuar solo. Contrariamente a la tranquilidad que le inspiraron las catacumbas, los túneles le dieron escalofríos. A pesar de tener cemento por todos lados, se respiraba en ellos un aire viciado y antiguo, mucho más antiguo que el que circulaba en las criptas. Y también estaba el silencio. En las catacumbas se escuchaba el órgano de Catedral; ahí abajo no se oía nada. Estaba completamente aislado del mundo. Mientras hacía su trabajo, lo invadió una constante sensación de inquietud. Sentía como si alguien lo vigilara. Por un momento pensó que se trataba del guardia quien, oculto tras un recoveco, lo espiaba para comprobar si era un empleado de confianza. Sin embargo, se dio cuenta de que era una idea absurda. Sabía que se encontraba solo en aquel subterráneo... Bueno, *solo* no era la palabra adecuada. Intentó alejar los pensamientos sombríos y concentrarse en sus labores, pero la incomodidad

persistió. En ese momento Zavala comprendió: en las criptas había paz y sosiego; en los túneles, en cambio, algo inquieto e indomable: una fuerza poderosa, sin reposo. Apuró el trabajo y quiso salir, pero dio un giro equivocado. Recorrió diversos túneles sin encontrar las escaleras; algunos estaban iluminados y otros en completa oscuridad. Se puso a gritar por si acaso el vigilante había regresado, pero no obtuvo respuesta. ¿Quién demonios iba a escucharlo en aquel sótano? Siguió moviéndose; llegó ante un túnel cerrado y la ansiedad comenzó a apoderarse de él. Su corazón latió de manera acelerada y un sudor frío le escurrió por la frente. No debía perder el control. Además, era una situación ridícula: no estaba dentro de una mina, tan sólo unos metros lo separaban de la superficie. Respiró hondo y se tranquilizó. Entonces se dio cuenta de que el camino no estaba cerrado por completo. En la penumbra vio una oscuridad más profunda, un rectángulo que se recortaba en la base del muro. Una parte de su ser lo alertó para que se alejara de inmediato; la otra, más fuerte, le dijo que *tenía* que entrar. Zavala dejó a un lado el aspersionador, encendió la linterna de su celular y se agachó para meterse por el agujero. Cruzó a rastras y una vez que llegó al otro lado se puso de nuevo en pie. Ahí parecía no haber nada. Tras recorrer varios metros, surgió a lo lejos un tenue resplandor, que fue aumentando de tamaño conforme avanzaba. De pronto, el túnel viró a la izquierda y desembocó en una bóveda más amplia. Lo que encontró lo dejó atónito. Había un montón de veladoras encendidas y, detrás de ellas, un glifo prehispánico. Pero también había algo más. Parecían cabe... Mierda, no parecían, *eran*... Zavala quiso dar media vuelta y salir corriendo, pero en lugar de eso se aproximó. Después contaría a sus amigos que en ese momento no era dueño de sus movimientos: actuaba como si estuviera hechizado.

El mono con el logotipo de Fumigaciones Zavala le quedó grande a Casasola. Tuvieron que doblarle las mangas, los bordes del pantalón, y asegurarlos con alfileres. Cuando llegaron a la Catedral, Zavala le entregó los dos aspersores: ya que iba a proporcionarle una exclusiva, no iba a ser él quien cargara los armatostes. Además, le dijo, tenía que parecer su chalán para evitar sospechas. Caminaron por la calle de Guatemala hacia la entrada trasera. El mismo vigilante que atendió el día anterior a Zavala los dejó pasar y los condujo a los vestigios prehispánicos. Casasola traía un pequeño bloc de notas y un celular con cámara fotográfica escondidos en los calzones, justo debajo de sus testículos, así que caminaba un poco tieso a causa de ello. El Griego lo había puesto en contacto con el fumigador. Éste le detalló lo que descubrió en los sótanos de Catedral. Le explicó que, tras perderse en los túneles y encontrar el camino de vuelta a la superficie, le mintió al vigilante, diciéndole que se le había acabado el veneno y que tendría que regresar al día siguiente. Una vez abajo, ambos se pusieron a arrojar el líquido en sitios en los que Zavala ya había fumigado el día anterior, con la intención de hacer tiempo y desesperar al vigilante. La estrategia funcionó: al cabo de unos minutos de pasearse de un lado a otro con expresión aburrida, el guardia les dijo “ahorita regreso” y se dirigió a la salida. De inmediato Zavala lo condujo por los túneles hacia el lugar del hallazgo. Se aproximaron con cautela. El resplandor de las velas los guió, mientras Casasola sentía que descendía al corazón de la ciudad, al centro mismo del inframundo.

–Si el asesino está ahí dentro –le dijo Zavala, con tono solemne–, le arrojamos veneno a los ojos.

Pero la guarida estaba sola, y pudieron inspeccionarla con relativa calma. Zavala le advirtió que no debían tardarse mucho, pues el policía regresaría en cualquier momento y se alarmaría ante su ausencia. Las veladoras estaban al borde del fragmento de una pirámide. Una parte de la fachada asomaba entre las rocas del subsuelo y contenía el glifo de una serpiente que se mordía la cola. Junto a las veladoras yacían diversos objetos que

Casasola recordaba haber visto en los rituales de los concheros: una urna con copal, un manojo de hierbas, un caracol marino, una sonaja de ayoyotes, el cráneo de un felino y un penacho de plumas verdes. Había también una vasija con restos de pulque y otra más pequeña con hongos secos. Además, encontró una funda de piel de venado que contenía varios cuchillos de obsidiana. Casasola fue tomando notas y fotografías, deteniéndose en los detalles, retrasando el momento de enfrentarse a lo que había visto por el rabillo del ojo desde el primer instante que entraron en la guarida; una figura de pesadilla de la que provenía un penetrante olor a putrefacción. Analizó el glifo de la serpiente y alumbró el resto de la pirámide en busca de más signos. Después, consciente de que el tiempo se acababa, se dio la vuelta y miró el monumento atroz del Asesino ritual: un tzompantli en el que estaban incrustadas las cabezas de sus víctimas. Contó ocho en total, montadas en dos hileras horizontales, con cuatro cabezas cada una. Había una tercera estaca vacía debajo de ellas, en espera de nuevos trofeos. Los rostros de los decapitados variaban: unos tenían los ojos cerrados y parecían dormir tranquilamente, mientras otros mostraban una expresión congelada en una mueca de dolor, como si en la muerte siguieran sufriendo. Todos tenían los cabellos hirsutos: era evidente que el asesino los cogió de ahí con las manos llenas de sangre y ésta, al secarse, dejó formas tiesas y retorcidas. Aquellas cabezas eran como una galería de medusas mitológicas... Casasola tuvo una arcada; se tapó la nariz y la boca con una mano, y apenas pudo contener el vómito. Al recuperarse, vio a Zavala acucillado, inspeccionado el contenido de una olla de barro que reposaba sobre los restos de una fogata; el fumigador sacó un pedazo de carne y lo acercó a su nariz. Casasola quiso advertirle que no se lo comiera, pero le fue imposible hablar: sentía el vómito atorado en la garganta. Cuando se acercó con la intención de arrebatárselo, fue demasiado tarde: Zavala masticaba con rostro circunspecto.

–Este lunático cocina bien –dijo, mientras su expresión cambiaba a la sorpresa–. Qué bueno que dejó algo de comida: no desayuné y me crujen las tripas...

–Pendejo –masculló Casasola–, es carne humana.

–No mames –Zavala palideció–. ¿En serio?

Casasola asintió. No hubo necesidad de más palabras. En un acto de perfecta sincronización, ambos vomitaron al mismo tiempo.

La visita había llegado a su fin. En cuanto terminaron de vaciar sus estómagos salieron del túnel lo más rápido posible, mientras se quitaban los restos de bilis de la boca con las mangas de los monos. El vigilante ya los buscaba, molesto. Al principio se puso a cuestionarlos, pero tras ver sus rostros desencajados, creyó que en verdad se habían perdido. Les pidió que se tranquilizaran y hasta unos caramelos les ofreció, “para el susto”. Después los condujo a la salida y los despachó. Casasola y Zavala caminaron sin pronunciar palabra por República de Brasil y después por Donceles, rumbo al estacionamiento donde habían dejado el coche. Casasola se sintió un poco mejor con el aire fresco y juró no volver a ese sótano jamás. A pesar del desagradable episodio, estaba excitado. Tenía la exclusiva del año, la nota que lo consagraría y que levantaría el prestigio del *Semanario Sensacional*. Sin duda, Santoyo lo adoraría y le subiría el sueldo. Comenzó a pensar en un titular que estuviera a la altura del hallazgo, al tiempo que una sonrisa de satisfacción se le dibujaba en el rostro.

Cuando subieron al auto, Zavala le tenía reservada una sorpresa. Se bajó el cierre del mono y extrajo una libreta de pasta dura.

–Esto si te va a costar unas *serpientes bien elásticas* –le dijo.

–¿Qué?

–Unas chelas –le aclaró, mientras le extendía la libreta–. La encontré entre unas piedras, cerca de la fogata. Supongo que también vale oro...

Casasola sintió que se le revolvía el estómago al recordar el tema de la fogata, pero cogió la libreta. En cuanto se puso a hojearla, el malestar se esfumó.

Era el cuaderno del Asesino ritual.

OceanofPDF.com

–No tenemos dinero.

Santoyo estaba sentado en su escritorio, con las manos sobre el rostro. Entre los dedos sostenía un cigarro electrónico. El aspecto inofensivo de ese cilindro sin tabaco contrastaba con el dramatismo que se vivía en la oficina. Era como descubrir un cuchillo de plástico en la escena del crimen. El viejo periodista había analizado todo el material que le llevó Casasola, las fotos, las notas y el cuaderno del Asesino ritual, y todavía no lo podía creer. Sobre todo porque, poseyendo una exclusiva de esa magnitud, tendrían que esperar hasta la edición habitual del lunes para publicarla. Y apenas era sábado. Habían hecho demasiadas ediciones especiales últimamente, y en ese momento el negocio carecía de liquidez.

–¿Y si la imprenta nos fía? –preguntó Casasola, sentado al otro lado del escritorio–. La edición se venderá como pan caliente. Les pagaremos muy rápido.

–Me mandarán al carajo, ya les debo hasta las muelas. Pero no es tan grave: nadie más tiene conocimiento de esto, sería imposible que nos ganaran la nota. Podemos esperar sin problema al lunes, y preparar la mejor edición de nuestra historia.

Casasola se sintió frustrado. Por primera vez compartió la añeja ambición de su jefe de transformar el *Semanario Sensacional* en un diario. Sin duda, le darían un buen susto a la competencia con exclusivas como la que ahora tenían en las manos.

–Aunque hay tiempo, no te confíes –Santoyo interrumpió sus pensamientos–. Quiero una crónica detallada de tu descenso al sótano de Catedral, pero también un perfil completo de la mente del asesino. En ese cuaderno hay muchos datos sobre cómo funciona su cabeza y lo que pretende con sus crímenes.

Casasola se puso de pie, dispuesto a trasladarse a su escritorio, pero se detuvo. Había algo más que le preocupaba. Santoyo lo intuyó:

–¿Qué pasa? Escúpelo ya...

–Lo información que tenemos es clave para el caso –se animó a decir–. Si se la damos ahora mismo a la policía, podrán coger desprevenido al Asesino ritual. En cambio, en cuanto la publiquemos, él sabrá que su guarida ha sido descubierta...

Santoyo se reclinó en la silla, le dio una calada al cigarro, sacó vapor por la boca, y luego le lanzó una mirada severa a Casasola.

–Te lo aclaro de una vez: nuestra labor es difundir la información. Sólo eso. Y como no somos hermanas de la caridad, lo hacemos a nuestra conveniencia, igual que todo el mundo. Si la policía se apendeja y el asesino escapa, no es problema nuestro. Entiéndelo bien: si involucras la ética en tu trabajo nunca serás un periodista competente. Si te hace ruido, dedícate a otra cosa: podrías llevarle sopa a los indigentes, por ejemplo. Pero sería un desperdicio. Comienzas a mostrar talento para esto. Tienes futuro, hijo.

Casasola asintió y después se fue a su lugar. No pudo evitar pensar en una frase de Rubem Fonseca: “El periodista y el asesino tienen la misma mentalidad destructiva”. A un lado de la computadora estaba su libreta de notas, pero no era necesaria: tenía todo muy claro. El episodio de Catedral era como una pesadilla grabada en su mente.

Antes de retirarse, Santoyo le dejó claro a Casasola que no se podía mover de la oficina hasta que tuviera al menos la mitad del reportaje redactado. Incluso, en un hecho inédito, abrió su cartera y le dejó un par de billetes para que pidiera comida. Casasola tomó el dinero: apenas alcanzaba para algo mejor que pizza; sushi quizá o tal vez una baguette de jamón serrano. En cuanto se quedó solo, tomó su celular y marcó el número de Elisa. Deseaba hacer esa llamada desde que llegó a la oficina, pero hasta ahora tenía privacidad. No le dio detalles de sus hallazgos, pues quería hacerse el

interesante: sólo le comentó que tenía algo que podía interesarle mucho, y le pidió que fuera al *Semanario Sensacional* al salir del trabajo. Tras colgar, se concentró en el teclado y escribió durante tres horas sin interrupciones. Cuando paró, ya era de noche. Tenía hambre. Se estiró en la silla y bostezó. Elisa no debía tardar. Pensó que podrían cenar juntos en la oficina. Le marcó con la intención de preguntarle qué tipo de comida se le antojaba, pero contestó el buzón. ¿Estará en una junta? ¿Me irá a dejar plantado? Ya vendrá, se dijo, y se levantó al baño. Mientras orinaba, tocaron a la puerta. Intentó terminar antes, pero el chorro continuaba saliendo con mucha potencia. “Mierda –pensó–, qué tino de Elisa para llegar.” “Voy”, gritó, resignado a los designios de su vejiga. No le gustaba hacer esperar a las mujeres. Además, ¿qué pensaría ella de su tardanza? Se lavó las manos rápidamente y fue a abrir. Pero del otro lado de la puerta no estaba Elisa. Era un hombre de rostro familiar. No recordó el nombre pero de inmediato supo que era un judicial.

Tras su encuentro con el Ministro, Mondragón tomó medidas drásticas: mandó intervenir los teléfonos del INAH, en particular el celular de Elisa Matos. Mientras no capturaran al Asesino ritual, no podía permitir que se filtraran más datos. Creía que, en torno al caso, los periódicos estaban tan perdidos como la policía misma, pero era la arqueóloga quien difundía la información que más perjudicaba los intereses del Ministro. Aquella tarde, cuando revisaba la prensa de días pasados en busca de algún detalle que se le hubiera escapado, se le acercó Carrión, uno de los miembros de su equipo. Le informó que un periodista del *Semanario Sensacional* se había puesto en contacto con Matos. Mondragón consideraba que aquella revistucha era poco seria y, por lo tanto, representaba una amenaza menor; sin embargo, le molestó que la arqueóloga ignorara su advertencia. Decidió entonces impedir el encuentro, apretarle las tuercas a Matos, y de paso sacarle también un susto al reporterillo ése, no fuera a ser que levantara olas imprevistas. Le pidió a Carrión que lo acompañara. En el trayecto en coche le planteó la estrategia. Se estacionaron afuera de las oficinas del *Semanario Sensacional* y esperaron pacientemente la llegada de la arqueóloga. Hora y media después, vieron que su auto se acercaba y se detenía justo detrás de ellos. Mondragón bajó. Abordó a Elisa mientras ésta cerraba la puerta de su vehículo.

–Buenas noches, *señora*. ¿Qué anda haciendo tan lejos de su oficina?

Elisa se paralizó. El inesperado encuentro la llenó de miedo.

–¿Qué quiere?

Mondragón la sujetó del antebrazo y la condujo con firmeza al coche donde aguardaba Carrión.

–Sólo platicar un poquito –dijo, mientras abría la puerta trasera–. Le presento a Carrión. Es un buen compañero.

Elisa quiso resistirse, pero Mondragón la empujó dentro, y cerró la puerta. Después golpeó el cristal de la ventana, indicándole a Carrión que arrancara. Mientras observaba cómo el auto se alejaba, se acomodó la corbata y se pasó una mano por el cabello. Después se dio la vuelta y se dispuso a entrar a las oficinas del *Semanario Sensacional*.

Elisa intentó calmarse. No creía que se atreverían a lastimarla, pero aquel acoso comenzaba a destrozarle los nervios. Respiró hondo y clavó la mirada en la calle. En ese momento, su celular sonó. Lo sacó de su bolsa y en la pantalla vio que se trataba de Casasola. Antes de que pudiera contestarle, Carrión detuvo el auto, y estiró la mano hacia atrás, exigiéndole que se lo entregara. Después, el judicial condujo el auto por calles que Elisa desconocía. No le dirigía la palabra, y eso hacía que la inquietud de la arqueóloga aumentara.

Tras largos minutos, Elisa decidió romper el hielo:

—¿Por qué Mondragón no subió al auto? ¿No se supone que quería platicar?

Carrión dejó pasar varios segundos antes de contestar.

—Claro que sí. ¿Pero quién le dijo que la plática era con usted?

En ese momento, Elisa comprendió: Mondragón iba en realidad tras Casasola. Cerró los ojos y deseó que no le hiciera daño.

—¿Cuánto tiempo me retendrán? —preguntó, tras un breve silencio.

Carrión la miró por el espejo retrovisor.

—¿Cuál es la prisa? ¿A poco no se la está pasando a toda madre conmigo?

Elisa sintió ganas de insultarlo, pero el miedo se impuso. Decidió guardar silencio. Sin embargo, pensó en lo que podría decirle: “Sí, me está gustando este paseo en el zoológico. Sobre todo porque es un chango el que maneja”.

Carrión la vio sonreír por el retrovisor, pero no pudo entender por qué.

Mondragón se identificó y entró a la oficina sin esperar a que Casasola le cediera el paso. Caminó entre los escritorios con mirada curiosa; después se sentó en el de Santoyo, y encendió un cigarro.

—Tráeme un cenicero —exigió—. No quiero ensuciar más este cuchitril.

Casasola estaba desconcertado. Ahora recordaba que aquel judicial era Jorge Mondragón. Lo había visto en los periódicos, sobre todo en las noticias relacionadas con el Asesino ritual. ¿Qué quería? Seguramente, nada bueno. Entonces se dio cuenta de que el cuaderno del Asesino ritual estaba sobre el escritorio de Santoyo, a tan sólo unos centímetros del brazo derecho del judicial. Casasola reaccionó: tomó un cenicero de una repisa y lo depositó delante de Mondragón, con la esperanza de que sus movimientos lo distrajeran. Después se colocó a su lado y se quedó de pie, buscando que el campo de visión del judicial se alejara del escritorio.

—¿No te sientas? —dijo Mondragón, mientras arrojaba una bocanada de humo en su dirección.

—No. Ya estuve sentado todo el día.

—Así que eres reportero de escritorio. Has de tener nalgas de aspirina.

Mondragón regresó la vista al escritorio y comenzó a revolver entre los papeles que acumulaba Santoyo.

—¿Qué desea? —preguntó Casasola. Necesitaba recuperar su atención antes de que descubriera el cuaderno.

—Me preguntaba cuál podría ser la relación entre una arqueóloga respetable como Elisa Matos, y esta revistucha para taxistas...

—¿Qué le hace pensar que tal cosa existe?

—No te hagas pendejo: sé todo lo que pasa en esta oficina, incluso con qué papel se limpian el culo. Esa mujer tiene algún negocio con ustedes, y me

propongo averiguar por qué... Dime, ¿qué es eso tan importante que tienes que mostrarle?

En ese momento, Mondragón vio la libreta de pasta dura que contenía el cuaderno del Asesino serial, y la cogió. Estaba a punto de abrirla cuando Casasola dijo:

—Es mi amante.

Mondragón giró la cabeza y olvidó la libreta.

—¿Qué dices?

—Le estoy respondiendo a su pregunta: la arqueóloga Elisa Matos y yo somos amantes.

El rostro de Mondragón pasó de la sorpresa al regocijo. Después irrumpió en carcajadas.

—¡Ternuritas! —dijo, mientras seguía riéndose. La libreta continuaba entre sus manos; Casasola no sabía qué hacer para que la soltara.

Repentinamente, el judicial se puso serio y le clavó la mirada.

—¿Sabes que es una mujer casada?

Casasola asintió, con creciente nerviosismo. A la incómoda situación ahora se agregaba la imprudencia de su mentira.

—¿Y qué tal coge, eh? Está buena la cabrona... ¡Quién lo hubiera dicho! ¡La remilgosa arqueóloga es una zorra!

Las carcajadas volvieron. Mondragón se reclinó en el asiento y puso las manos y el cuaderno sobre su barriga. Aquella risa parecía auténtica, liberadora. Luego, el judicial recuperó la compostura; se puso de pie y caminó hacia la puerta, con la libreta aún en su poder. Casasola, presa del pánico, fue tras él.

–Ya sabía yo que no iba a sacar nada bueno de esta pocilga –Mondragón se detuvo en el umbral y giró hacia Casasola–. Aunque la información del adulterio podría serme útil más adelante...

El judicial se dio cuenta de que traía el cuaderno en la mano, lo miró con desprecio y se lo entregó a Casasola.

–Ten mucho cuidado con la información que publicas –sentenció–. No vaya a ser que perjudique a la *respectable* señora Matos.

Y después se marchó.

OceanofPDF.com

Elisa y Casasola se encontraron en la esquina de Monte de Piedad y Guatemala. Atravesaron la calle peatonal en silencio y se metieron al Hostal Catedral. A pesar de ser temprano, numerosos extranjeros entraban y salían del lugar con enormes mochilas en sus espaldas y rostros de excitación. Se sentaron a una mesa y ordenaron té. Ninguno de los dos tenía hambre.

—¿Qué chingados le ven a este país? —dijo Elisa, señalando con un gesto despectivo a un grupo de asiáticos—. ¿Que es el zoológico más grande del mundo?

Casasola la observó: tenía los ojos muy hinchados; sin duda, había llorado durante la noche. Ella notó su mirada y se ruborizó. Sacó los lentes oscuros de su bolsa y se los puso.

—Debo tener un aspecto horrible...

—Para nada, tú siempre te ves muy guapa —Casasola aprovechó para tomarle una mano—. Pero es lógico que estés afectada por lo que pasó anoche...

Elisa le había llamado una hora antes desde un teléfono público. Le relató su encuentro con Mondragón, y cómo Carrión le dio vueltas durante dos horas en el coche hasta que la soltó en el Monumento a la Revolución. Cuando llegó a su casa, su marido dormía, despreocupado. Casasola también le contó brevemente sobre la visita de Mondragón a las oficinas del *Semanario Sensacional*, y luego acordaron encontrarse cerca del Templo Mayor.

—Tenemos que dejar de vernos —dijo Elisa, a bocajarro—. Necesito alejarme de todo esto durante un tiempo. Voy a pedir vacaciones en el trabajo...

—¿De plano? —musitó Casasola, desconcertado—. Pero si tengo muchas cosas que mostrarte. Lo que hallé en los sótanos de Catedral te va a sorprender...

–Ya no quiero saber nada al respecto. Estoy muy asustada, y además me siento sola: mi marido es un cero a la izquierda.

Casasola le apretó la mano.

–Estamos juntos en esto, vamos a estar bien.

–No creo. Mondragón me relacionó contigo. Debemos guardar distancia, por el bien de los dos.

Casasola tragó saliva. No le había contado aún sobre la mentira que le dijo al judicial, y decidió que mejor se guardaría esa información.

–Pero eso es exactamente lo que él quiere, dividirnos...

–Es lo mejor. Cuando las cosas se hayan calmado, te buscaré.

En ese momento, Yólotl apareció en la entrada del hostel, y se les quedó viendo. De inmediato, Elisa retiró su mano de la de Casasola y se puso de pie.

–Te voy a pedir otra cosa: por favor, ya no publiques nada relacionado con el Asesino ritual. Sería muy riesgoso para mí: Mondragón podría pensar que yo te sigo pasando información.

Hizo una mueca a manera de despedida y salió del lugar. Yólotl la abrazó y se la llevó en dirección del Templo Mayor.

Encontró al Griego afuera de su celda, recargado en el barandal mientras observaba abstraído los movimientos de los internos en el jardín central. No quiso interrumpirlo, así que se colocó a su lado, y trató de entender qué era lo que llamaba tanto la atención de su amigo. Pero Casasola sólo vio a los locos que se movían entre los rosales y las palmeras, entregados a sus soliloquios. Tras unos minutos de silencio, el veterano fotógrafo le dijo, sin voltear a verlo:

–El tiempo se acaba... Debemos apurarnos.

–¿Qué observas? –preguntó Casasola, intrigado.

El Griego lo miró con expresión ausente. Contrario a lo habitual, no le sonrió ni lo abrazó.

–No lo entenderías. Son cosas del mundo *interior*... Mejor hablemos del exterior. ¿Qué noticias me traes?

Casasola le hizo un resumen de los últimos días: los hallazgos en Catedral, y los incidentes con los judiciales. Después le entregó un engargolado, que contenía el cuaderno del Asesino ritual enteramente fotocopiado. Antes de dirigirse al hospital psiquiátrico, sacó dos juegos: uno para su amigo, y otro para él, por si las dudas. Los ojos del Griego brillaron, excitados.

–Y tú que te creías periodista cultural –dijo–. Mira nada más cómo has evolucionado...

–¿Qué opinas? ¿No debo publicar nada, como me lo pide Elisa?

El Griego lo miró con suspicacia.

–Te gusta esa muchacha, ¿verdad?

–Mucho –respondió Casasola, y bajó la mirada, apenado–. Pero no tengo ninguna oportunidad con ella.

–¿Y eso cuándo carajos ha importado? Lo que te define es aquello que tú amas, no aquello que te ama a ti... El dilema radica en que si retienes esa información, obstruirás la captura del asesino. Y el reloj continúa su marcha...

–Además de que Santoyo me cortará los huevos. Estoy jodido: o quedo mal con Elisa o quedo mal con mi jefe.

–Es una decisión difícil. Pero si te sirve de consuelo, no creo que pueda detenerse lo que puso en marcha el Asesino ritual. Las señales que percibo aquí son cada vez más claras...

–¿De qué hablas? –Casasola comenzaba a perder la paciencia con la actitud crítica de su amigo–. Por favor...

El Griego dudó unos instantes. Después intentó explicarse:

–Velo de este modo: cuando va a ocurrir un desastre natural, los primeros que se enteran son los animales, ¿cierto? Son seres más sensibles... De igual manera, cuando la ciudad va a sufrir un evento siniestro, los locos son los primeros en percibirlo. Su agitación y nerviosismo ha aumentado en los últimos días. Ahora me doy cuenta de que algo está cambiando dentro de ellos... Te doy un ejemplo: el día de ayer, uno de los internos, que tiene un severo caso de autismo, comenzó a hablar. Al principio no le entendí nada, pero después comprendí que hablaba en un idioma antiguo: era náhuatl. Parecía como si recitara una profecía.

Casasola se acordó de los presagios funestos; le contó al Griego la teoría de Elisa, y la manera en que ella los relacionaba con los crímenes.

–Sólo le falta representar dos –dijo, como colofón.

El Griego se quedó pensativo.

–Hay algunas piezas en este rompecabezas que aún no logro encajar. Me pondré a leer las notas del asesino, en busca de alguna clave. Mientras tanto, medita cuidadosamente la decisión que debes tomar. La verdad, no quisiera estar en tus zapatos.

Casasola se despidió de su amigo. Al retirarse, dirigió una última mirada a los locos. Pensó en la paradoja que representaban: el futuro de la ciudad, de alguna manera, estaba en sus manos. Y, sobre todo, en las del Griego. ¿Podría eso llamarse esperanza?

La calle de Iturbide era una de las más peculiares del Centro. Abarcaba tan sólo dos cuadras, entre Morelos y avenida Juárez, pero tenía una atmósfera decadente que la volvía atractiva. Sobre ella había varios estacionamientos, y una serie de edificios que podrían calificar entre los más feos y

sospechosos de la ciudad. Demasiados vidrios polarizados y cortinas cerradas, como si sus propietarios no quisieran que nadie se enterara de lo que ocurría ahí dentro. Los edificios no tenían letreros que identificaran los giros de los negocios, y sus balcones se resguardaban tras puntiagudas rejas, lo que contribuía a la sensación de ilegalidad. Además, siempre había gente esperando en autos estacionados o motocicletas, y camionetas de las que se descargaban cosas continuamente. En la calle de Iturbide también estaba el Palacio Chino, un enorme cine venido a menos que, sin embargo, aportaba un toque de exotismo con su letrero de neón de estilo oriental. En la esquina con Artículo 123 se alzaba Las Américas, una de las cantinas favoritas de Santoyo, y por eso Casasola le pidió que se reunieran ahí para hablar. Ofrecían como botana mojarras fritas y camarones gigantes, y uno salía de ahí con el estómago lleno.

Tras la tercera cerveza, su jefe se puso melancólico, pues ahí solía beber con Quintana.

–Extraño a ese infeliz –le confesó–. El muy cabrón siempre andaba diciendo que deberíamos cerrar el *Semanario Sensacional* y abrir mejor una cantina. A veces pienso que tenía razón...

–Podrían ser las dos cosas. Sólo tenemos que correr a los del changarro de comida mexicana, y abrimos el bar debajo de la oficina.

–Quintana odiaba ese restaurante. Siempre le fue fiel a Gerardo y sus pizzas.

Casasola aprovechó que Santoyo tenía la guardia baja para relatarle lo sucedido con Mondragón, y pedirle que retrasaran la publicación del reportaje de la guarida del Asesino ritual una semana más.

–Si lo publicamos ahora –le dijo, cerrando deliberadamente con el chantaje–, perjudicaremos seriamente a Elisa.

Santoyo le dio varios tragos a su cerveza. Después, con voz cansada, dijo:

–Ya sabía yo que esa mujer nos iba a traer problemas –y después agregó, resignado–: sólo una semana. Después publicaré la nota, estés de acuerdo o

no.

Casasola le agradeció a su jefe y pidió otra ronda. Pensó que había logrado una pequeña victoria, pero le angustiaba no saber cuál sería el siguiente paso. De pronto, un indigente joven se asomó por la puerta de la cantina para pedir limosna. Tenía una cabellera abundante y enredada. Casasola lo reconoció: en alguna ocasión, cuando dormía en las calles, el muchacho le regaló su comida. Se acordaba muy bien: eran unos tacos de bistec, y Casasola los aceptó porque moría de hambre. Ahora, el vagabundo lo miraba fijamente, como si también lo reconociera. Casasola vio las botellas de cerveza acumuladas en la mesa y su plato rebosante de camarones, y se sintió avergonzado. Pero el indigente hizo algo que lo desconcertó: le sonrió con sus dientes chimuelos. Era la sonrisa más llena de compasión que le habían dirigido en su vida. De no haber estado Santoyo frente a él, Casasola se hubiera echado a llorar.

El Brujo tiró los caracoles al piso y comenzó a cantar una antigua canción. El humo del copal llenaba la pequeña habitación sumida en la penumbra. El penetrante olor de la resina era la única parte de los rituales que no le gustaba a Luján, pero no protestaba porque confiaba ciegamente en ese hombre que guiaba su destino y lo ayudaba a tomar las decisiones importantes. Ambos estaban sentados en el suelo, dentro un círculo conformado por veladoras y flores de cempasúchil. El celular de Luján vibró dentro del bolsillo de su saco. Nadie podía interrumpirlo en esos momentos, excepto Chavarría, su asistente. Esperaba un mensaje importante de él, así que extrajo el teléfono y leyó el texto. “Transacción confirmada”, decía, con deliberada parquedad. Luján sonrió. Su sonrisa era chueca y afilada, como la hoja de una guillotina. No dijo nada. Esperó con paciencia a que el Brujo terminara su rito adivinatorio. Escuchó sus consejos sobre los asuntos que le había consultado previamente, y profundizó en algunas dudas. Después cerró los ojos y se dejó envolver por la energía que recorría la habitación. En medio de esa reconfortante oscuridad, Luján pensó con regocijo en lo bien que se le dieron las cosas, en cómo su carrera ascendió meteóricamente en los últimos años, pasando de funcionario cultural a Jefe de Gobierno, y ahora a candidato presidencial. El Brujo se lo dijo: “Estás destinado para cosas grandes”. Y también le advirtió: “Para alcanzar el último escalón de la pirámide, necesitas *traerlo* de vuelta. Sólo entonces tendrás poder ilimitado”. Y ahora, gracias a las gestiones de sus contactos en la burocracia cultural, estaba a punto de lograrlo. Las negociaciones fueron largas, delicadas, y tuvo que prometer varios favores a los involucrados, pero lo más importante era que el plan había funcionado. Y que nadie, absolutamente nadie, podría saber las auténticas motivaciones detrás de sus actos. La fachada era perfecta: el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Biblioteca Vaticana intercambiarían las joyas de sus acervos para montar sendas exposiciones temporales. Se trataría de un préstamo mutuo sin precedentes con el objetivo de acercar “a dos naciones hermanas”, según el discurso oficial. Tras dos meses de exhibición, las piezas volverían a sus respectivos lugares de origen. Todas excepto una. La que no pertenece ahí. La que fue salvada

de las llamas. Tenía lista la edición facsimilar. Era perfecta; nadie notaría el cambio por el original.

El Brujo percibió su excitación:

–¿Hay algo más que quiera decirme?

Luján abrió los ojos. Los cristales de sus lentes estaban empañados. Odiaba eso. Sin embargo, decidió que los limpiaría hasta salir de la habitación.

–Viene en camino –respondió.

El corazón del Brujo se aceleró, pero de inmediato controló las palpitaciones. Con voz pausada, dijo:

–Cuatrocientos años después, volverá a cruzar el océano.

Luján se quitó los anteojos.

–Para fortuna nuestra –dijo.

Su sonrisa de guillotina centelleó en la penumbra.

PERIODISTAS MUERTOS (IV)

La playa se había transformado notablemente. El mar estaba más verde, el sol brillaba con intensidad y varias personas paseaban por la orilla. Algunos niños volaban papalotes e incluso una lancha aguardaba a posibles tripulantes. No quiso pensar a dónde podría llevarlo. Divisó la palapa del bar y fue directamente hacia ella. Se sentó en la barra y le ordenó una cerveza al cantinero. ¿A qué sabría el alcohol en ese lugar? Tenía curiosidad de saberlo, y también un poco de sed. Recordaba haber bebido con Santoyo. ¿Estaría crudo? No podía saberlo con exactitud. Era muy extraño aquello de tener conciencia durante los sueños; no se estaba en realidad ni de un lado

ni del otro... El cantinero destapó la botella. Sólo hasta ese momento Casasola se dio cuenta de que era Verduzco. Vestía una guayabera roja y llevaba un sombrero de palma. Le entregó la bebida y le sonrió, satisfecho.

–¿A poco no está muy cambiado este lugar desde la primera vez que viniste?

Casasola tomó la botella en su mano. Estaba helada.

–Sin duda. ¿Cómo le hiciste?

–Con mucho trabajo. Tengo un colaborador, ¿recuerdas? Ahora lo conocerás –y, señalando la cerveza, agregó–: pero primero dale un trago.

Casasola empinó la botella y bebió hasta la mitad. Era, sin duda, la cerveza más deliciosa que había tomado en su vida.

–Está buenísima –bebió el resto y soltó una exhalación–. ¿En verdad existe el paraíso? Si es así, me mudo para acá de inmediato.

–No sabes lo que dices. Todo esto que ves es un truco solamente. Tarde o temprano, el Consejo de Periodistas Muertos de Nota Roja nos encontrará, y nos juzgará por traidores.

–Qué injusto. ¿Me das otra?

Verduzco le lanzó una mirada condescendiente, luego sacó una nueva cerveza del refrigerador y se la entregó. Casasola se abalanzó sobre ella y le dio un trago, pero la escupió de inmediato: sabía a orines.

–¿Ahora lo entiendes? –dijo Verduzo– No hay paraíso: sólo el amargo recuerdo de cuando tuviste el privilegio de probar algo bueno.

Casasola recordó una frase de *The League of Extraordinary Gentlemen*, la novela gráfica de Alan Moore. La pronunciaba Mr. Hyde después de besar a Mina Harker, justo antes de inmolarse para salvar a Inglaterra de la invasión marciana: “*I was right, then, about this world. Always I knew that heaven would be the cruelest of places*”.

–Qué jodido –dijo Casasola, mientras escupía los restos de cerveza–. ¿Y sucede aquí lo mismo con el sexo?

–Sí, pero te ahorraré los detalles.

En ese momento, Casasola escuchó una voz familiar que salía de la parte trasera del bar:

–A mí también me hizo la misma mamada con la cerveza.

–¿Tu socio? –le preguntó Casasola a Verduzco, sorprendido–. No me digas que...

Un hombre salió detrás de la cortina situada a un lado del refrigerador. Era Quintana.

–¿A poco creías que te ibas a librar de mí tan fácilmente?

Casasola no daba crédito a lo que veían sus ojos.

–Hijos de la chingada. Debí suponerlo...

Quintana se acercó, tomó la cerveza de Casasola y le dio un trago. Su rostro se descompuso; aguantó el líquido unos segundos en el buche y después se lo pasó, con una mueca de asco.

–Nunca he pasado del segundo trago –dijo, y le devolvió la botella.

–Basta de tonterías –dijo Verduzco–. Ya saben que no disponemos de mucho tiempo. En esta ocasión, tenemos información fresca.

Casasola escuchó un potente ruido a sus espaldas. Algo como la sirena de una embarcación. Giró la cabeza y vio que un enorme trasatlántico se acercaba a la orilla a toda velocidad. Venía directamente hacia ellos, y parecía no tener intenciones de detenerse.

–No te preocupes –dijo Verduzco–. Aunque destruyan este lugar, podremos seguirte contactando.

–¿Qué les pasará a ustedes?

–Ya estamos muertos –dijo Quintana–. Nada peor puede ocurrirnos.

Casasola vio cómo el barco salía del agua con un estruendo y avanzaba por la arena sin perder velocidad. En unos segundos arrasaría con todo.

–Escucha –dijo Verduzco, alzando la voz–. El siguiente presagio funesto ocurrirá hoy. Tienes que ir al Museo...

Casasola despertó. Estaba empapado en sudor y la boca le sabía a sal, como si hubiera sido revolcado por una ola. El sol ya entraba por la ventana y se escuchaba el ruido del tráfico. Miró el reloj: eran las diez de la mañana. Se levantó y prendió el boiler para bañarse. Sabía a dónde tenía que ir. Había escuchado la frase completa. Y debía apurarse: el Museo Nacional de Arte abriría pronto sus puertas.

Cruzó la Plaza Tolsá en dirección de la entrada del Museo y pasó a un lado de la estatua del caballito. Pensó en la curiosa historia de aquella escultura ecuestre que representaba al rey Carlos IV, en su destino trashumante, como si en realidad las patas del animal hubieran cobrado vida: de la Plaza de Armas al patio de la Universidad Pontificia, y de ahí a la avenida Reforma, hasta que encontró su destino final a principios de los años ochenta frente al antiguo Palacio de las Comunicaciones, que poco después se transformó en el Museo Nacional de Arte. En algún lugar leyó que, durante su instalación en la Plaza de Armas en el año de 1803, un accidente provocó que la estatua cayera y casi aplastara a su creador, Manuel Tolsá, y a su amigo Alejandro de Humboldt. Para ambos hubiera sido una muerte absurda: el escultor que sucumbía bajo el peso de su propia creación, y el explorador que, tras llegar a la capital de la Nueva España sorteando innumerables peligros, acababa sus días machacado por la efigie del monarca que patrocinó su aventura.

Casasola pagó su boleto en la taquilla y entró al Museo. No entendía de qué manera aquel sitio podía relacionarse con el Asesino ritual y su representación de los presagios funestos: su acervo abarcaba de la época novohispana a la primera mitad del siglo XX. Pero confiaba en Verduzco y en las pistas que le dejaba. Tenía que estar atento a cualquier señal. Subió al primer piso por las enormes escaleras y entró en las salas de la exhibición permanente. A esa hora había pocos visitantes, y los custodios se amodorraban en sus pequeñas sillas. Casasola observaba las obras, pero también a su alrededor, en busca de algún sospechoso. Una pintura llamó su atención: *San Agustín*, de Antonio Rodríguez. En ella, una virgen lanzaba un chorro de leche directamente de su seno a la boca agradecida del santo. Por alguna razón, le pareció muy perversa. Sin embargo, aquella imagen tenía lógica: los católicos eran capaces de los pensamientos más retorcidos. Pasó al segundo piso, donde tampoco encontró algo que representara un objetivo para el Asesino ritual. En ese edificio porfiriano no había ventanas arqueológicas. ¿Qué podía ser? Entonces se dio cuenta de que le faltaba visitar la sala de exposiciones temporales. Le preguntó a un custodio dónde se encontraba y bajó al vestíbulo por el elevador. Ahí comprobó, con un

vuelco en el estómago, que se trataba de una muestra consagrada a la visión de Octavio Paz sobre el arte mexicano. Fue una estupidez no empezar por ahí, se recriminó. Entró a la sala y apuró el paso. No sabía cuánto tiempo llevaba vagando por el Museo, pero ahora ya había mucha gente. Pasó de largo un inmenso retrato de Sor Juana y avanzó hacia el fondo del pasillo. Tenía que haber un espacio dedicado a las esculturas prehispánicas, un tema sobre el que Paz había escrito en más de una ocasión. Al dar vuelta en una esquina, se topó con un pequeño caos: gente que corría y se llevaba una mano a la boca, y los guardias de seguridad llamando por sus radios. A pesar del pánico, y de los esfuerzos de los vigilantes, los curiosos se apelotonaban en torno a una estatua del Chac Mool. Casasola se aproximó y se abrió camino a empujones. El Asesino ritual se las había arreglado para atacar de nuevo, aunque ahora con una simbólica variación: en la vasija de piedra que la deidad sostenía entre sus manos reposaba un cerebro completo.

INTERCAMBIO CULTURAL CON LA BIBLIOTECA VATICANA, EN RIESGO

La Jornada, miércoles 1 de septiembre de 2011

Extracto de nota

La serie de profanaciones realizadas por el llamado Asesino ritual en diversos vestigios prehispánicos de la ciudad ha trascendido a nivel internacional, al grado de poner en riesgo un importante convenio realizado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia con la Biblioteca Vaticana.

La más reciente de ellas –la colocación de un cerebro humano en la estatua del Chac Mool que se exhibía en el Museo Nacional de Arte– es la que ha puesto en vilo el intercambio cultural entre los dos países, pues dicha

estatua era parte del lote de piezas prehispánicas que el INAH prestaría como parte del convenio, y ahora la famosa escultura se encuentra en resguardo de las autoridades.

Según trascendió, la Biblioteca Vaticana prestaría a su vez una serie de tesoros de su acervo, entre ellos el legendario *Códice Borgia*, que se considera uno de los libros precolombinos más interesantes y enigmáticos, y que nunca antes ha sido exhibido en nuestro país.

Un vocero de dicha institución europea declaró al *Corriere della Sera* que “actualmente se está evaluando si aún existen las condiciones para mantener el intercambio de obras con México”. Por su parte, funcionarios del INAH contactados por este periódico rehusaron dar declaraciones al respecto.

El Griego dejó el periódico sobre la mesita y le dio un sorbo a su taza de café. Estaba preocupado: el Asesino ritual era un sujeto arrogante y escurridizo, y ahora había dejado un mensaje muy claro a la policía con ese cerebro: soy más inteligente que ustedes. Según la teoría de Elisa que le contó Casasola, le faltaba sólo un presagio funesto para completar su obra. Después sería muy tarde para intentar cualquier cosa. Pensó en realizar una llamada anónima a la policía y revelar el sitio donde se encontraba la guarida del Asesino ritual, pero no quería traicionar a su amigo. Además, no creía que eso bastara para atraparlo: a estas alturas ya se habría dado cuenta de la desaparición de su cuaderno, y estaría alerta ante cualquier otra intromisión. Lo que más lo desconcertaba en ese momento era el tema del intercambio cultural entre el INAH y la Biblioteca Vaticana. Estaba seguro de que de alguna manera se conectaba con el caso del Asesino ritual, pero aún no descifraba cómo. Tomó su teléfono celular –era el único interno con ese privilegio en el hospital psiquiátrico– y le marcó a Casasola.

–Estamos a un movimiento del jaque mate –dijo, cuando éste contestó.

–Lo sé. Me encontraba en el Museo cuando ocurrió. Por poco y lo agarro con las manos en la masa.

–En el cerebro, mejor dicho. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que no eres detective? Lo que deberías hacer, en todo caso, es publicar ya tu reportaje y hacerle saber a la policía dónde se esconde.

Casasola guardó silencio al otro lado de la línea. Tras unos segundos, dijo:

–Curiosamente, ahora Santoyo está feliz. Con esta última noticia, la popularidad del caso se disparó. Mi jefe cree que, cuando publiquemos nuestro material el próximo lunes, será una bomba. Dice que somos unos genios por habernos esperado.

–Son un par de idiotas, pero no perderé el tiempo con regañños. Hazme un favor: necesito que averigües con tus contactos en el INAH todo lo que puedas sobre el intercambio cultural con la Biblioteca Vaticana. En especial sobre el mentado *Códice Borgia*...

–¿Por qué?

–Es una intuición. A ver qué sale por ahí.

Colgaron. El Griego se sirvió más café, cogió el cuaderno del Asesino ritual y se dispuso a continuar con su lectura.

CUADERNO DEL ASESINO (I)

Me ha sido dada la señal que estaba esperando. Muchas lunas y muchos soles aguardé en silencio, preparando mi espíritu y mi cuerpo. Toda paciencia tiene su recompensa. Está en los periódicos: Tlaltecuhltli emergió del subsuelo. La devoradora insaciable. Su aparición marca el principio del fin. Los dioses reclaman sangre. La necesitan para regresar e instaurar el nuevo orden. Y yo soy su instrumento. Xipe Totec decidió encarnar en mí y comandar los sacrificios requeridos. Soy El Elegido. Porque desciendo de Aquellos que Vieron. De Aquellos que Actuaron. Mis ancestros vivieron en la Nueva España y atestiguaron cómo Coatlicue fue desenterrada y vuelta a enterrar. Cómo fue negada y ocultada a quienes la querían adorar. Juraron que un día todos los dioses regresarían a ocupar el lugar que les corresponde. Ha sido un largo camino, pero yo cerraré el círculo. La serpiente que se muerde la cola. El primer paso fue la Independencia. Mis ancestros estuvieron entre los que conspiraron y tomaron las armas. Cuando la libertad se consiguió, Coatlicue fue desenterrada para siempre. Otros dioses han sido liberados con el tiempo, pero faltan muchos más. Por eso forcé mi profesión. El trabajo como una herramienta para el Propósito Superior.

La historia de mi familia nunca ha sido escrita. Fue relatada de boca en boca. De mi tatarabuelo a mi bisabuelo. De mi abuelo a mi padre. Por eso ahora yo la pongo en este cuaderno, para que se sepa el origen del cambio que está por instaurarse. Hablaba de paciencia. Ayer Tlaltecuhltli me dio la primera señal. Pero aún debo cavar para llegar al centro. Todo está conectado. Justo en días pasados encontré la grieta. Nadie más la notó. La oculté e hice los cálculos: no tengo duda de que conduce al núcleo. Y ahora debo ensanchar el túnel. Cuando alcance el objetivo, comenzaré con los sacrificios. Esto fue planeado mucho tiempo antes de que yo naciera. Soy una parte de la cadena. Xipe Totec me habló al oído. Me dijo: “El tiempo del renacimiento llegó. El inicio de un nuevo ciclo. Ahora yo estoy dentro de ti”. Mis ancestros le pusieron velas a Coatlicue. Acudieron a venerarla en la antigua Universidad antes de que la sepultaran. Ahora es mi turno de iluminar a las demás deidades enterradas.

OceanofPDF.com

El auto del Ministro dobló en la esquina y avanzó hacia él. Era un Lincoln Continental de 1969 con los vidrios polarizados. Mondragón tembló: era raro que el Ministro abandonara su oficina, y más aún que sostuviera reuniones dentro de su coche. Las cosas deberían andar muy mal. Pensó en lo que podría decirle para tranquilizarlo, pero lo cierto era que no tenía avances en el caso del Asesino ritual, y éste había atacado de nuevo. Cualquiera que fuera la transacción de la que le había hablado el Ministro, ahora debía estar en serio riesgo de cancelarse.

El Lincoln se detuvo y se abrió la puerta trasera. Mondragón entró y se sentó al lado del Ministro. No hubo saludos. El chofer arrancó y condujo por calles secundarias.

—Estás a punto de fracasar —sentenció la voz robótica del Ministro—. Si la transacción que me fue encomendada proteger se cae, tendré que desquitarme con alguien. ¿Se te ocurre algún candidato?

Mondragón intentó tragar saliva, pero no pudo. Tenía la boca seca y la garganta cerrada.

—No es fácil callar a la prensa —balbuceó.

—¿Quién habló de eso? Por si no te habías enterado, ahora la prensa tiene más poder que los políticos. Vivimos tiempos abominables. Lo que te estoy exigiendo es que captures al imbécil que está regando corazones y cerebros como si fueran confeti.

—Estamos cerca —mintió.

El Ministro sacó un pañuelo de la bolsa de su saco, se limpió las flemas que le salían por el agujero del cuello, y después se volvió a colocar el aparato.

—Si es tan difícil atraparlo, al menos mantén protegidos los sitios vulnerables. Redobla la vigilancia, pon cámaras...

–El episodio del Museo ocurrió porque no es un sitio arqueológico, y por lo tanto no formaba parte del dispositivo especial que implementamos. Esa estatua estaba ahí como parte de una exhibición temporal...

–No te justifiques. Haz lo que sea necesario para detenerlo. Dale máxima prioridad. ¿O debo hablar con tus jefes?

–No es necesario, señor.

El Ministro se inclinó hacia él, le metió una mano en la entrepierna y le apretó los huevos. Mondragón aulló. Aquel viejo tenía mucha fuerza.

–¿Quieres conservarlos? –preguntó el Ministro, y se quitó el aparato. De su agujero salía un olor fétido, una mezcla de saliva y jugos gástricos.

–Sí –masculló Mondragón, sudando.

–Pues entonces compórtate como hombrecito –dijo el Ministro, y le asestó un pellizco final.

Cuando Casasola llegó al restaurante Las Sirenas, en la calle de Guatemala, Gamio ya lo esperaba. Leía un libro y bebía una copa de vino tinto. Casasola le había llamado, pidiéndole una cita. El arqueólogo aceptó, pero le dejó muy claro que nada de lo que hablaran podía ser publicado, y mucho menos se debía mencionar su nombre. Casasola le dio su palabra de que no haría ninguna de las dos cosas, y le aseguró que se trataba de un interés personal.

Tras conversar algunas trivialidades, Gamio fue al grano:

–¿Para qué querías verme?

Casasola no sabía exactamente por dónde empezar, así que improvisó:

–Es sobre el intercambio cultural entre el INAH y la Biblioteca Vaticana. ¿Por qué van a prestar esas piezas?

–Es un proyecto del que se encargó personalmente nuestro director general y que, tengo entendido, está impulsando por gente del gobierno. Pero más

allá de eso, no sé nada. Lo que te puedo decir es que algunos arqueólogos lo vimos con recelo, pues se están negociando piezas invaluable... –Gamio hizo una pausa, y le dio un delicado sorbo a su copa de vino—. Aunque el acervo que la Biblioteca Vaticana prestará a cambio es igualmente valioso, y eso puede hacer que esta insensatez gubernamental valga la pena...

–¿Como el *Códice Borgia*?

–Exacto. Un tesoro que, al igual que otras piezas prehispánicas importantes, no es propiedad de los mexicanos.

–¿Qué me puede decir de él?

–Su historia es curiosa. Los conquistadores deben haberlo enviado al viejo continente hacia el siglo XVI, pues contiene una serie de anotaciones en italiano que permiten fecharlo en esa época. Por razones inexplicables, fue a dar a las manos de los hijos de los sirvientes de los Giustiniani, una familia de nobles que llegó a ser muy poderosa. Para que te des una idea, fueron mecenas del pintor Caravaggio... Los sirvientes, ignorantes, procedieron a quemar el códice, pero por fortuna, el Cardenal Borgia los descubrió a tiempo e impidió su destrucción. El Cardenal era un amante de las antigüedades, y a su vez, heredó el códice a la congregación Propaganda Fide. De ahí pasó a la Biblioteca Vaticana para su mejor conservación.

–¿Cómo puede saberse que lo iban a quemar unos sirvientes? ¿No será una leyenda?

–Esa historia la cuenta Alejandro de Humboldt en uno de sus libros. Él mismo vio el códice en 1805.

–¿Y qué contiene? ¿Por qué es tan importante?

–Además de que es uno de los más hermosos manuscritos del México antiguo, es también uno de los más enigmáticos. Aún hoy en día su complejidad intriga a los estudiosos. Es un libro de presagios, un instrumento que los adivinos utilizaban para conocer el futuro. Tiene múltiples referencias a los sacrificios humanos, y a los diferentes tipos de ofrendas para cada dios.

Casasola se quedó pensativo. Recordó algo que había leído en el cuaderno del Asesino ritual, y decidió cambiar de tema.

–¿Qué tan importante era Xipe Totec en el panteón azteca?

Gamio lo miró con recelo, como si estuviera conversando con un alumno disperso y caprichoso, pero respondió con la caballerosidad que lo caracterizaba:

–Mucho. Era el dios de la primavera y el renacimiento. En su honor, se realizaban numerosos desollamientos. La piel de las víctimas simbolizaba el cambio de estaciones y la caída de las hojas. Se le conocía como “Nuestro Señor el Desollado”. ¿Por qué me preguntas todo esto? ¿Qué tiene que ver con el Asesino ritual?

–Sólo intento atar cabos sueltos. Creo que el Asesino ritual se cree la reencarnación de Xipe Totec...

–Espero que no creas en las mismas teorías disparatadas de Elisa. Ella está muy confundida últimamente, y su amistad con el fantasioso Yólotl no le ayuda nada...

Casasola sintió un vuelco en el estómago. No quería hablar de Elisa y su amante. Se puso de pie y le tendió la mano al arqueólogo.

–Muchas gracias por su tiempo –dijo, intentado esbozar su mejor sonrisa–. Debo regresar al trabajo.

CUADERNO DEL ASESINO (II)

Cinco años me llevó cavar el túnel. Mi técnica fue tan dilatada como efectiva, y consistió en ir agregando, poco a poco, la tierra y las rocas que extraía al montón de desechos procedente de las excavaciones principales. Lo más difícil fue controlar mi propia desesperación y ansiedad por

concluirlo. Se trató de una labor parecida a la de una hormiga, metódica y milimétrica, pero valió la pena. Mis cálculos resultaron correctos; del otro lado encontré el centro, el ombligo del ombligo: la serpiente que se muerde la cola. El Eterno Retorno. Instalé el santuario e hice el ayuno, las invocaciones. Absorbí la energía de la Fuente Primordial. Y estoy listo para comenzar con los sacrificios.

El santuario es un lugar seguro porque nadie se atreve a llegar hasta allí. Mis superiores lo tienen vetado de sus programas de investigación. Dicen que es peligroso e inestable. Mejor para mí. Sus propios túneles pasarán cerca, pero es poco probable que desemboquen en mi bóveda. De cualquier modo, estaré alerta ante cualquier casualidad. Cualquier grieta que se abra en mis paredes. No puedo fallar, pues cargo con el más importante de los propósitos. Y confío en que lo cumpliré: los dioses me cuidan y me alimentan con sus espíritus. Me han dicho que, con cada sacrificio, mi poder aumentará. He sido bendecido: llevo a Xipe Totec dentro de mí. El que provoca los males de los ojos. Nublaré la vista de mis enemigos, seré una mancha borrosa, inatrapable.

Los cuchillos aguardan. Tienen sed de víctimas. Las cabezas rodarán y las pieles se desprenderán. Habrá caos y después paz. Lo dicen los cantos:

Toda luna, todo año,

todo día, todo viento

camina y pasa.

También toda sangre

llega al lugar de su quietud,

como llega a su poder y su trono.

El Brujo escrutó la oscuridad en busca de señales. Había comido los hongos sagrados y aguardaba sus revelaciones. Quería encontrar al Rebelde, al que andaba por su propio sendero; aquel que los demás llamaban el Asesino ritual. Le dedicó varias horas de meditación al dilema y comprendió la encrucijada. En un camino, el Rebelde estaba a punto de arruinar la negociación que traería el *Códice* de vuelta. En el otro, el Rebelde podía convertirse en aliado clave. El Brujo percibía su energía, y era poderosa. Sin duda, había logrado conectarse con entidades primordiales. El problema radicaba en que el Rebelde ignoraba el plan. Tenía que contactarlo de inmediato y unirlo a su causa. Hacerle entender que sus propósitos eran similares, que debían juntar sus caminos. Los dos deseaban el regreso de los Antiguos. El Brujo se servía de Luján para conseguir sus propios objetivos. Era el poder detrás del poder. El Rebelde era el soldado, el que salía al campo de batalla y se manchaba las manos. Sin embargo, debía advertirle que todo tenía un tiempo y un lugar; que por ahora lo prudente era detener su cruzada de sangre, y permitir la llegada del código. Una vez que estuviera en sus manos, el poder de ambos sería ilimitado. Porque poseerían la llave para conocer el futuro.

La oscuridad se iluminó. Cientos de puntos amarillos centellearon en la habitación, como luciérnagas diminutas. Los hongos sagrados comenzaban a hablarle. El Brujo cerró los ojos y descendió a las profundidades de su ser. Se deslizó por un torrente de imágenes y sensaciones, de abismos y espirales, hasta que llegó al fondo. Ahí caminó por un túnel caliente y húmedo, cuyas paredes exudaban una resina vegetal. Tras un tiempo indeterminado, llegó al centro mismo de la Tierra, a su núcleo formado por una inmensa masa de gusanos en movimiento. Era como un sol blanco y supurante que no paraba de expandirse. De pronto, la imagen cambió y en su lugar apareció una pirámide resplandeciente. Era antigua y a la vez estaba recién construida. ¿Quién había viajado en el tiempo? ¿El templo o él? El Brujo subió por su escalinata, en un trayecto que parecía imposible, pues cada que pisaba un escalón, éste se duplicaba. Después se dio cuenta de que había otra pirámide encima de la pirámide, y muchas más

superpuestas, hasta perderse en una columna infinita. El Brujo comprendió que no debía subir, sino *meterse*. Detuvo su ascenso y aguardó. Entonces frente a él se abrió otro túnel. Estaba recubierto con paredes de cemento: ¿la puerta de regreso al presente? Se introdujo y avanzó a ciegas, hasta que al fondo apareció el resplandor de unas velas. Cuando llegó del otro lado, vio el glifo de la serpiente y el tzompantli. Del techo de la bóveda provenía el sonido de un órgano. Y el Brujo supo que era el santuario del Rebelde y dónde se encontraba.

Elisa se quedó recostada en la cama mientras observaba cómo Yólotl se vestía. En los últimos días, su amante había estado silencioso, retraído, y ella se dio cuenta de que en realidad era poco lo que sabía acerca de él. Era un joven vigoroso e idealista, y en ocasiones le daba la impresión de no estar en contacto con la realidad. Vivía en el pasado de un modo distinto a la mayoría de los arqueólogos: pasaba demasiado tiempo en las excavaciones y mostraba un desdén absoluto hacia el presente. Pero aquello no tenía que ver con una timidez o un comportamiento antisocial: Yólotl era muy seguro de sí mismo, le gustaba expresar sus ideas en público y defenderlas apasionadamente. Eso fue lo primero que le atrajo de él. Aún recordaba con un estremecimiento la manera en que la sedujo, durante la proyección de un documental patrocinado por el INAH en el Museo de Antropología: Yólotl se sentó a su lado y en cuanto las luces se apagaron la tomó de la mano y se la estuvo acariciando con delicadeza. Más tarde, cuando el filme terminó y pasaron al concurrido coctel, él la arrastró a uno de los cuartos de servicio, le levantó la falda y la penetró de pie. No se necesitaban más preámbulos: Elisa ya estaba excitada y húmeda; ni siquiera había podido concentrarse en el documental. A partir de ese momento se volvieron amantes, aunque en realidad Elisa nunca pudo rellenar con Yólotl el vacío que le provocaba su matrimonio. Era, lo sabía, una distracción, un acto transgresor que la animaría a pedir el divorcio. Sin embargo, aquella aventura se había prolongado más de lo necesario, e incluso el sexo comenzaba a dejar de ser excitante. A Elisa le costaba trabajar y él la poseía mecánicamente, sin la variedad y los juegos de antes...

Yólotl apenas le hizo un gesto a manera de despedida y salió de la habitación del motel. Elisa se incorporó, sintiendo cómo el semen le

escurría por los muslos. Eso la incomodó. Días atrás, aún era algo placentero: le gustaba recogerlo entre sus dedos, embarrarlo en otras partes de su cuerpo y quedarse así durante un rato, tendida en la cama, mientras se secaba en su piel. Era una manera de conservar su presencia, pues Yólotl siempre tenía prisa, siempre tenía que estar en otro lugar. Ahora, la sensación del semen caliente en su cuerpo la hacía sentirse sucia. Fue al baño, abrió la llave de la regadera y se lavó. Mientras el agua se llevaba los restos de su encuentro con Yólotl, supo que era momento de romper con él, poner en orden su vida y abrirse a nuevas cosas. Dejaría a su marido e iniciaría su doctorado. Sabía que estaría acompañada en ese proceso. Casasola le gustaba, y pensaba darle una oportunidad.

Bastaron un par de llamadas de Luján para concretar la visita del Brujo a los sótanos de Catedral. La petición fue muy clara: déjenlo solo. Nadie lo molestó y pudo explorar los vestigios prehispánicos a sus anchas. Una vez abajo, el Brujo evocó las imágenes que le comunicaron los hongos sagrados y se movió por los túneles con familiaridad. Cuando vio el resplandor de las velas, supo que había llegado. Todo era exactamente como en su visión: ahí estaban el glifo de la serpiente que se mordía la cola y el Tzompantli con las cabezas de las víctimas. Sin embargo, no encontró al Rebelde. El lugar le impresionó: concentraba presencias antiguas y poderosas. Cerró los ojos y absorbió la energía que se desprendía de los vestigios. Escuchó voces hechas de humo y tiempo, que le hablaron de una victoria cercana, y comprendió las fuerzas ocultas que el Rebelde había desatado. Sintió aún más respeto por él, y tuvo la certeza de que los planes de ambos se cumplirían. El *Códice* llegaría a sus manos y los dioses primigenios retornarían. No necesitaba permanecer más tiempo en el sótano, ni esperar la llegada del Rebelde. Todo tenía su tiempo y su lugar: pronto sus caminos se cruzarían de manera definitiva y su alianza se concretaría.

El Brujo regresó a la superficie sabiéndose dueño del futuro.

Apenas tuvo tiempo de arreglar un poco su casa. Elisa le marcó hacia las ocho de la noche y le dijo que iba a visitarlo. Que había pensado bien las cosas y que deseaba enterarse a fondo sobre sus descubrimientos en Catedral. Sólo cerraría su oficina en el Museo del Templo Mayor e iría para allá. En ese momento, Casasola estaba tumbado en su cama en calzones, pues salió temprano del trabajo y se sentía cansado, pero de inmediato se vistió, recogió la ropa tirada en el suelo y lavó los trastes acumulados en el fregadero. Por fortuna, tenía una botella de tinto en la alacena. Revisó que las únicas dos copas que poseía estuvieran en verdad limpias, le pasó un trapo a la mesa de la sala y depositó sobre ella el cuaderno del Asesino ritual. Cuando Elisa llegó, quince minutos después, estaba sudoroso y agitado. Antes de abrir, se echó agua en la cara y se secó con la toalla. Elisa entró y le dio un abrazo. Después paseó su mirada por el departamento, y dijo:

–Pequeño, pero acogedor.

Casasola sacó la botella y se la mostró.

–¿Quieres una copa?

Elisa se sentó en el sillón de la sala, se puso una mano en la nuca y comenzó a mover la cabeza en círculos.

–Sí –dijo, y lanzó un suspiro–. Fue un día muy largo. Estoy rendida.

Casasola llenó las copas y se sentó a su lado.

–¿Qué te hizo cambiar de opinión? –preguntó.

–Gamio me contó que se vieron. Que le preguntaste sobre el *Códice Borgia* y Xipe Totec. Eso despertó mi curiosidad.

Casasola le dio un trago a su copa y buscó los ojos de Elisa.

–¿En verdad fue sólo eso?

Elisa le sostuvo la mirada y le sonrió.

–No. También tenía ganas de verte. La última vez fui un poco grosera contigo...

–No hay problema –Casasola sintió que se le aflojaba el cuerpo–. Sé que todo esto no ha sido fácil para ti.

Elisa encogió los hombros, dejó su copa sobre la mesa, y después dijo:

–Cuéntamelo todo.

Casasola le relató los últimos acontecimientos. Cuando terminó, relleno las copas de ambos, y le entregó el cuaderno del Asesino ritual.

–Llévatelo. Quizá encuentres algo que yo no supe ver.

Elisa lo sostuvo unos segundos frente a ella.

–Siento escalofríos, y a la vez una gran curiosidad por leerlo. ¿Cómo demonios hizo el asesino para acceder a ese lugar? Es una zona a la que no bajamos ni los arqueólogos, porque es muy insegura.

Casasola se pasó una mano por la barba, y dijo:

–Hay algo que debes saber: publicaremos el reportaje en la siguiente edición. Hice lo posible por retrasar el momento, pero si no lo hacemos ahora, corremos el riesgo de perder la exclusiva.

Elisa guardó el cuaderno en su bolsa.

–No te preocupes por mí: en unos días me voy de vacaciones. Espero que ese reportaje le cause chorrillo a Mondragón.

Miró el reloj, apuró su copa y se puso de pie.

–Tengo que irme.

Casasola se levantó y se colocó frente a ella.

–¿En serio? Aún no nos acabamos la botella...

–Si tomo un trago más, me quedaré dormida en tu sillón –dijo, y caminó hacia la puerta.

Casasola abrió y ella se despidió con un largo abrazo. Después, él la sostuvo de la cintura y le plantó un beso en los labios.

–Pensé que nunca lo ibas a hacer –dijo ella.

Y después se marchó.

DESTRABAN CÓDICE

Reforma, lunes 6 de septiembre de 2011

Extracto de nota

El Instituto Nacional de Antropología e Historia anunció que, gracias a las gestiones de autoridades gubernamentales de nuestro país, al fin pudo cerrarse el intercambio cultural con la Biblioteca Vaticana, y que por lo tanto la exhibición con dicho acervo se realizará conforme a lo planeado.

Esto significa que diversos tesoros históricos serán mostrados por primera vez en México, entre ellos el famoso *Códice Borgia*, el cual, desde que abandonó nuestro país a mediados del siglo XVI, nunca ha vuelto a pisar el territorio nacional.

Autoridades del INAH aseguraron que ésa y otras piezas igualmente valiosas ya vienen en camino, y que los museógrafos y curadores trabajan

en el montaje de la exposición, que podrá apreciarse a finales de septiembre en el Museo de Antropología e Historia.

LA GUARIDA DEL ASESINO RITUAL, AL DESCUBIERTO

Semanario Sensacional, lunes 6 de septiembre de 2011

Sumario

- En reportaje exclusivo, este semanario revela que el Asesino ritual se esconde entre los vestigios prehispánicos que están bajo la Catedral Metropolitana.
- Un cuaderno de notas encontrado en el lugar de los hechos revela la procedencia y el ideario del sanguinario criminal.
- Escalofriante edición con fotografías a todo color y material desconocido hasta por la policía.

Recargado en el cofre de su auto, con el periódico en la mano, Mondragón observaba el alboroto que se había creado en torno a la entrada trasera de la Catedral. Los peritos entraban y salían cargando pruebas, mientras los policías intentaban contener a la multitud de periodistas y curiosos congregados sobre la calle de Guatemala. Había varias cámaras de televisión apostadas en la acera y un par de helicópteros daban vueltas en el cielo nublado. Alertado por los oportunistas de la prensa, el Asesino ritual ya había dejado su agujero cuando Mondragón llegó con su equipo; sin embargo, su rostro mostraba una amplia sonrisa. Hubiera sido una jornada redonda si además hubieran logrado capturarlo, pero no existían días perfectos, mucho menos en una ciudad como ésta. Lo que le quitó un peso de encima fue la llamada que le hizo el Ministro durante la madrugada, en la que le adelantó lo que ahora comprobaba en el periódico: que el *negocio* se concretó y que la *mercancía* venía en camino. “Y no precisamente gracias a tu brillante intervención”, le espetó con su voz robótica. “¿Y de qué se trata?”, se atrevió a preguntarle. “Sólo un idiota como tú hablaría de esto por teléfono. Lee la prensa y te enterarás.” Aquellas palabras hirientes no calaron en Mondragón. Ahora podría dormir tranquilo y concentrarse en la captura del Asesino ritual. El caso se había transformado en un fenómeno mediático, y Mondragón sabía que si lograba meterlo en el tambo, su propio nombre y fama se dispararían a los cielos. De pronto, el panorama se volvía prometedor. Pero tenía que cambiar de estrategia. Ya no necesitaba amedrentar a los arqueólogos y periodistas, sino ponerlos de su lado. Sobre todo a ese reporterucho del *Semanario Sensacional*. Era más listo de lo que parecía. ¿Cómo chingados había descubierto la guarida del criminal? Ya se lo preguntaría personalmente. Se aliaría con él, y le prometería futuras exclusivas a cambio de que le reportara cualquier noticia en torno al Asesino ritual antes de publicarla. Si se negaba, podría acusarlo de ocultamiento de pruebas y obstrucción de la justicia.

Las tripas le crujieron. Cruzó la calle, espantando a un par de periodistas con un gesto de la mano, y se dirigió al Hostal Catedral. Desde ahí podría estar al pendiente de las pesquisas mientras desayunaba unos huevos

revueltos con chorizo y chilaquiles, además de unos molletes y una enorme taza de café.

CUADERNO DEL ASESINO (III)

Los dioses me ordenaron cumplir con ocho Presagios Funestos. Ocho ritos sangrientos para alimentarlos y restaurar su poder. No ha sido tarea fácil, pues desde la primera ofrenda que deposité en el Templo Mayor, las autoridades fueron reduciendo las posibilidades con su operativo especial. Pero yo soy Xipe Totec, *El que nubla la vista de sus enemigos*. He podido deslizarme como una sombra en los lugares indicados. Además, mi profesión resulta estratégica para esta encomienda. Aún falta camino por recorrer y sangre que derramar. La más importante será la del sacrificio final. Es el más complicado de todos, pues debo hacerlo en un lugar sumamente concurrido y, a estas alturas, muy vigilado. Implica un alto riesgo, y sé que necesitaré ayuda. Pero confío en que los dioses me la proveerán llegado el momento. Mientras tanto, continúo afilando los puñales. El tzompantli crece y potencia la energía que se está concentrando en el Santuario. Mi propio poder aumenta también. Puedo sentirlo crecer con cada bocado de la carne de mis víctimas. Los dioses me hablan con voz fuerte. Me cantan canciones y guían mis pasos. Soy El Instrumento. No puedo fallarles. Cuando mi misión esté cumplida, caminaré junto al Sol y lo acompañaré en su recorrido. Y los futuros sacrificios serán ofrendados en mi honor.

Elisa dejó a un lado el cuaderno del asesino, y colocó una mano sobre su pecho. Su corazón latía aceleradamente y le costaba trabajo respirar. Se levantó y fue a la cocina a servirse un vaso con agua. Mientras lo bebía, reflexionó. ¿Cómo era posible que Casasola no se hubiera dado cuenta? Resultaba evidente que el Asesino ritual era alguien que trabaja en las excavaciones del Templo Mayor. No lo decía de manera directa, pero lo daba a entender. Además, eso explicaba su acceso a los vestigios prehispánicos de Catedral, y su manera de operar en general. Casasola no tenía mucha experiencia en la nota roja, pero ¿y su jefe? Él seguro había leído también el cuaderno. Así eran los periodistas: con la premura por ganar la nota dejaban a un lado los detalles importantes... Yólotl, a su vez, no le hizo mucho caso cuando le contó sus primeras sospechas por teléfono. Se portó cortante y grosero, como lo hacía últimamente. Elisa se indignó, aprovechó para decirle que su romance había terminado, y colgó antes de que le pudiera replicar. Después siguió leyendo el cuaderno del asesino, y ya no le quedaba duda. Tenía que contárselo a Casasola de inmediato, y él, por su parte, informarle a la policía. Sería un escándalo y un duro golpe para el INAH, pero los asesinatos debían parar. Vislumbró la pesadilla por venir: los interrogatorios, la policía esculcando en la basura de los empleados, las miradas acusatorias entre unos y otros. Lo que hasta ahora era un apacible lugar de trabajo se transformaría en la sucursal del infierno. Más de uno, incluso, perdería su empleo, pero no podía quedarse callada... De pronto, se sintió más tranquila. ¿Y si todas eran figuraciones suyas? ¿Y si causaba una tormenta en el INAH sólo por fantasear con los escritos de un perturbado mental? Quizá debía contárselo antes a Gamio. Él sabría aconsejarla, y le ayudaría a acomodar la maraña de sus pensamientos...

Escuchó que la puerta de la entrada se abría. Su esposo había regresado más temprano de lo habitual, y eso la tranquilizó de algún modo, aunque sabía que no podía contarle nada. Elisa salió de la cocina y se encontró con Yólotl, que aguardaba al pie de las escaleras. Al principio le molestó su presencia, de la manera en que es incómodo encontrarse con un amante al que ya no se quiere cerca, pero después esa sensación dio paso al

desconcierto. “¿Cómo le hizo para entrar?”, pensó. Y, sobre todo, ¿por qué entró sin tocar, como un ladrón? De pronto Elisa comprendió todo. Los acontecimientos de los últimos días encajaron con una lógica tan inesperada como irrefutable. La revelación tuvo tal fuerza que quedó paralizada. Quiso gritar, pero su boca estaba congelada en una mueca de espanto. Yólotl se puso el dedo índice en la boca y le indicó que guardara silencio. Después se aproximó lentamente hacia ella, con sigilo y elegancia, como lo haría una pantera con su presa. Cuando la tuvo enfrente, sacó de la bolsa de su chamarra un pañuelo empapado con cloroformo y se lo colocó en el rostro.

OceanofPDF.com

CUARTA PARTE
TAMBIÉN TODA SANGRE LLEGA

¡DESAPARECIDA!

La Prensa, viernes 9 de septiembre de 2011

Extracto de nota

Elisa Matos, arqueóloga del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que labora en el proyecto del Templo Mayor en el Centro Histórico de la ciudad, desapareció hace tres días en la colonia Roma, donde se encuentra su hogar.

El principal sospechoso de este aparente secuestro es Yólotl Rodríguez, compañero de trabajo de la hoy desaparecida, quien no se ha presentado en su oficina durante el mismo lapso, ni se ha reportado con sus jefes para explicar el motivo de su ausencia. Actualmente, la policía se coordina con autoridades del INAH para localizar el domicilio de Rodríguez, pues al parecer vive en pequeños cuartos de azotea de los que se muda constantemente.

Según trascendió, también se presume que Yólotl Rodríguez es el autor de los crímenes del llamado Asesino ritual, que han mantenido en vilo a las autoridades y a los habitantes de la ciudad durante las últimas semanas. El policía judicial Jorge Mondragón declaró al respecto que “sin duda es un sospechoso firme, y por otra parte es el único que tenemos”.

OceanofPDF.com

Mondragón lo esperaba afuera de las oficinas del *Semanario Sensacional*. Le aseguró que venía en son de paz y que, para demostrárselo, lo invitaba a almorzar. El apetito de Casasola se había esfumado desde la desaparición de Elisa, pero aceptó. A esas alturas, no tenía nada que perder. Subió al auto del policía y éste lo llevó al Mercado Juárez. Pasaron junto a los carniceros que afilaban sus cuchillos rodeados de moscas, y se sentaron en un changarro de caldos de gallina. Casasola sólo pidió una coca cola. No había dormido bien y necesitaba algo que lo estimulara. Por su parte, Mondragón ordenó un caldo con media pechuga y un huevo duro; lo atiborró de cebolla, cilantro y chile de árbol, y le asestó varias cucharadas sin importarle que estuviera hirviendo. Casasola notó que el policía se veía relajado, a diferencia de su encuentro anterior, y pensó que le gustaría saber por qué.

Mientras Mondragón se embutía la segunda tortilla como si fuera una galleta, Casasola dijo, en tono irónico:

–Qué duro es vivir...

El policía despegó la vista de su caldo y lo miró con extrañeza, como si por un momento hubiera olvidado que estaba acompañado. Terminó de masticar, y dijo:

–Si no fuera por estos momentos y los días de paga... –hizo una pausa y cogió su tercera tortilla–. Además, estar bien alimentado es clave para pensar con claridad y tomar decisiones acertadas. ¿A poco tú te puedes concentrar cuando tienes hambre? Yo hasta de mal humor me pongo...

–Me pasa lo mismo. Detesto a las personas que, cuando estás en un restaurante y te ven comer con buen diente, hacen el típico comentario absurdo de: “Tenías hambre” o “Aliméntateee”.

–¿A qué van esas personas a los restaurantes? ¿A tejer chambritas?

–Las más desagradables son aquellas que piden quesadillas. Carajo, ésas te las puedes hacer en tu casa.

–Las quesadillas son para anoréxicos. Los mejores platillos son los que combinan caldo, carne, arroz y verduras. Como éste...

–De acuerdo. Soy fanático del mole de olla y el pozole, aunque en el trabajo me la paso comiendo pizzas. Por cierto, ya me dio hambre...

Casasola pidió un caldo con muslo.

–¿Ves? –dijo Mondragón, mientras le daba una palmada en la espalda– Ya nos estamos entendiendo.

–Hay un escritor brasileño que se llama Rubem Fonseca –dijo Casasola mientras cogía el tortillero–. Él afirma que no hay nada mejor que hablar de comida mientras se está comiendo. Deberías leerlo, sus historias están repletas de crímenes. Te gustaría...

Mondragón se reclinó en su asiento y se pasó una servilleta por la frente sudorosa.

–Me gustaría seguir hablando de comida y literatura, pero hay otra cosa de la que tenemos que hablar.

–¿La desaparición de Elisa? No pensarás que yo...

Mondragón lo detuvo con un gesto de la mano.

–Para nada. Lo que quiero decirte es que debemos unir esfuerzos. Tú eres un buen periodista, y yo un buen policía. Juntos podemos atrapar al asesino antes de que cometa más crímenes...

–¿Unir esfuerzos? ¿A qué te refieres?

–Por ejemplo, si me hubieras proporcionado el cuaderno del asesino antes de publicar el reportaje, las cosas serían muy diferentes ahora. Pero a ustedes los periodistas los pierde la obsesión por la exclusiva.

–¿Qué propones?

–Que me hagas saber cualquier información que tengas al momento. Si logro atraparlo, después te pasaré otras exclusivas. Es más, hasta te dejaré entrevistar al asesino...

Casasola probó su caldo y se sintió reanimado. Después estrechó la mano que Mondragón le ofrecía, y dijo:

–Trato hecho.

Saviñón cerró el engargolado que contenía la copia del cuaderno del Asesino ritual, y se lo devolvió al Griego, quien se encontraba del otro lado del escritorio, mirándolo con expectación. Se reclinó en su silla y se quedó pensativo. Luego se quitó sus lentes de fondo de botella y les pasó una tela que sacó del primer cajón. Los limpió minuciosamente, poniéndolos a contraluz en repetidas ocasiones hasta que quedó satisfecho. Se los volvió a colocar, recuperando esa expresión de animal que acecha desde lo profundo de su madriguera, y finalmente dijo:

–El principal problema es que nunca asumiste tu retiro. En lugar de quedarte tranquilo en casa, disfrutando de tu pensión, te involucraste en el caso de la Asesina de los moteles, y terminaste aquí, encerrado con los locos. Ahora estás obsesionado con el Asesino ritual y su montaje prehispánico. ¿A dónde quieres llegar con todo esto?

–Sólo quiero ayudar –el Griego tomó el cuaderno y comenzó a hojearlo–. No vine a tu oficina a que me psicoanalices; te pedí tu opinión sobre lo que está escrito aquí.

Saviñón meneó la cabeza de un lado a otro y sonrió con resignación.

–Es un asunto complejo –dijo–. El Asesino ritual sufre delirios de grandeza, pero también delirios literales: cree que es un elegido y que los dioses le hablan. Podría tratarse de un esquizofrénico... Sin embargo, su escritura es

lúcida, y por lo que veo en las noticias, sus actos poseen una coherencia desconcertante. Quizá sea un psicópata.

–Tú lo sabes mejor que yo –intervino el Griego–: existen los *asesinos organizados*, aquellos que planifican minuciosamente sus actos, son sociales y simpáticos. La gente los aprecia, hasta que se entera en la televisión que su vecino es en realidad un monstruo. Y aun así, cuentan con la simpatía de muchos durante sus juicios, sobre todo de las mujeres... Lo que quiero saber es qué hay de singular en este sujeto.

Saviñón se quitó nuevamente los lentes y mordió una de las patas. Sin quitársela de la boca, dijo:

–Los asesinos seriales desean, en el fondo, ser atrapados. Que alguien les ponga un alto y que los juzgue por sus actos. Por eso se comunican con la policía o envían acertijos a la prensa. Sin embargo, prolongan el juego, porque matar les causa placer, y muchas de las pistas que proporcionan son ambiguas o falsas. Pero en este caso, el Asesino ritual no quiere ser detenido, porque tiene una misión que cumplir. Me parece que estaba escribiendo este cuaderno con la intención de dejar plasmados sus motivos, una especie de testamento para un lector hipotético. No tenía previsto perder este preciado objeto...

–¿Y eso qué quiere decir?

–Que también es una bitácora de sus planes. Fíjate en la última página escrita. Creo que ahí hay una clave sobre el último presagio. Lo estaba planeando cuando se lo quitaron.

El Griego pasó las páginas hasta que encontró el texto. Decía:

Todo empezó en el 13 Conejo.

Y todo terminará a los pies

de quien porta el 12 Conejo.

–Esto es incomprensible –reclamó.

–Lo es para nosotros. Pero te aseguro que señala un lugar.

Saviñón se puso de pie y le mostró al Griego la puerta de salida.

–Es todo lo que puedo hacer por ti. Ahora vete: tengo muchos papeles por firmar.

OceanofPDF.com

Al salir de la casa de Luján, el Brujo notó algo distinto en el aire. Una pulsación que lo hizo mirar hacia la izquierda. Del otro lado de la calle, bajo la fronda de un viejo álamo, aguardaba un sujeto alto, enfundado en unos pants grises. Llevaba la capucha de la sudadera sobre la cabeza y las manos metidas en las bolsas laterales. De inmediato supo quién era. Se dio cuenta de que el guardia de seguridad apostado en la puerta comenzaba a ponerse nervioso, y hablaba por el intercomunicador situado en su oreja, así que le hizo una seña con la mano para tranquilizarlo. Después cruzó la calle y habló con el Rebelde.

–Al fin nos encontramos –le dijo, ofreciéndole la mano. El Rebelde dudó en estrechársela, así que lo apuró–: es mejor fingir que nos conocemos, si no te echarán de aquí.

El Rebelde sacó su enorme mano y le apretó la suya. El Brujo sintió una poderosa descarga de energía, y le correspondió con otro tanto. Se miraron a los ojos mientras las manos se agitaban. El saludo duró lo suficiente para que ambos se reconocieran y midieran sus fuerzas.

–Acompáñame –le dijo–. Lo más prudente es que hablemos en otro lugar.

Caminaron hasta un parque cercano y se sentaron en una banca. El Brujo sacó un paquete de cigarros y le ofreció uno. Fumaron un rato en silencio antes de iniciar la conversación.

–Los dioses me dijeron que debía buscarte –dijo Yólotl, rompiendo el silencio–. Que tú me ayudarías a completar mi misión.

–Dos extraños conectados por el mundo invisible... Estuve en el subterráneo y comprendí tu propósito. Quiero que sepas que lo respaldo.

Yólotl lo observó mientras asimilaba la información, y su instinto le confirmaba que podía confiar en él. Después dijo:

–Falta un último acto. Pero es el más difícil de realizar. Debo llevar a la víctima a un lugar público y sacrificarla ahí.

El Brujo le dio una última calada a su cigarro y apagó la colilla en la suela de sus huaraches.

–Entiendo. Lo que necesitas es controlar su voluntad. Hacer que camine dormida. Conozco un brebaje. Dame tres días para prepararlo y regresa por él.

Yólotl alzó la cabeza, miró las copas de los árboles y al sol que se filtraba entre ellas.

–Esto es un trueque –dijo–. ¿Qué me pedirás a cambio?

El Brujo guardó la colilla apagada en la bolsa de su guayabera. Jamás contaminaba la tierra con algo que no se reintegrara a ella.

–Sin duda tendrás que retribuirme –dijo–. Pero no aún.

Se puso de pie, recolectó las hojas que se habían adherido a sus pantalones de manta, y las depositó en la tierra. Después agregó:

–Todo tiene un tiempo y un lugar.

A su alrededor todo era penumbra. Elisa yacía sobre una pequeña cama, con las manos atadas a los barrotes. Tenía la boca tapada con varias capas de cinta canela, que daban vuelta por detrás de su cabeza. Sus ojos estaban descubiertos, pero no le servían de mucho: lo único que alcanzaba a distinguir era el contorno de sus pies al otro extremo de la cama. Al fondo, en el ángulo superior derecho del lugar en el que se encontraba, se colaba una pequeña mancha de luz. Provenía de una ventana rectangular, tapada con cartón; éste se había desprendido un poco de una de las puntas, permitiendo esa minúscula estrella, que a Elisa le recordó las que se formaban en las antiguas televisiones de bulbos cuando se apagaban. A través de esa ventana llegaban también los ruidos de la calle: el rumor del tráfico y el paso apresurado de la gente, por lo que dedujo que estaba

cautiva en un sótano. Se quedó viendo la mancha de luz, y tuvo una imagen de sí misma cuando era niña, hincada en el cuarto de la televisión frente al enorme aparato. Tendría siete u ocho años y le encantaba hacer ese ritual: apagar el televisor y permanecer pegada a la pantalla, esperando el momento en que la estrella se apagaba definitivamente. A veces ponía el dedo índice sobre la mancha de luz, pedía un deseo y lo quitaba tras unos segundos. Si al retirarlo la estrella continuaba ahí, se le concedería; si ocurría lo contrario, lo daba por perdido. Elisa se sorprendió de recuperar aquel recuerdo largamente olvidado, y se preguntó si no sería señal de que iba a morir. No guardaba la esperanza de conmover a Yólotl; conocía su determinación, y ahora que se había dado cuenta de quién era en realidad, sabía que no se detendría ante las súplicas de una amante. Una amante que, además, le acababa de anunciar el fin de su relación. Sin embargo, aquello no se trataba de una venganza pasional; si se redujera a eso, tal vez tendría una oportunidad. No: ella era un eslabón más en un plan largamente elaborado, al que fue atraída con la precisión de una mente fría y calculadora. A menos que ocurriera un milagro, salvaría el pellejo, pero a sus casi cuarenta años de edad, Elisa sabía que los milagros no existían. Extrañamente, no sentía miedo, sino una profunda tristeza. Su matrimonio era un fiasco y no tuvo hijos, aunque por otra parte se convirtió en una profesional exitosa. ¿Desperdició su vida en banalidades y dejó a un lado lo esencial? Quizá. ¿Y si tuviera otra oportunidad, lo haría entonces todo bien? No te engañes, se dijo. No habrá segunda vuelta. Y no supliques. Lo único que te queda es morir con dignidad. Entonces comprendió: la vida transcurre entre equivocaciones y cuando uno se da cuenta de sus errores, ya no hay marcha atrás. Las revelaciones siempre llegan demasiado tarde. Pensó en la extraña metáfora de su destino final: pasó buena parte de su existencia tratando de rescatar el pasado, y ahora su muerte, según la lógica de Yólotl, contribuiría a traer de vuelta aquel mundo extinto. Si fuera verdad, le quedaría un consuelo. No era mala idea que los antiguos dioses regresaran y mandaran a la mierda todo lo que se construyó en su ausencia. Pero tan sólo se trataba de las fantasías de una mente enferma, y lo peor era que ella misma contribuyó a exacerbar esos delirios. En pocas palabras, había cavado su propia tumba. Pero los arqueólogos debían abrir tumbas, no cavarlas, y ahí residía la dolorosa broma detrás de su muerte... Se quedó mirando la mancha de luz hasta que se hizo de noche. Cuando la estrella se extinguió, Elisa quiso, más que nunca, volver a ser la niña frente al

televisor. La niña que podía pedir un deseo. Y, como era imposible, lloró en la oscuridad por ese último deseo perdido.

OceanofPDF.com

Saviñón entró a la celda cargando una pila de libros y la depositó sobre la mesa. El Griego cerró la puerta, se aproximó y comenzó a revisar los volúmenes con expectación. El director del hospital psiquiátrico se le quedó mirando con curiosidad, como si en realidad tuviera frente a él a un niño que abre los regalos de navidad. Luego, sacó un pequeño pañuelo de la bolsa de su saco y mientras limpiaba obsesivamente los gruesos cristales de sus lentes, le dijo:

—Son todos los que me pediste. No fue fácil conseguirlos, algunos ya están agotados. Me tuve que dar una vuelta al tianguis del Chopo y a la ENAH: ahí siempre hay sujetos que venden este tipo de libros. ¿Me puedo sentar?

El Griego tomó conciencia de su visitante durante unos segundos. Le dirigió una rápida mirada, y dijo:

—Por supuesto —y, mientras volvía a sumergirse en los libros, agregó—: estás en tu manicomio.

Saviñón se sentó. Sacó un pañuelo más grande de la bolsa de su camisa para secarse el sudor de la frente.

—¿Sabes? A veces pienso que ya estoy muy grande para dirigir el hospital psiquiátrico, y que debería jubilarme. Los locos son tan interesantes como agotadores. Pero lo que más me cansa es la burocracia: tanto papeleo e informes. Si recibiera un peso cada vez que estampo mi firma en un memorándum, a estas alturas sería millonario.

El Griego tomó un libro sobre dioses aztecas, y dijo:

—Me parece oportuno que te jubiles. No hay mal que dure cien años, y tú estás a punto de cumplirlos. Además, te puedes venir a vivir a la celda de al lado: soy un buen vecino.

—Estás loco.

–Sin duda. Y tú también.

Saviñón se recargó en la pared y estiró las piernas.

–Bueno, pero no hablemos de mi locura, que es menos interesante que la tuya. ¿Qué buscas en esos libros?

–Creo que ya lo sabes. Tú mismo me señalaste la clave en el cuaderno del asesino.

–Carajo, ése es el problema: que los psiquiatras, lejos de apaciguar las obsesiones de nuestros pacientes, somos los primeros en alimentarlas.

El Griego terminó de revisar los libros y comenzó a separarlos por temáticas.

–Bueno –dijo–, al menos me tienes leyendo libros sobre historia prehispánica, y no matando a tus internos.

Saviñón se quitó los lentes, comprobó que seguían limpios, y se los volvió a acomodar.

–Alguna razón muy poderosa habrás tenido para matar a Taboada, pero nunca quisiste contármela.

El Griego dejó al fin los libros y se sentó en la otra silla. Le obsequió una sonrisa a Saviñón, y luego dijo:

–¿Para qué? Me hubieras encerrado en el pabellón de locos peligrosos.

Santoyo estaba inclinado sobre un altero de papeles en su escritorio. Tenía una calculadora bajo los dedos de la mano derecha, y su mirada pasaba constantemente de las facturas al aparato. Conforme iba haciendo cuentas, algunas imprecaciones salían de su boca. Cuando terminó, se reclinó en la silla, lanzó un largo suspiro, y se dirigió a Casasola, que se encontraba detrás de su computadora.

–Las ventas del último número fueron buenas, pero apenas alcanza para salir de deudas. Si logramos la entrevista exclusiva con el Asesino ritual, como te prometió Mondragón, tendremos el impulso final para entrar en franca recuperación, y quizá entonces podamos intentar convertirnos en diario...

Casasola llevaba una hora con la mirada clavada en el monitor, sin lograr concentrarse. Santoyo le aconsejó que, mientras no hubiera novedades respecto a Elisa, se pusiera a terminar el reportaje sobre los indigentes, “como una medida terapéutica”, pero no había conseguido avanzar ni una sola línea. Se sentía sin energía y sin voluntad de hacer otra cosa que no fuera pensar en ella. Tampoco quería pelearse, pero el comentario de su jefe lo exacerbó.

–¿En verdad todo se reduce al dinero? –dijo, levantando la voz–. Ni siquiera han capturado al Asesino ritual, y usted ya está pensando cómo se lo va a gastar –se puso de pie abruptamente, tomó su chamarra que colgaba del respaldo de la silla, y en un arrebato agregó–: renuncio. Me caga este trabajo.

Mientras se encaminaba a la puerta, Santoyo abrió un cajón de su escritorio, y extrajo una botella de mezcal.

–Tranquilo, hijo. Lo que necesitamos es beber un poco de esto y relajarnos –y, agitando la botella en el aire, agregó–: siempre la tengo aquí para las emergencias.

Casasola ya había puesto la mano en el pomo de la puerta, pero se detuvo. Colocó las manos en la cintura e inclinó la cabeza. Permaneció así algunos segundos, mientras se tranquilizaba, y después se dio la media vuelta y se sentó frente a Santoyo. El viejo sonrió complacido, llenó dos caballitos que también extrajo del cajón, y le pasó uno.

–Siempre he creído en el poder de las palabras –dijo–. Muchos de nuestros problemas derivan de malentendidos. Cuando algo nos molesta, hay que identificarlo con precisión, y para eso las palabras nos ayudan.

Casasola dio un trago a su caballito.

–¿A qué se refiere? –preguntó, mientras sentía el latigazo del mezcal en su cuerpo. No estaba mal, pero él prefería la cerveza.

–A que esta conversación no debe girar en torno a la ética periodística, sino en torno a las mujeres. De ahí proviene tu malestar.

Santoyo vació su caballito de un solo trago y se sirvió más. El viejo tenía la garganta bien curtida.

–Tú te divorciaste, y aún intentas encajar ese duro golpe –continuó–. Por decirlo de algún modo, te cambiaron el guión de la película, y ni siquiera sabes por qué. Y ahora estás cometiendo el típico error del despedido: quieres encontrar el reemplazo lo más pronto posible, en lugar de comprender que estás en una época de... *casting*, para seguir utilizando la metáfora cinematográfica. Mi consejo es muy sencillo: no te obsesiones con la primera mujer que se cruza en tu camino.

–Elisa es especial, usted no la conoce.

–*Todas* lo son. Ése es mi punto. Y sin duda, habrá alguna con la que preferirás quedarte. Pero, ¿cómo puedes saberlo si no has estado antes con otras? Lo que sientes por Elisa no es amor: es obsesión.

Casasola se apresuró a terminar su trago, y le extendió el caballito a Santoyo para que se lo rellenara.

–¿Cómo puede estar tan seguro? –preguntó.

–¿Ya se acostaron?

–No.

–Entonces me equivoqué: lo tuyo no es obsesión, sino estupidez. Pensé que eras más listo, hijo.

Casasola quiso imitar a su jefe e intentó beberse el mezcal de un solo trago, pero se quedó a la mitad.

–No me está ayudando –dijo, mientras sentía cómo una bola de fuego bajaba por su esófago.

Santoyo se inclinó y apoyó los brazos sobre el escritorio.

–Mira –dijo, en tono condescendiente–. Todos deseamos que Elisa aparezca, y que aparezca con bien. Pero prométeme una cosa: cuando eso suceda, te la llevarás directo a tu cama. Y entonces hablaremos de obsesiones.

Casasola meditó su respuesta. Pasó el borde del caballito por sus labios, y al fin dijo:

–Prometido. Pero estoy en desacuerdo con usted respecto a las obsesiones. A veces, las fantasías más poderosas, en particular las amorosas, se fundan en lo intangible. En aquello que no puedes poseer y que por lo tanto no te brinda sosiego.

Santoyo volvió a servirse más mezcal. Antes de hablar, observó la transparencia de la bebida, como si contuviera una verdad ancestral.

–Estás completamente jodido –dijo, clavando la mirada en Casasola.

–¿Por qué?

–Porque eres un romántico. Y en este mundo, a los románticos se los lleva la chingada.

El Brujo abrió los ojos en la oscuridad. El efecto de los hongos había pasado. Tenía hambre y sed, pero permaneció en el cuarto de los ritos algunos minutos más, mientras reflexionaba sobre la visión que acababa de tener. Ideó un plan a seguir y al final agradeció a los espíritus que lo previnieran sobre sus enemigos. Después se dirigió a la cocina, donde una de las cocineras de Luján le preparó unas enfrijoladas y le sirvió un vaso con agua de jamaica. Seguía pensativo; no conversó con las empleadas, como era su costumbre. La decisión que había tomado implicaba ciertos riesgos, pero se encontraba muy cerca de su objetivo; no podía titubear. En tan sólo unas horas el *Códice* estaría en su poder, y entonces ya no tendría nada de qué preocuparse.

Minutos después, el Brujo se retiró a su habitación. Se sentó en el escritorio, redactó una serie de instrucciones en una hoja de papel bond y la metió en un sobre. Luego se levantó y fue hacia el estante en el que reposaban diversos frascos etiquetados. Tomó uno que era más pequeño que el resto, lo guardó junto con el sobre en su morral, y salió de la casa. Afuera estaba el guardia de seguridad. Ambos se miraron con suspicacia y se saludaron con una inclinación de la cabeza. El Brujo se dirigió al parque cercano, donde lo aguardaba Yólotl. Primero sacó el frasco, y se lo entregó. Contenía varias hierbas sumergidas en un líquido amarillento.

–Ten cuidado –le dijo el Brujo–. No es tan inofensivo como parece. Ponlo a hervir y haz que la víctima se beba una taza, pero sólo eso, porque de lo contrario la matarás antes de tiempo.

Yólotl asintió.

–¿Cuánto dura el efecto? –preguntó.

–Depende del organismo de la persona. Por lo general, de cuatro a cinco horas. Pero te puedes guiar por una cosa: la víctima sudará todo el tiempo. Cuando deje de hacerlo, se habrá acabado el efecto.

Yólotl guardó el frasco en una de las bolsas de su sudadera.

–¿Qué debo hacer a cambio?

El Brujo sacó el sobre y se lo extendió.

–Aquí están todas las indicaciones. Te pido que le des prioridad. Después podrás continuar con tus asuntos.

Yólotl tomó el sobre y miró al Brujo a los ojos.

–Nos volveremos a ver, ¿cierto?

El Brujo le sonrió.

–Pase lo que pase, ten por seguro que así será.

La labor estaba casi terminada. Todas las cajas de embalaje procedentes de la Biblioteca Vaticana habían sido abiertas y revisadas. Todas, excepto una. La más importante. La arqueóloga Julieta Arroyo le indicó con un movimiento de cabeza a Clementino Domínguez, el encargado de la bodega de tránsito del Museo de Antropología, que la abriera. Cuando la tapa fue retirada, Julieta o pudo evitar sentir un estremecimiento. Se colocó unos guantes de látex y tomó el *Códice Borgia* entre sus manos. Le retiró la cubierta protectora, con la emoción a flor de piel, y pensó en la importancia de que ese libro prehispánico volviera al país, aunque fuera por una corta temporada. Tras revisar que todo estaba en orden, regresó el códice a la caja, se quitó los guantes e hizo unas anotaciones en la hoja de registro. “¿Cómo le hizo mi jefe para conseguirlo?”, pensó. “¿Con quién se alió?” En ese momento, como si lo hubiera invocado con el pensamiento, su jefe entró en la bodega. Venía acompañado por un hombre a quien Julieta reconoció. Era Luján, ex presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Jefe de Gobierno con licencia y ahora candidato la Presidencia de la República. Julieta sonrió por dentro: la respuesta a su pregunta había llegado más pronto de lo que imaginaba.

Clementino se disponía a cerrar la caja, pero el jefe lo detuvo.

–Un momento, por favor –dijo–. Queremos ver el *Códice* de cerca, antes de la exposición.

Se colocó los guantes de látex y después, dirigiéndose a Julieta y Clementino, agregó:

–¿Podrían dejarnos solos un momento?

Ambos asintieron y abandonaron la bodega. Julieta no se extrañó. Conocía bien a su jefe y a los burócratas de la cultura. Solían hacer sus enjuagues mientras contemplaban obras de arte, como si eso los envileciera menos. Seguramente su jefe necesitaba un favor de Luján y aprovecharía ese momento para pedirselo. Sin embargo, notó el desconcierto en el rostro de Clementino. Lo tomó de un codo y, aproximándose a su oído, le dijo en tono de complicidad:

–Es mejor dejarlos con sus grillas. Vamos por un café.

Dentro de la bodega, el jefe tomó el código y lo sostuvo en las manos, al tiempo que Luján sacaba el facsimilar de su portafolio y lo metía en la caja de embalaje. Luego, con un movimiento delicado, el jefe introdujo el código original en el portafolio de Luján. Mientras se quitaba los guantes, miró hacia la cámara de seguridad, colocada en una esquina del techo. Sabía muy bien que no funcionaba. Desde hacía dos años se tenía que haber cambiado, pero la falta de presupuesto lo impidió. “Bendita burocracia”, pensó. Y después condujo a Luján a la puerta de salida.

El sonido del fax al accionarse lo distrajo de sus pensamientos. Al Ministro le gustaba seguir utilizando la vieja tecnología: lo hacía sentirse en la época en la que su influencia era aún más poderosa. Mientras esperaba a que el aparato acabara de escupir el papel, se puso a observar las nubes a través de los cristales rotos de su oficina. Se veían oscuras y cargadas de presagios. La lluvia le agradaba, era un ruido de fondo que le hacía compañía, pero las tormentas le incomodaban. Sobre todo porque en medio de los truenos, su voz robótica no podía hacerse escuchar. Arrancó el papel y observó la imagen que contenía: era una fotografía del Brujo, afuera de la casa de Luján. Conversaba con un misterioso personaje, que ocultaba su rostro bajo una capucha. Nunca le había simpatizado aquel sujeto lleno de

supercherías, y le parecía una influencia nefasta para Luján. Él jamás se apoyó en tales estupideces cuando ocupó cargos importantes en el gobierno, sino que acudió a su agudo instinto y a sus cualidades analíticas para tomar las decisiones importantes. Ahora los políticos consultaban hechiceros hasta para saber qué corbata utilizar. Tenía que quitar a ese charlatán de en medio. Luján representaba su principal inversión, y no iba a permitir que un indio ignorante estropeará el camino de su protegido a la presidencia. Sabía que el Brujo estaba detrás del absurdo empeño de Luján por traer el mentado *Códice* al país. Una distracción tan innecesaria como riesgosa. El Ministro se había visto obligado a intervenir para que la transacción se concretara, pero era el último capricho que toleraría. La campaña de Luján entraría en una fase clave y era momento de poner fin a las supersticiones. La política debía ser más fría y calculadora...

La lluvia comenzó a caer, y pronto se convirtió en tormenta. Algunos rayos aparecieron en el horizonte, como patas de un insecto colosal. El Ministro decidió dar la orden de inmediato. Levantó el auricular y marcó un número de teléfono. Después tomó su aparato y se lo colocó en el cuello. En ese momento, una sombra apareció en el umbral de la puerta. Si no hubiera sido por el potente trueno que estalló junto a la ventana, la persona que contestó al otro lado de la línea hubiera escuchado a la voz robótica del Ministro suplicar “auxilio”.

Luján le entregó la caja y lo dejó solo, pues tenía una importante reunión que atender. Era de cartón y medía veintisiete centímetros de ancho por treinta de largo. El Brujo cerró la puerta de su cuarto, puso el seguro y se sentó en el escritorio. Abrió la caja, extrajo su contenido y le retiró la cubierta protectora con pulso tembloroso. El *Códice Borgia* había sido sustituido y ahora tenía en sus manos el original. En cuanto lo tocó, sintió una fuerte corriente de energía que recorrió su cuerpo. Observó la tapa y comprobó que en la esquina superior derecha tenía una pequeña etiqueta en forma de sello de correos con la siguiente inscripción: MUS. BORG. P. F. MESSICANO. El código se desplegaba en forma de biombo, pero era muy largo y no contaba con el espacio suficiente, así que fue pasando las páginas una a una sin desdoblarlas. Vio huellas de quemaduras en las primeras páginas, pero eran mínimas. Aquel libro mágico había sobrevivido en buen

estado por más de setecientos años, y ahora retornaba a su lugar de origen, donde se podía explotar su poder. El Brujo vio los signos de los días y los dioses que los regían; los rituales y los símbolos que guiaban a los adivinos; el sacrificio por decapitación y sus efectos místicos; el viaje de Venus a través del inframundo; los diferentes infiernos y cielos, y lo que más le interesaba: los Nueve Señores de la Noche. Fue haciendo sus propias anotaciones en un cuaderno, y ajustó algunas de las interpretaciones de los estudios que había leído. Pasó varias horas absorto en el *Códice*, sin prestar atención a la tormenta que se había desatado, y sólo se dio cuenta de que anocheció porque una de las empleadas tocó a la puerta para preguntarle si quería cenar. El Brujo dijo que no. Tenía planes más trascendentes. Comería hongos, se encerraría en el cuarto de los rituales junto con el libro mágico, y conjuraría el futuro por primera vez.

El Ministro dejó caer el teléfono y se puso de pie. Si iba a negociar con aquel hombre, no lo haría desde una posición de inferioridad. Sabía que venía a matarlo, pero le extrañó ver en su mano un cuchillo de obsidiana. Hubiera esperado una pistola, un puñal de acero, incluso una soga: había tantos métodos para eliminar a una persona como motivos para asesinarla. Sin embargo, aquella extraña arma parecía fuera de contexto, y eso le dio más miedo. Una bala sería rápida y certera, pero el filo irregular de la obsidiana presagiaba una muerte lenta y dolorosa. ¿Estaría soñando? A veces, el Ministro tenía sueños en los que alguna de las muchas personas que había mandado desaparecer volvía de entre los muertos para vengarse. Pesadillas de las que despertaba sudoroso, con una opresión en el pecho, buscando desesperado su aparato para ponérselo en el cuello y poder soltar el alarido que traía atorado. Miró la tormenta del otro lado de la ventana, la textura de las nubes y el resplandor de los rayos; todo era dolorosamente real.

El Ministro se armó de valor y dijo:

—Tranquilo. No tienes por qué hacerlo. Lo que te hayan ofrecido, yo te puedo dar el doble. Soy una persona muy...

No pudo continuar. Yólotl se abalanzó sobre él y le arrebató el aparato. El Ministro quiso suplicar, pero de su agujero sólo salió un borboteo pestilente. Yólotl lo empujó contra la pared y le abrió la camisa con las manos. Los botones salieron volando y cayeron al suelo; el Ministro siguió su recorrido con la mirada, como si su desprendimiento se hubiera debido a un lamentable accidente. Yólotl rezó en náhuatl y alzó el arma. Cuando el cuchillo se clavó en su pecho, el Ministro alzó la cabeza y abrió grande la boca.

Pero de su garganta no salió ningún grito.

OceanofPDF.com

Casasola se revolvió entre las sábanas, insomne. La angustia y la impotencia se habían apoderado de él, impidiéndole pensar con claridad. Afuera, la tormenta no hacía más que empeorar su estado de ánimo. Se sentía completamente inútil, incapaz de ayudar a Elisa, y al mismo tiempo se culpaba por haber vuelto su situación más vulnerable. Nunca debió mostrarle el cuaderno del asesino. De hecho, en algún momento, ella se había rehusado a conocer más información al respecto. Pero, sobre todo, tenía el remordimiento de no haber entregado esa prueba clave a la policía en cuanto estuvo en sus manos. ¿Cómo iba a imaginar que el asesino estaba tan cerca? ¿Cómo iba a sospechar que sería algo más que un ser sin rostro que mataba a gente extraña? Comprendió entonces la gran paradoja del periodismo policiaco: mientras uno no estuviera involucrado, se podían leer esas noticias con fría distancia, sentirse a salvo con el periódico en las manos. Porque las desgracias eran algo que siempre les ocurría a los demás. Sin embargo, en cuanto un ser querido se transformaba en protagonista, todo cambiaba. ¿Qué escribiría si Elisa aparecía brutalmente asesinada? Se dio cuenta de que ya no podría redactar una línea más sobre el caso. Y que, muy probablemente, jamás volvería a hacer nota roja.

¿Dónde estaban Verduzco y Quintana? Tenía varios días que no soñaba con ellos. Todas las noches cerraba los ojos con la esperanza de que aparecieran y le dieran alguna pista sobre el paradero de Elisa. La última vez que los vio, las cosas no habían salido bien. Recordaba aquel barco enfilando amenazante hacia ellos. Verduzco le había confesado antes que eran perseguidos por disidentes. “¿Estarán bien?”, pensó. Dudó de su propia cordura. ¿Cómo un muerto podía estar *bien* o *mal*? ¿Y si no eran más que sueños absurdos a los que él buscaba dar un significado trascendente? Si era así, entonces tendría que hacerle compañía al Griego en el hospital psiquiátrico. Casasola se estremeció en la oscuridad de su habitación. ¿De verdad era un loco más creyendo recibir noticias del más allá? Se rehusó a aceptarlo. Los mensajes de los sueños habían resultado ciertos, al menos en lo referente a los hallazgos de Tlatelolco y el Museo Nacional de Arte... Tan sólo necesitaba uno más. Una clave que indicara la localización de

Elisa. No creía en Dios, así que elevó la súplica a Verduzco y Quintana. Un último mensaje, por favor.

Por favor.

Pero esa noche no pudo dormir.

Los libros se desparramaban sobre la mesa, la cama y el suelo de la celda, abiertos en distintas páginas. El Griego iba de uno a otro, consultándolos, buscando relacionarlos con el cuaderno del asesino. Afuera, la tormenta aumentó su furia, y los truenos se escucharon como si la ciudad estuviera siendo bombardeada. Quedaba poco tiempo y aún no lograba descifrar por completo la clave escrita por el asesino. Había encontrado la referencia a la primera línea. El “13 Conejo” era la fecha en la que los españoles habían sido vistos por los indígenas a su llegada a México. Pero las dos últimas líneas, que eran las más importantes, permanecían impenetrables. “Y todo terminará a los pies/ De quien porta el 12 Conejo”... El Griego hizo una pausa, eructó y sintió cómo las agruras se abrían paso dolorosamente a través de su esófago. No había cenado, pero no tenía tiempo para eso. Miró el reloj: era la 1:05 de la madrugada. Continuó pasando las páginas de los libros, subrayando párrafos y realizando anotaciones en los costados de las hojas, con absoluta dedicación. Sin embargo, un ruido de fondo se fue metiendo en su mente, un sonido que lograba colarse entre el fragor de la tormenta. Al principio intentó ignorarlo, pero después fue imposible. Parecía un canto monótono o un lamento quizá. Aguzó el oído y se dio cuenta de que en realidad era un lamento, uno constante, producido por un grupo de personas. El Griego dejó el libro que consultaba sobre la mesa, y salió de su celda. La lluvia caía con fuerza y el viento azotaba los árboles del patio central. Se asomó por el barandal. Lo que descubrió lo dejó atónito. Ahí, bajo la tormenta y los rayos que iluminaban la noche como si fuera de día, vio a los locos reunidos en el jardín, apretados unos a otros y con las manos alzadas en una plegaria desesperada. Por un instante, el Griego creyó que imaginaba aquella escena, pero cuando vio a los custodios correr hacia ellos con paraguas y mantas en las manos, comprendió que en verdad estaba ocurriendo. Entonces se dio la vuelta, regresó a su celda, tomó el celular y marcó el número de Casasola.

–Tenemos que estar preparados –le dijo el Griego, cuando contestó. Tuvo que hacer una pausa, porque le costaba trabajo respirar–. No sé dónde, pero te juro que va a ocurrir cuando amanezca.

OceanofPDF.com

Unas manos la despertaron en la madrugada. Le quitaron la cinta de la boca, y la incorporaron sobre la cama. Débil y agotada, Elisa creyó por un momento que alguien había venido a rescatarla. Sin embargo, en cuanto su mente se aclaró, distinguió el olor penetrante de las axilas de Yólotl. Elisa quiso decir algo, pero tenía la boca seca, entumida. Sintió algo duro y caliente en sus labios, y comprendió que Yólotl le acercaba una taza. Dio el primer sorbo y tragó con dificultad. Era un té de sabor amargo que reconfortó su estómago vacío. Continuó dando pequeños sorbos hasta que se lo terminó. Después se encontró con el destello de las pupilas de Yólotl en la penumbra. Parecían las de un animal nocturno y alado que acechaba dentro de una caverna.

–Pronto todo terminará –dijo Yólotl.

Sus pupilas se agitaron, como las llamas de una vela. Elisa se les quedó mirando, hipnotizada, hasta que se fueron haciendo más pequeñas, y se alejaron hacia el fondo de un túnel. Luego desaparecieron.

Entonces Elisa quedó sumida en la más completa oscuridad.

En cuanto amaneció, Yólotl le ordenó a Elisa: “Levántate”. Ella obedeció. Tenía los ojos abiertos, pero su mirada estaba fija, como la de los ciegos. Luego le pidió que se sentara en una silla. Yólotl tomó un peine, cepilló sus cabellos, le hizo un chongo y lo sujetó con pasadores. Finalmente, le colocó un sombrero de paja y unos lentes oscuros. “Sígueme”. Subieron por las escaleras hasta una puerta. Yólotl la abrió, se echó la capucha sobre la cabeza y salieron a la calle. En las aceras había ramas de árbol caídas y basura acumulada: restos de la tormenta que cayó durante la noche. Pero el Sol ya había salido y brillaba con fuerza. Tonatiuh iniciaba su camino hacia lo alto en espera de recibir el último sacrificio.

OceanofPDF.com

Casasola llevaba media hora esperando a que Mondragón regresara. Llegó a su oficina a primera hora de la mañana, le explicó la teoría de los Presagios Funestos, y le entregó el otro juego de copias del cuaderno de Yólotl. “La va a matar hoy, pero no sé dónde”, le dijo. Mondragón realizó varias llamadas y después se encerró con su equipo en la sala de juntas. Mientras aguardaba a que la reunión terminara, Casasola se sumió en un profundo desasosiego. Estaba dando palos de ciego, confiando en la intuición y en el comportamiento cada vez más imprevisible del Griego, pero era lo único que tenía. Se reclinó en la silla y, a falta de algo mejor que hacer, se colocó la mano sobre la barba y comenzó a retorcer un puñado de vellos hasta que se le desprendieron de la piel.

Quince minutos después, Mondragón regresó. Se inclinó sobre él y le dijo en voz baja:

–¿Tienes absoluta certeza de que ocurrirá hoy? ¿Cuál es tu fuente?

–Sí –contestó Casasola, intentando no titubear–. Pero no puedo revelarla... Hace unos días me pediste que acudiera a ti antes de publicar cualquier información, y estoy cumpliendo con mi parte del trato. Si no actúas hoy – Casasola mintió–, mañana te habremos madrugado una vez más con nuestra edición especial.

Mondragón le puso una mano en el hombro.

–Por el bien de los dos, espero que no te equivoques.

Después volvió a la sala de juntas, dio algunas indicaciones, y salió acompañado por un grupo de judiciales, que se dispersó con rapidez.

–Nos vamos –le dijo–. Uno de nuestros analistas cree que intentará sacrificarla en el Museo de Antropología.

–¿Están seguros?

–Por supuesto que no: apenas hemos tenido unos minutos para revisar las copias que trajiste. Pero el analista ya conocía los fragmentos del cuaderno del asesino que publicaste en tu revista. Es nuestra apuesta más firme...

–¿Puedo ir con ustedes?

Mondragón negó con la cabeza.

–Imposible. El asesino te reconocería. Nosotros iremos disfrazados de civiles.

–¿Sabrán identificarlo?

–Tenemos su retrato. Y conozco bien a Elisa. No fallaremos: he dado la orden de que todos los elementos que trabajan en este caso se trasladen a Antropología. Si el asesino aparece, ten por seguro que lo agarraremos.

–¿Y qué hago yo mientras tanto?

Mondragón se quitó la corbata, y tomó una chamarra del perchero. Tenía el logotipo de un equipo de béisbol.

–A ti te toca la parte más jodida: esperar.

Casasola caminaba de un lado a otro en la oficina del *Semanario Sensacional*, desesperado. Santoyo sacó nuevamente la botella de mezcal para emergencias –“Al paso que vamos se acabará pronto”, pensó– y sirvió dos caballitos, pero Casasola rechazó el suyo. El viejo sí bebía y, aunque se compadecía de su joven colega, tenía la computadora encendida y las manos preparadas. Cuando llegara la hora de escribir la nota, sus dedos se desplegarían como arañas sobre el teclado para plasmar el desenlace del caso del Asesino ritual. Comprendía que Casasola no podía trabajar en medio de la presión a la que estaba sometido, así que él mismo se ofreció a redactarla.

–Siéntate y tómate un trago –le dijo–. Me estás contagiando tu nerviosismo.

Casasola lo ignoró y continuó con su ansiosa caminata. Miró el reloj de la pared y comprobó que tan sólo había pasado una hora desde que llegó a la oficina. Nunca había tenido tanta conciencia del paso del tiempo; sentía que cada segundo que transcurría se le clavaba como una aguja en el cuerpo.

Estaba a punto de aceptar el mezcal, cuando su celular sonó.

–Lo descubrí –dijo el Griego con excitación, al otro lado de la línea–. La sacrificará en el Museo del Templo Mayor.

–¿Pero qué dices? –a Casasola se le puso la piel de gallina–. La policía piensa que será en Antropología. De hecho, ya están...

–Escucha –lo interrumpió el Griego–. En el Templo Mayor está la escultura de Tlaltecuhltli, la devoradora de cuerpos. Bajo la garra de su pie izquierdo, hay una fecha esculpida: 12 Conejo. La misma que el Asesino ritual puso en su cuaderno.

–Eso es absurdo –dijo Casasola, con creciente confusión–. Él trabajaba ahí, será imposible que acceda sin que lo reconozcan.

El Griego hizo una breve pausa, y tomó aire. Luego, con la mayor convicción posible, dijo:

–Si yo fuera tú, ya estaría corriendo para allá.

OceanofPDF.com

Yólotl sabía cómo ingresar directamente al Museo del Templo Mayor sin tener que pasar por la entrada principal ni por la zona arqueológica. Llevó a Elisa del brazo por la calle de Moneda, después por Correo Mayor, y finalmente por la continuación de Guatemala. Allí había una reja de corta altura que desembocaba en el Palacio de la Autonomía y en la entrada a la colección permanente del Museo. Las puertas de los costados no tenían candado durante el día. Se dirigió a la del lado derecho; la abrió y, arrastrando a Elisa, ingresó con rapidez al Museo por una de las puertas laterales. Su misión estaba a punto de concluir y que nada se interpondría en su camino. En el vestíbulo había un recepcionista y un guardia de seguridad; ambos los reconocieron al entrar y se quedaron boquiabiertos. Yólotl no perdió tiempo: vio que la rampa que conducía a la lápida de Tlaltecuhltli estaba resguardada por dos policías encubiertos, y se dirigió a las escaleras más cercanas. El guardia del vestíbulo lanzó un grito, alertando a los policías, y los tres corrieron tras ellos. Elisa no oponía resistencia: era poco más que una muñeca de carne y hueso, sometida a la voluntad de su captor. Tenía conciencia de lo que ocurría, y de que el final se acercaba, pero su mente no se conectaba con su cuerpo. Quiso hablar, insultar a Yólotl, decirle ERES UN COBARDE HIJO DE PUTA, pero su boca no se movió. Lo único que consiguió fue que dos gruesas lágrimas escurrieran de sus ojos, y se confundieran con el sudor que empapaba su rostro.

Casasola se aferró al asiento trasero de la moto de Gerardo para no caerse. Minutos antes le llamó a su celular y le pidió que lo llevara con urgencia al Templo Mayor. El repartidor se encontraba cerca del *Semanario Sensacional*, y ahora lo conducía a su destino, esquivando coches y saltándose semáforos.

Cuando esperaba que Gerardo lo recogiera, Casasola se comunicó con Mondragón, quien ya se encontraba en el Museo de Antropología. Le dijo

que en realidad el asesino intentaría sacrificar a Elisa en el Templo Mayor, y que tenía que acudir ahí de inmediato.

–Esto no es un juego –masculló el judicial–. Ocurrirá aquí; todos mis hombres están en posición –hubo una pausa, y después agregó–: En todo caso, iré yo. Pero no te prometo nada.

Y colgó.

Ahora, Gerardo conducía la motocicleta como si quisiera suicidarse. En el Eje Central, un trolebús estuvo a punto de atropellarlos. El repartidor lo esquivó hábilmente y después aceleró a fondo por 5 de Mayo, mientras hacía sonar el claxon sin descanso.

–No te preocupes –dijo, elevando la voz para hacerse oír–. Conducir así es parte de mi trabajo.

Pasaron junto a Catedral, y luego Gerardo apretó los frenos para detenerse en la calle de Seminario. Casasola bajó de la moto y echó a correr hacia la entrada principal del Templo Mayor. El repartidor lo vio alejarse, arrancó y después se alejó con su cargamento de pizzas por las calles de la ciudad.

En el segundo piso, Yólotl enfrentó a sus perseguidores. Se ocultó tras una pared y los sorprendió cuando aparecieron en fila al borde de la escalera, encabezados por el guardia de seguridad. Le rompió la nariz de un puñetazo al primero, y luego hundió la punta de su cuchillo en el ojo del policía que venía detrás. El tercer policía esquivó la caída de su compañero y disparó su pistola, hiriendo a Yólotl en un hombro. Mientras el impacto de la bala lo hacía girar hacia la izquierda, Yólotl estiró el brazo derecho y alcanzó al policía con el filo del puñal en la garganta. Los visitantes del Museo comenzaron a dispersarse, en medio de gritos y empujones. Yólotl se llevó una mano a la herida y sintió cómo brotaba la sangre. Después se reunió con Elisa, quien esperaba detrás de una escultura con el rostro impasible, y la jaló hacia el tercer piso. “Pronto todo terminará –le susurró al oído–. Y ambos caminaremos junto al Sol por toda la eternidad”.

Casasola arrojó un billete en la taquilla y corrió hacia la entrada del Museo. Conforme se aproximaba, vio cómo algunos visitantes salían apresurados del edificio. En el vestíbulo había personas en pánico, y otras que señalaban hacia las escaleras en estado de *shock*. Casasola jaló aire y subió dando saltos en los escalones; en el segundo piso se topó con dos sujetos inertes bajo un charco de sangre, y con un guardia de seguridad semiconsciente, que le alcanzó a murmurar “arriba”. Casasola lo dejó y subió al tercer piso. Ahí los encontró. Yólotl arrastraba a Elisa hacia el barandal de piedra que miraba directamente hacia la lápida de Tlaltecuhтли.

–¡Detente! –gritó, mientras avanzaba hacia ellos.

Todo había sido tan repentino, que ni siquiera se le ocurrió conseguir algo que le sirviera como arma. Casasola enfrentaba a su rival con las manos vacías. Pero no se acobardó: sentía rabia y se arrojó sobre él sin dudar. Yólotl se giró, y lo recibió con un puñetazo en el estómago. Casasola se dobló, y cayó de rodillas, sin aire.

–Tú eres insignificante –dijo Yólotl–. Pero si insistes en detenerme, tendré que matarte.

Regresó con la arqueóloga, y le indicó que subiera al barandal de piedra. Sin embargo, el efecto de la droga estaba pasando. Elisa resistió la orden. Lo miró fijamente a los ojos. Ya no lloraba. Su expresión reflejaba coraje; logró torcer la boca y escupir las siguientes palabras: “No creo en tus ritos”. Yólotl le sonrió, reconociendo ese último gesto de valor, y después la levantó por la cintura y la colocó en el borde. Era una caída de varios metros. En ese momento, Casasola logró recuperarse, se acercó a Yólotl por detrás y le rodeó el cuello con un brazo. Apretó con toda su fuerza, decidido a estrangularlo, pero de pronto sintió que las piernas le flaqueaban y que su brazo se aflojaba. Cayó de espaldas, con un agudo dolor en el costado.

Yólotl miró cómo su cuchillo goteaba, y dijo:

–Toda sangre llega: la buscada y la no buscada, la que se ofrenda y la que se desperdicia...

Después se subió al barandal y se colocó al lado de Elisa. Abajo, Tlaltecuhlti esperaba el sacrificio, con las garras desplegadas y las fauces abiertas.

Casasola intentó levantarse, pero el dolor de la cuchillada lo tenía paralizado. Estaba a punto de desmayarse, cuando escuchó una voz familiar:

–¡Déjala ir! –gritó Mondragón. Se movía despacio hacia ellos, con la pistola en alto.

Yólotl se cubrió con el cuerpo de Elisa y le colocó el cuchillo en la garganta.

–Si das un paso más, la degüello –amenazó.

–Tranquilo –Mondragón se detuvo. Apuntaba a la cabeza del asesino; era un blanco peligroso, por la cercanía de Elisa–. Es mejor que te entregues. No tienes escapatoria: tu teatrillo se acabó.

Hubo un silencio tenso.

–¿Y quién te dijo que quiero escapar? –dijo Yólotl.

Mondragón tragó saliva.

–No hagas tonterías. Podemos negociar...

Yólotl sonrió. No fue un gesto humano: la manera en que su boca se estiró, mostrando los dientes afilados, lo hizo parecer una hiena.

–Yo sólo hablo con los dioses.

Abrazó a Elisa y se arrojó al vacío.

El mundo se detuvo por un instante. El tiempo suficiente para que la plegaria final fuera pronunciada:

Me ha dejado libre la serpiente de fuego.

Quizá desaparezca,

quizá desaparezca y me destruya yo,

la tierna planta de maíz.

Semejante a una piedra preciosa

verde es mi corazón;

pero todavía veré el oro

y me regocijaré si ha madurado,

si ha nacido el caudillo de la guerra.

Y después, el mundo continuó su marcha con un estruendo...

Mondragón gritó y se lanzó escaleras abajo. Tendido en el suelo, Casasola pudo escuchar cómo el judicial utilizaba su radio y pedía con desesperación que enviaran más ambulancias. De la planta baja provenían alaridos y llantos histéricos... El dolor en su costado era intenso. Casasola sentía como si aún tuviera encajado el cuchillo y avanzara por sus entrañas. Escupió sangre; con la poca fuerza que le quedaba, se levantó. Avanzó con paso tambaleante hacia el barandal, y se asomó al vacío. Los cuerpos de Elisa y Yólotl yacían sobre la lápida de Tlaltecuhli, descoyuntados. La sangre manaba de sus cabezas y escurría hacia la boca sedienta de la devoradora de cuerpos.

El néctar terrible del que se alimentan los dioses había alcanzado su destino final.

OceanofPDF.com

Cinco días después, Casasola se recuperaba en una cama de hospital. Había estado sedado la mayor parte del tiempo. La herida dolía; sin embargo, el principal objetivo de los doctores era mantenerlo tranquilo. Él agradeció que lo extrajeran de la realidad, y durante ese tiempo se rindió a las extrañas ensoñaciones que le producían los fármacos. Generalmente se veía de niño, en compañía de sus padres. Lo mejor era que no los soñaba muertos: aparecían como si estuvieran vivos, y jóvenes. En los pocos momentos de conciencia que tuvo, comprendió que estaba entregado a uno de los mayores misterios para un hijo: la juventud de los padres. Él solía recordarlos grandes y, sobre todo, enfermos. La convalecencia en el hospital le regaló una película antigua, fascinante, en la que, de haber podido, se hubiera quedado a vivir.

Pero ese día Casasola tenía visitas, así que estaba despierto.

–Te la has pasado drogado –dijo Santoyo, sentado a su lado en la cama–. Me temo que terminarás relegando el alcohol a segundo plano. Ahora que te recuperes, tendré que llevarte a un fumadero de opio.

La broma no hizo sonreír a Casasola. Santoyo intentó ponerse serio:

–Sabes que tienes tu lugar asegurado en el *Semanario Sensacional*. Cuando estés listo, tu escritorio te estará esperando.

Casasola desvió la mirada hacia la ventana. No había cielo: una nata gris y espesa lo ocultaba.

–No sé si quiero volver –dijo–. De hecho, no sé si pueda volver a escribir nota roja. No después de lo que pasó...

Santoyo le puso una mano en el hombro.

–Bueno, es muy pronto para saberlo. Primero tienes que sanar, y después tomarte unos días en casa. Es más: te doy una semana de vacaciones con

goce de sueldo.

Casasola sonrió por primera vez en varios días: si Santoyo le estaba ofreciendo eso, era porque en verdad lo apreciaba.

–El problema –dijo–, es que me será difícil abordar el dolor ajeno sin relacionarlo con el mío. La distancia que antes me separaba de eso se ha esfumado...

–No tienes por qué escribir de crímenes. Puedes concentrarte en los reportajes especiales. El de los indigentes aún no lo publicamos, y no creas que permitiré que se quede inédito. *Invertimos* mucho tiempo en eso como para desperdiciarlo...

Casasola pensó en los días que vivió en la calle, y le pareció que eso había ocurrido años atrás. ¿Qué sacó de todo aquello? Aún no lo sabía, pero algo le quedaba claro: los indigentes tenían una relación mucho más honesta con la urbe que el resto de la gente. La gran mayoría de los habitantes de la Ciudad de México se la pasaban quejándose de ella, y soñando con abandonarla. Vivían aislados en sus hogares y en sus colonias, en un intento por negarla. En cambio, ellos la *aceptaban*. Era su mejor regalo, porque la ciudad era su casa.

Miró a Santoyo: lo vio viejo y cansado, y temeroso de perder a su segundo reportero en pocos días. Le sonrió por segunda vez, y dijo:

–Ya veremos. Pero primero nos tenemos que alcoholizar: los fármacos me están ablandando.

Más tarde, Casasola recibió otra visita. Saviñón entró al cuarto, seguido por el Griego.

–Te lo traje sólo un momento –dijo el psiquiatra–. No vaya a ser que se acostumbre de nuevo al exterior.

Le dio un apretón en la mano a Casasola y después los dejó solos.

–Te fallé –dijo el Griego, con voz temblorosa, mientras acercaba una silla a la cama–. Averigüé todo demasiado tarde...

–No es tu culpa. Ninguno supimos verlo: yo estuve con el asesino en más de una ocasión, incluso llegué a cenar y a beber con él. La misma Elisa fue incapaz de advertirlo.

El Griego sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente sudorosa.

–Además –dijo–, casi provoqué tu muerte. Todo esto me ha convencido de que no debo salir del hospital psiquiátrico jamás.

–Tonterías. Fuiste el más coherente dentro de toda esta locura...

La visita se prolongó durante una hora, hasta que Saviñón se asomó y les indicó que el tiempo se había terminado. Cuando se despidieron, Casasola le dijo al Griego en voz baja:

–No he querido pensar mucho en ello, pero no debemos olvidar que el asesino cumplió con su cometido... ¿Cómo se han comportado los internos desde que ocurrió el último sacrificio?

El rostro del Griego ensombreció.

–Están peor que nunca –dijo, preocupado–. Saviñón los aisló a todos.

–¿Por qué? ¿Qué hacen?

El Griego se aseguró de que nadie lo escuchaba antes de responder:

–Aúllan como lobos.

¿Cómo demonios se podía sentir nostalgia ante hechos no ocurridos? Existía la añoranza por las cosas vividas. A Casasola lo ponía triste, meditabundo. Pero le gustaba. Cuando entraba en ese estado, solía servirse una copa de vino y se entregaba a los recuerdos. La nostalgia desagradable era de otro tipo, causaba dolor, angustia, y era provocada por aquello que no

pudo ser. En la soledad de su cama de hospital, mientras intentaba conciliar el sueño, Casasola pensó que era absurdo; sin embargo, eso no volvía su desasosiego menos auténtico. La muerte de Elisa lo había dejado vacío. Un lugar común, en su caso justificado: no contaba con un arsenal de recuerdos para rellenar ese hueco que dejan las personas al morir. Apenas convivieron unos días y sólo se atrevió a robarle un beso. Yólotl le hizo algo peor que clavarle un puñal: le arrebató la posibilidad de una vida con Elisa. Y ahora no tenía nada: no compartía un pasado con ella, y mucho menos podía imaginar un futuro. Era la derrota amorosa más terrible de su historia sentimental. Casasola sabía lo que eso significaba: Elisa se convertiría en un mito personal. Lo que no se concreta en la realidad, encuentra la forma de manifestarse en la mente. Le esperaban horas de fantasías con las que tendría que colmar esa frustración. Un proceso que ya había empezado: ahí, en la oscuridad de la madrugada, podía oler su perfume. Si estiraba la mano, tal vez tocaría sus cabellos.

Casasola cerró los ojos y se resignó a su destino: había buscado una mujer y ahora tenía un fantasma.

¡SECUESTRADO!

La Prensa, jueves 14 de septiembre de 2011

Extracto de nota

En un hecho insólito, un grupo de indigentes que habita en las calles del Centro Histórico de la ciudad acudió al Ministerio Público para denunciar la desaparición de unos de sus compañeros.

Según afirman los denunciantes, Virgilio Ramos fue secuestrado durante la madrugada por un grupo de encapuchados que lo subió a una camioneta por

la fuerza. Horas antes habían notado a unos hombres que los observaban de manera sospechosa, pero no le dieron importancia.

Los indigentes describieron a Virgilio como un joven alto y robusto, de tez morena y rasgos indígenas. “Tenía poco en las calles con nosotros, y no se drogaba –aseguraron–. Era un buen muchacho.” Sólo pudieron proporcionar un retrato hablado del presunto desaparecido, ya que no cuentan con ninguna fotografía.

Mientras las autoridades dudan que se haya tratado de un secuestro, los indigentes declararon que ellos no dejarán de buscar a su compañero. “Debemos estar unidos –afirmaron–. En esta ciudad, ya ni nosotros estamos seguros.”

Aquella mañana, Jiménez no quería pasar más tiempo del necesario en el Semefo. Sólo tenía que mostrar el cadáver de un ejecutado a unos judiciales para que lo identificaran, y después se apresuraría a llegar a la junta de padres de familia en la escuela de su hijo.

Nunca se imaginó que estaba a punto de vivir una de las jornadas más extrañas de su carrera como médico forense.

Entró al anfiteatro con media hora de anticipación para verificar que el cuerpo estuviera ahí, y después se puso a rellenar un formulario. Mientras deslizaba el bolígrafo sobre el papel, algo comenzó a perturbarlo: una sensación de que algo no encajaba, como cuando al analizar un rompecabezas armado uno se da cuenta de que una pieza se colocó en un sitio equivocado. Al principio intentó no darle importancia, pero conforme pasaron los minutos, comprendió que esa inquietud provenía de la plancha en la que se encontraba el cadáver del Asesino ritual, al que le había hecho la autopsia el día anterior. Jiménez no era supersticioso, y además había abierto los cuerpos de diversos criminales peligrosos como para hacerse ideas extrañas en la cabeza, pero en esta ocasión era diferente. Algo dentro de su cabeza decía “compruébalo”. Sin soltar el bloc sobre el que rellenaba el formulario, Jiménez se levantó y avanzó lentamente entre los otros cadáveres hasta el sitio en el que se encontraba el Asesino ritual. De inmediato se dio cuenta de lo que ocurría; el susto hizo que el bloc se le resbalara de las manos y cayera al suelo. Ahí, sobre la plancha, estaba el cuerpo del criminal, pero no tenía las suturas de la autopsia. Jiménez se pasó una mano temblorosa por los ojos, como si ese gesto pudiera restituir la lógica del mundo. “¿Estaré soñando?”, pensó. “Es un día complicado por la junta en el escuela de mi hijo, y seguramente aún duermo con la preocupación en la mente.” Pero Jiménez sabía que no soñaba. La intensidad de las lámparas fluorescentes del techo se lo indicaba. El color verdoso y amarillento del resto de los cuerpos, también. Todo era demasiado real. Además, estaba el olor. Jiménez solía soñar con los cadáveres que diseccionaba, algo que le sucedía desde los tiempos de la

Facultad, pero en esos sueños nunca había olor. Entonces se fijó bien y entendió. Por un momento el mundo recuperó su lógica, aunque eso, lejos de tranquilizarlo, lo inquietó aún más: el cuerpo que estaba mirando no era el del Asesino ritual. Era un hombre muy parecido, con los mismos rasgos y complexión física. Tenía una incisión superficial en el pecho, como si a la persona que sustituyó el cadáver no le hubiera dado tiempo de simular las huellas de la autopsia.

Por alguna razón que Jiménez no logró comprender, alguien se había robado el cuerpo del Asesino ritual.

OceanofPDF.com

El Brujo abrió los ojos y vio que ya no estaba solo. Los hongos habían abierto el portal: en medio de la penumbra de las veladoras y el humo del copal, distinguió las presencias de los seres a los que había convocado. Con el *Códice* en las manos, identificó sus rostros y sus atuendos, y los fue reconociendo uno a uno. Los Nueve Señores de la Noche. Todo tenía un momento y un lugar, y los acontecimientos de los últimos días confluían ahora en perfecta sincronía en el cuarto de los rituales. El poder del *Códice* era mucho más fuerte de lo que el Brujo había imaginado. Y ahora se disponía a transgredir los límites entre la vida y la muerte. El Rebelde había completado los sacrificios, y era momento de transformarlo en el Caudillo de la Guerra. Su cuerpo yacía en el centro de la habitación, cortesía de Luján. Una maniobra arriesgada, que les podría traer consecuencias posteriores, pero necesaria para la causa.

El Brujo tomó la púa de maguey y la clavó en su propia lengua. Después tomó otra y se la clavó en el sexo. Recogió la sangre en un recipiente y se la ofrendó a los dioses. Luego, muy despacio, la vertió en los labios inertes del Caudillo. De pronto, un viento antiguo, venido del Umbral entre los mundos, inundó la habitación y apagó las velas. Los ojos de los Nueve Señores de la Noche resplandecieron en la oscuridad como joyas.

Y un gemido brotó en el centro de la habitación eclipsando la muerte.

PERIODISTAS MUERTOS (V)

Cuando Casasola los vio, supo que estaba muerto. Su turno había llegado, y ahora se uniría al Consejo de Periodistas Muertos de Nota Roja. No pudo evitar sentir pena por sí mismo. Ni siquiera había alcanzado a decidir si en

vida quería seguir escribiendo sobre crímenes, y ahora se vería obligado a hacerlo por toda la eternidad.

Recargó las manos sobre la mesa circular, y se dirigió a los rostros que lo observaban en la penumbra:

–Me da gusto volver a verlos, pero no en estas circunstancias.

–No digas pendejadas –exclamó Verduzco–. Como siempre, hay poco tiempo para hablar. Y, como podrás darte cuenta, tuvimos que volver a formar parte del Consejo. La próxima sesión está a punto de comenzar, así que debemos apurarnos...

–Pero es pasajero –intervino Quintana–. Sólo mientras planeamos la próxima subversión.

–Entonces... ¿no estoy muerto? –preguntó Casasola, confundido.

–Pareces nuevo –dijo Verduzco–. Nunca respondo preguntas estúpidas.

–Hay una casa que tienes que visitar –se apresuró a decir Quintana–. Está en el Centro de la ciudad, en la calle de Cuba.

–¿La que era casa de mi abuelo?

–Correcto –dijo Verduzco–. Ahí encontrarás un manuscrito, que tienes que leer.

–Son las memorias de tu abuelo –dijo Quintana, mientras unos rayos de luz le salían de la boca y los ojos.

–Esperen –dijo Casasola, consciente de que estaba despertando–. ¿Qué encontraré en ellas?

–Razones... –alcanzó a decir Verduzco, y luego se esfumó.

Casasola despertó. Se incorporó en la cama, dirigió una mirada a su alrededor, y reconoció su habitación. Instintivamente, se llevó una mano al costado: la herida le punzaba con intensidad.

Se volvió a recostar. En la claridad de la mañana flotaba el eco de una última frase: “Las razones por las que te puedes comunicar con los muertos”.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

CIERTO TIEMPO DESPUÉS

Un crepúsculo del color de la sangre caía sobre la plancha del Zócalo. Mondragón paseaba en su día libre por la calle de Seminario. Se había comido un elote y un tlacoyo. Ahora se dirigía hacia 5 de Mayo con la intención de meterse al Café Popular y cenar unas enchiladas. Llegó frente al Monte de Piedad. Mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en rojo para cruzar la calle, se quedó mirando a los concheros que danzaban a un costado de Catedral. Como siempre, sus tambores tronaban con fuerza y rabia, inundando el aire con un sonido primitivo, ominoso. De pronto, entre los danzantes, atisbó una cara conocida. Fue sólo durante un segundo, porque en ese momento un grupo de turistas pasó frente a él, con sus enormes mochilas y sus mapas desplegados, tapándole la visión. Cuando se alejaron, aquella figura ya no estaba. Pero Mondragón sabía muy bien lo que había visto. El vello de la nuca se le erizó, porque sus miradas se cruzaron, en un gesto de reconocimiento. Lo que vio estaba enmarcado en un majestuoso penacho de plumas largas y coloridas, y mostraba unos dientes puntiagudos como cuchillos de obsidiana.

El rostro de Yólotl.

NOTA

Un autor escribe solo, pero el proceso de creación de un libro no se hace en soledad. Son muchas las personas que voluntaria o involuntariamente contribuyen de manera importante para que un libro se concrete. Reconocerlo y agradecer a los involucrados, es lo mínimo que un escritor puede hacer. En primer lugar, va todo mi amor para Talía Castillo, por su paciencia con mis manías y obsesiones, y sobre todo por abrirme los ojos al Centro Histórico. Mi agradecimiento para el personal de la Coordinación General de Servicios Periciales de la PGJDF, en especial a Diana Montero Velázquez, Lucy Sandoval Tapia y Roberto Coria Monter, quienes aclararon amablemente mis dudas; y también para a Haydé Zavala, que organizó la visita a Catedral y se encargó de que en verdad pudiéramos llegar hasta las catacumbas.

Los siguientes libros me fueron de mucha utilidad: *Las piedras negadas, Muerte al filo de obsidiana y Vida, pasión y muerte de Tenochtitlan*, de Eduardo Matos Moctezuma; *La flor letal. Economía del sacrificio azteca*, de Christian Duverger; *El pueblo del sol*, de Antonio Caso; *Tlaltecuhтли*, de Leonardo López Luján; *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, coordinado por Leonardo López Luján y Guilhem Olivier; *Códices de México*, de Nelly Gutiérrez Solana; *Visión de los vencidos*, de Miguel León-Portilla, y *El mundo de Alexander von Humboldt*, antología de textos publicada por Lunweg. Me basé en dichos libros para escribir la novela, pero cualquier error que aparezca en estas páginas es, por supuesto, responsabilidad mía.

Por otra parte, los poemas incluidos son de procedencia prehispánica y post cortesiana. Debo aclarar también que los diálogos de Sergio González Rodríguez sobre el poder ritual de la sangre están sacados de su libro *De sangre y de sol*. Esta especie de *cameo* es un homenaje a un escritor que admiro, y que es un entrañable amigo.

La novela fue escrita en 2011. Durante su proceso de publicación, algunas de las cosas y situaciones que se describen en ella respecto a la ciudad dejaron de existir; sin embargo, no quise cambiarlas, para que queden como testimonio de una urbe en constante transformación. Por ejemplo, la cantina La Puerta del Sol desapareció; la comunidad George Romero fue removida de la calle Artículo 123 (ahora se les puede ver en las inmediaciones del metro Juárez), la Alameda fue remodelada y muestra una cara muy distinta a la narrada en estas páginas.

Ahora Casasola se encuentra investigando su pasado familiar. Como es su costumbre, descenderá a las profundidades y saldrá de ahí con algo en las manos. Esperemos hasta que esté listo para contarnos sus hallazgos.²

² Esta historia se cuenta en la novela *Carne de ataúd*.

La narrativa de **Bernardo Esquinca** (Guadalajara, 1972) se distingue por fusionar lo sobrenatural con lo policiaco. En Almadía ha publicado la Trilogía de Terror, conformada por los volúmenes de cuentos *Los niños de paja*, *Demonia* y *Mar Negro*; la Saga Casasola, integrada por las novelas *La octava plaga*, *Toda la sangre*, *Carne de ataúd* e *Inframundo*; y la antología *Ciudad fantasma. Relato fantástico de la Ciudad de México (XIX-XXI)*.

Títulos en Narrativa

INFRAMUNDO

LA OCTAVA PLAGA

CARNE DE ATAÚD

MAR NEGRO

DEMONIA

LOS NIÑOS DE PAJA

Bernardo Esquinca

PÁJAROS EN LA BOCA Y OTROS CUENTOS

DISTANCIA DE RESCATE

Samanta Schweblin

TIEMBLA

Diego Fonseca (editor)

EN EL CUERPO UNA VOZ

Maximiliano Barrientos

PLANETARIO

Mauricio Molina

OBRA NEGRA

Gilma Luque

LA CASA PIERDE

EL APOCALIPSIS (TODO INCLUIDO)

¿HAY VIDA EN LA TIERRA?

LOS CULPABLES

LLAMADAS DE ÁMSTERDAM

Juan Villoro

LOBO

LA SONÁMBULA
TRAS LAS HUELLAS DE MI OLVIDO

Bibiana Camacho

EL LIBRO MAYOR DE LOS NEGROS

Lawrence Hill

NUESTRO MUNDO MUERTO

Liliana Colanzi

IMPOSIBLE SALIR DE LA TIERRA

Alejandra Costamagna

LA COMPOSICIÓN DE LA SAL

Magela Baudoin

JUNTOS Y SOLOS

Alberto Fuguet

LOS QUE HABLAN

CIUDAD TOMADA

Mauricio Montiel Figueiras

LA INVENCION DE UN DIARIO

Tedi López Mills

FRIQUIS

LATINAS CANDENTES 6

RELATO DEL SUICIDA

DESPUÉS DEL DERRUMBE

Fernando Lobo

EMMA

EL TIEMPO APREMIA

POESÍA ERAS TÚ

Francisco Hinojosa

NÍNIVE

Henrietta Rose-Innes

OREJA ROJA

Éric Chevillard

AL FINAL DEL VACÍO

POR AMOR AL DÓLAR

REVÓLVER DE OJOS AMARILLOS

CUARTOS PARA GENTE SOLA

J. M. Servín

LOS ÚLTIMOS HIJOS

EL CANTANTE DE MUERTOS

Antonio Ramos Revillas

LA TRISTEZA EXTRAORDINARIA

DEL LEOPARDO DE LAS NIEVES

Joca Reiners Terron

ONE HIT WONDER

Joselo Rangel

MARIENBAD ELÉCTRICO

Enrique Vila-Matas

CONJUNTO VACÍO

Verónica Gerber Bicecci

LOS TRANSPARENTES

BUENOS DÍAS, CAMARADAS

Ondjaki

PUERTA AL INFIERNO

Stefan Kiesbye

EL HOMBRE NACIDO EN DANZIG

MARIANA CONSTRUCTOR

¿TE VERÉ EN EL DESAYUNO?

Guillermo Fadanelli

BARROCO TROPICAL

José Eduardo Agualusa



TODA LA SANGRE
de Bernardo Esquinca
se terminó de
imprimir
y encuadernar
en agosto de 2018,
en los talleres
de Litográfica Ingramex,
Centeno 162,
Colonia Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa,
Ciudad de México.

Para su composición tipográfica se emplearon las familias Bell Centennial y Steelfish de 11:14, 37:37 y 30:30. El diseño es de Alejandro Magallanes. El

cuidado de la edición estuvo a cargo de Karina Simpson. La impresión de los interiores se realizó sobre papel Cultural de 75 gramos.

OceanofPDF.com